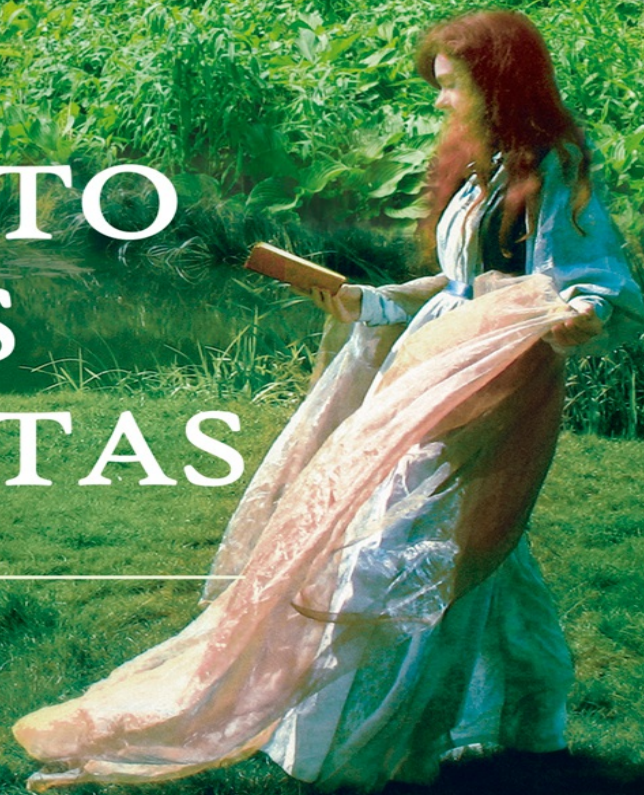




GLORIA V. CASAÑAS

EN
EL HUERTO
DE LAS
MUJERCITAS



EN HOMENAJE A LOUISA MAY ALCOTT

Gloria V. Casañas

En el huerto de las Mujercitas

En homenaje a Louisa May Alcott

P&J

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

LA “OTRA” LOUISA

Introducción

“Amo demasiado mi libertad como para tener prisa alguna en renunciar a ella por ningún hombre.”

Me gustaría que alguien confeccionara para mí un gorro de seda verde con cintas rojas como el que la madre de Louisa May Alcott cosió para que su hija usara en sus arrebatos de escritura. También quisiera remar en las aguas de Walden, el lago que inspiró a Henry David Thoreau para escribir *La vida en los bosques*, como lo hizo Louisa en compañía del pensador. O visitar el estudio crepuscular de Ralph Waldo Emerson y recorrer su biblioteca, igual que Louisa mientras fueron vecinos en Concord. Nada de eso puedo hacer y me conformo con imaginar aquellas escenas, y a una joven Louisa May Alcott lanzándose colina abajo a todo correr, dejando atrás a los muchachos del vecindario a los que gustaba desafiar en alocadas carreras. Julian Hawthorne, el hijo del escritor de *La letra escarlata* y vecino también en Concord, decía admirado que Louisa corría como una gacela, saltaba vallas y trepaba árboles. Eso solo bastaría para convertir a una muchacha de la época victoriana en un caso difícil. Y es que mucho antes de escribir la obra que la convirtió en la autora estadounidense más querida en su tiempo y para siempre, Louisa May Alcott ya crecía como una “mujercita” impulsiva, observadora y de carácter poco convencional.

Desde la infancia convivió con las ideas de vanguardia de sus padres y luego de los amigos y vecinos de Boston y Concord que daban conferencias y se visitaban unos a otros, un grupo de intelectuales que dejó profunda huella en lo que hoy se considera el auténtico espíritu de América.

Su *alter ego* en la ficción de *Mujercitas* —Jo March— expresa el anhelo de la propia Louisa de alcanzar el éxito como escritora. Deseaba la fama.

Hay otra Louisa, sin embargo, antes y después de *Mujercitas* y sus secuelas, capaz de afrontar los riesgos de no ser como la mayoría en una época en que las mujeres sabían cuál era el camino correcto en sociedad. Al igual que Jo March, Louisa May desafiaba las convenciones. Y antes que eso, frustraba las esperanzas de su padre, el idealista Amos Bronson Alcott, para quien esa hija representaba algo así como una travesura del demonio para poner a prueba su propia bondad y paciencia. Louisa encontró más comprensión en su madre, la “Marmee” que conocimos en la ficción de su novela, ya que Abba Alcott también poseía un carácter al que le costaba dominar, y sus puntos de vista la acercaban mucho a esa hija de ojos y cabellos oscuros, tez olivácea y figura atlética.

Abigail May Sewall Alcott había sido una extraordinaria joven que, al no poder asistir a Harvard, devoraba los libros de su hermano Samuel. Y se comprometía con causas que pocas mujeres se animaban a sustentar. Digna madre de una hija fuera de serie.

La vida está llena de contradicciones, y quizá la más grande para Louisa haya sido que un hombre como su padre, que formaba parte de una élite de pensamiento divergente conocido como trascendentalismo, y se consideraba libre de las ataduras del gobierno y del mercado, abolicionista, partidario del sufragio femenino y de las libertades, sin importar el género ni la condición, bondadoso y dedicado en alma entera a la educación, se haya mostrado tan convencional con su segunda hija. ¡Si su mismísima esposa reflejaba esa rebeldía! Él intuía una complicidad entre madre e hija, que le llevaban la contraria. Es probable que Louisa haya pasado la vida tratando de complacer a su padre sin lograrlo, y tal vez sin quererlo en el fondo ya que, si hubo un pensamiento auténtico, era el de Louisa May Alcott, fiel a sus impulsos aunque le depararan inconvenientes. Dijo su madre: *Creo que hay naturalezas demasiado elevadas para doblegarse, la de mi Lu es una de esas.*

Las frases y los pensamientos que la autora de *Mujercitas* desliza en Jo March son expresión fiel de los suyos propios. Estamos tentados por ello de ver la novela como una autobiografía, y lo fue, aunque entretejida de manera tan sutil con la ficción que no podemos discernir cuánto hay de cierto y qué sucesos se inventaron o cambiaron. Recorremos los episodios con la duda permanente.

Antes de *Mujercitas*, Louisa ya escribía y publicaba. Sus primeros relatos fueron fábulas de hadas destinadas a niños; en realidad a una niña: la hija de Ralph Waldo Emerson, amigo de su padre hasta el último aliento y mentor de Louisa. Un hombre al que ella veneró siempre, incluso con un matiz romántico a los quince años, deslumbrada por su carácter digno, su mente clara y su bonhomía. Emerson fue el ángel protector de los Alcott, y siempre estuvo al lado de Louisa para aconsejarla. *Es el dios que idolatro y lo ha sido durante años*, escribió en su diario. En la bucólica vida de Concord, los lazos entre vecinos amigos eran fuertes, más si se compartían ideales de libertad y reforma con la pluma más elevada del trascendentalismo en Nueva Inglaterra.

Otros relatos mostraron un rincón más oscuro e inesperado de Louisa, un sesgo gótico que ella amaba y que reprimió bastante, en parte para evitar que esos cuentos, un poco desvalorizados en la opinión general, le impidiesen escribir “algo serio” cuando llegase la oportunidad. Más tarde en su vida, Louisa confesó que se inclinaba por esas historias escabrosas y espeluznantes de violencia y venganza, y que le hubiese gustado atreverse a exponerlas en público. Son *potboilers*, como se dice en inglés a los escritos de dudoso mérito que procuran dar de comer a su autor. “Detrás de la máscara” es el título de uno de esos relatos que las revistas compraban y la gente leía, y resulta simbólico si pensamos en la autora que se escondía tras un nombre falso para escribirlo. Nos revela a la Louisa desconocida, la que no podíamos adivinar cuando leíamos *Mujercitas*. Madeleine B. Stern, muy destacada entre sus biógrafos, descorrió el velo que nos

ocultaba a la Louisa completa. Tanto deslumbró la saga de los March al público lector que durante años la otra literatura de Louisa May Alcott permaneció en la sombra, pues a ella pertenecía, a la sombra que la autora intentaba mantener a raya en su interior. Podemos inferir que Louisa se avergonzaba de esos cuentos góticos y apasionados, o podemos pensar que encontró en el pseudónimo con que los presentaba una manera de dar rienda suelta a su corazón, también apasionado. Elijo esto último, porque en la lectura adulta de *Mujercitas* pude percibir ese costado dramático aflorando entre líneas. La ventaja de las muchas lecturas es que ninguna es igual a la anterior. Tampoco los que leemos somos los mismos. Cuando releí *Mujercitas* en otra edad, me encontré riendo y llorando como cuando era niña, pero ahora por la comprensión profunda de las emociones y los sentimientos que laten bajo sus párrafos.

¡He aquí a Louisa May Alcott!

LA NOVELA

El pedido de su editor, Thomas Niles, de escribir una “historia para niñas” no logró apagar ese fuego que ardía en su interior. Louisa escribió su novela más exitosa a regañadientes.

No sé nada de chicas, no me interesan, había replicado. *No conozco a muchas, sólo a mis hermanas*. Y esa idea prevaleció. Escribir la historia familiar a través de una ficción doméstica, hogareña, que por mucho tiempo se consideró “para niñas” o bien una “lectura de la infancia”, desconociendo su trasfondo social e ideológico. ¿Puede un libro conceptuado como lectura menor y para un público sesgado convertirse en un clásico desde el primer día de su publicación? Algo intangible habría, una percepción de universalidad subyacía en los episodios de Meg, Jo, Beth y Amy. Porque no se trata sólo de ellas, de sus sueños, sus caprichos, sus aventuras, su pobreza, su madre sacrificada o su padre soñador, de sus amores y desamores. Se trata de todas las mujeres del mundo que han pasado por esos trances, han sentido lo mismo, han construido idénticos castillos en el aire, han sufrido pérdidas y rechazos, y han sentido el temor, como reconoce Louisa, de pasar por este mundo sin dejar la huella. Se trata de las familias que permanecen unidas a pesar de los avatares del destino y se fortalecen confiando unos en otros. De los sueños, que merecen ser alcanzados, sin que importe el sacrificio que demanden. Se trata también, en definitiva, del legado de una mujer reformista que estuvo a la vanguardia de las ideas en su época, y que dejó traslucir en sus ficciones el espíritu de la nueva nación que desde Concord, como un destello en la oscuridad de los tiempos, irradió su luz hacia el resto del territorio norteamericano.

Louisa May Alcott nos dio un regalo que podemos desenvolver una y otra vez. Nos identificamos con la lucha de una mujer que elige seguir un camino bifurcado antes que perder la independencia, y es capaz de decir: *Prefiero ser una solterona libre y remar en mi propia canoa*. Queremos poseer la perseverancia que permite afirmar que nada nos impedirá conseguir nuestro

propósito. Y nos reconciliamos con la fe que nos sostiene en la desdicha.

Mujercitas fue motivo de discusiones entre su autora y el editor. Los primeros doce capítulos se presentan como episodios sueltos y no conformaron a Louisa, ya de por sí renuente, y al parecer a su editor tampoco, pues los dio a leer a una sobrina para evaluar su reacción. La niña se divirtió tanto que Niles pidió a Louisa agregar un capítulo más que diese posibilidad a un punto de inflexión. El capítulo trece, “Castillos en el aire”, introduce la incógnita acerca de si los sueños de los protagonistas se podrán cumplir a lo largo de sus vidas, y en cierto modo es el eje de la obra, que a partir de ese momento adquiere estructura definida.

¿*Alguno de nosotros verá realizados sus deseos?*, pregunta Jo en ese picnic que comparte con Laurie y sus hermanas. Habrá que averiguarlo.

Louisa escribe de un tirón varios capítulos, y en el veintitrés deja abierta la posibilidad de saber más de las mujercitas y su mundo, ya que presenta situaciones nuevas, como la escuela en Plumfield que abrirán Jo y el profesor Bhaer (remedo de Temple School, la escuela que abrió Bronson Alcott en Boston y cuyo injusto fracaso impactó hondo en su corazón de niña).

A lo largo de toda la primera parte de la novela, Louisa entreteje en la trama una alegoría que su padre consideraba libro de cabecera y que ella y sus hermanas habían leído: *El progreso del peregrino*, que narra el camino del alma en pos de la redención. Los capítulos de *Mujercitas* llevan los títulos con que el autor, Bunyan, señalaba las andanzas de Cristiano, su protagonista, y Louisa los atribuye a cada una de las hermanas, que también deben superar defectos para ser mejores personas.

La primera parte de *Little Women* fue publicada en 1868, aunque la autora sitúa la ficción entre 1861 y 1862, para que coincida con la guerra. La segunda, que en Inglaterra apareció como *Good Wives* (*Buenas esposas*) y que entre nosotros solía adoptar títulos como *Aquellas mujercitas*, *Señoritas* o *Las mujercitas se casan*, según las ediciones, se publicó en los Estados Unidos en 1869, pero en la historia corre el año 1865. Hay diferencias de tiempo y lugar entre la ficción y la realidad, y así la línea que las separa se torna difusa.

LA MUERTE DE BETH

La tercera hermana, Elizabeth Sewall Alcott, es la única que conservó el nombre verdadero en la trama. Louisa la llamaba Beth o Bethy, apelativos que revelan la inclinación especial que sentía por ella y, al igual que su *alter ego* en la novela, era el “ángel del hogar”. De Elizabeth se conserva una sola imagen, un retrato que hoy ocupa un sitio de preferencia sobre el muro donde se apoya el armonio, en Orchard House, y sus rasgos reflejan esa dulzura que todos reconocían.

Para acentuar nuestra tristeza, la muerte de Beth fue real. Reconozco que es de los sufrimientos literarios que más me afectaron. Elizabeth falleció muy joven por las secuelas de una fiebre

escarlatina que contrajeron tanto ella como su hermana menor por ayudar a una familia pobre cuyos hijitos estaban enfermos. May se curó, mientras que Elizabeth nunca se repuso del todo. Ese hecho produjo la primera ruptura en la familia y Louisa sintió por primera vez la soledad, ya que su hermana mayor, Anna, se comprometió al poco tiempo, y eso significaba otra pérdida para ella. Incluso cruzó por su mente la idea del suicidio, pero la fortaleza de su carácter y el espíritu de Beth, como ella dice que ocurrió, acudieron en su ayuda. Este episodio acabó acercando a Bronson y a Louisa. El padre permaneció a su lado, y a partir de entonces compartieron sus ideas y sus escritos.

Hay coincidencias cósmicas entre padre e hija. Habían nacido ambos el mismo día: 29 de noviembre. Y por designios inescrutables, casi murieron el mismo día también. Louisa falleció el 6 de marzo de 1888, cuando enterraban a Bronson Alcott, muerto apenas horas antes, el 4 de marzo. Él la habrá aguardado, para ascender juntos. Louisa sentía una religiosidad poco convencional, fruto de su educación trascendentalista; veía a Dios en la naturaleza y creía que los espíritus afines volvían a encontrarse en el mundo.

LA GUERRA

En mi primera lectura de *Mujercitas*, yo no era consciente de la guerra a la que la novela se refería. El señor March estaba en el frente de batalla y enviaba cartas que la familia leía junto al fuego. Una enfermedad le impide permanecer allí y retorna a su hogar. Esa guerra, sin embargo, se mantiene fuera de la novela, sólo se menciona el regreso del padre y la nostalgia que impregnaba a las niñas por su ausencia. Tiempo después supe que se trataba de la Guerra de Secesión, que marcó el fin de un modo de vida en el sur y el triunfo de otro, el del norte de los Estados Unidos. Una guerra fratricida cuyas secuelas todavía perduran. A esa guerra acudió Louisa y no el padre, como figura en la novela; ella se ofreció para servir de enfermera en el Union Hotel, hospital de campaña en Georgetown. Y allí contrajo una fiebre tifoidea, agravada con neumonía, que casi le cuesta la vida y que dañó su salud para siempre. A raíz del tratamiento con mercurio perdió el cabello, y ese drama se corporiza en la ficción con la venta de la cabellera de Jo, que causa conmoción en la familia. El sacrificio de Louisa impactó a su padre, que a partir de entonces sintió gran respeto por la abnegación demostrada por la hija. Al fin descubría en ella las virtudes que valoraba.

¿QUIÉN ERA LAURIE?

La misma autora nos da pistas acerca de quiénes la inspiraron para crear al joven vecino que

fue como un hermano para las mujercitas y, al crecer, el enamorado de Jo March.

El joven Lawrence es el resultado de combinar a Alf Whitman, un jovencito rubio y de rostro aniñado, huérfano y muy amigo de Louisa, con el que compartía la pasión por el teatro de aficionados, y el pianista polaco Ladislav Wiesniewski, al que ella conoció durante su primer viaje a Europa y por el que sintió más amor que amistad. Alf representaba la parte seria de Laurie, en tanto que de “Laddie” tomó el encanto y la seductora picardía.

Hay biógrafos que agregan una tercera inspiración: Julian Hawthorne, el hijo de Nathaniel Hawthorne. Julian era amigo de Louisa y la visitaba a menudo, compartiendo tertulias con las hermanas.

Las lectoras de *Mujercitas* escribían a la autora preguntando quién era Laurie, si vivía realmente, y dónde estaba. Puedo imaginar la expresión de Louisa al leer esas cartas, ya que fue tajante cuando el editor le pidió satisfacer el pedido de sus lectoras y casar a Jo con Laurie: *No casaré a Jo con Laurie para complacer a nadie.*

El motivo de su enojo era que sus admiradoras estuviesen preocupadas por quiénes desposarían a las mujercitas en lugar de apreciar que pudiesen vivir en forma independiente, sin que su felicidad tuviese que provenir del matrimonio.

El editor se puso firme y exigió que *Jo se case con alguien*. Al fin, Louisa admitió una solución intermedia y la unió al profesor Bhaer, un hombre parecido a Emerson por su saber y su sencillez virtuosa, y a su propio padre por la bondad de su corazón y su afán educativo. Y se salió con la suya al dejar a Laurie lamentando el rechazo de su amada Jo.

LA ESCRITORA

Cuando Louisa escribía, ella misma refiere que caía en una especie de vórtice que la devoraba por completo. Sin comer ni dormir, podía pasar una semana o más, y durante ese tiempo entraba en trance y vivía adentro de la novela, como poseída. Esos raptos de escritura eran muy productivos pero la dejaban extenuada, y más aún a medida que el tiempo pasaba y las secuelas de su mal se presentaban a través de síntomas de dolor y fatiga. Escribir fue una pasión para Louisa, pero una que la consumía.

Hay algo más terrible, sin embargo. Louisa escribía de esa forma visceral no sólo porque amaba leer y contar historias, sino sobre todo porque sentía la responsabilidad de sacar a su familia de la pobreza. No podremos entender a Louisa May Alcott sin captar la profundidad de su rechazo a ser pobre (prueba de ello es el primer comentario de Jo March en el inicio de la novela) y su temor a las deudas que acuciaron a los Alcott durante casi toda su vida, hasta que Louisa se hizo cargo de ellas. *Temo a las deudas más que al demonio*, reconoció. Por eso escribía a destajo, y también por eso su escritura era vertiginosa, sin darse tiempo de revisar lo escrito; su

apuro era producir el número suficiente de relatos o novelas que aseguraran el ingreso de dinero. Y no significa esto que le diese igual que fuesen buenas o no, al contrario, le preocupaba mucho ser capaz de escribir algo perdurable, donde pudiese dar rienda suelta a su imaginación desbordada y a su sentir, tan turbulento la mayor parte del tiempo. La paradoja es que las obras que le depararon el éxito económico y el prestigio fueron las que para ella eran “pamplinas”.

¡Es que no lo eran! *Mujercitas* se convierte en clásico desde el principio porque rezuma una autenticidad de sentimientos que la vuelve universal. *Al final, son todas vivencias nuestras*, reconoció con sencillez Louisa. Y ahí reside la clave. *Mujercitas* es una novela real. Los lectores juveniles se identificaron con las hermanas March porque podían sentir propias sus emociones, y se embebieron de los consejos de Marmee porque eran lógicos y calaron hondo en sus mentes.

Louisa logró algo difícil en los libros para jóvenes: pudo transmitir conceptos morales sin moralina. De otro modo, los niños de antes y de ahora se habrían aburrido. Creo que Louisa entendía a los niños, le gustaba relacionarse con ellos, podía ponerse a su altura y divertirse, y eso la convierte en una escritora diferente. No escribe para niños, sino que se recuerda a sí misma como niña.

Mujercitas es una lectura iniciática, es verdad, que inspiró a escritoras en ciernes de todo el mundo, pero también un libro para releer a lo largo de la vida. Como una obra del teatro al que la autora era aficionada, el telón puede levantarse repetidas veces para ofrecernos la novedad de cada representación.

Louisa misma nos lo dice:

Cae el telón sobre Meg, Jo, Beth y Amy. Que vuelva a levantarse alguna vez depende del recibimiento que tenga el drama doméstico titulado Mujercitas.

¡Si ella hubiese sabido de antemano cómo sería ese recibimiento!

En su recorrido literario de infinidad de relatos, poemas, fábulas de hadas y elfos, novelas adultas y juveniles, Louisa escribió también un diario personal, hábito que su padre le inculcó desde muy pequeña, y muchas cartas. En esos escritos íntimos podemos conocer a “la otra” Louisa, la que sufría por las cosas que anhelaba y no podía tener, la que necesitaba a sus hermanas con locura, la que acudía a su madre como refugio para sus problemas y luego se propuso brindarle la comodidad que siempre le faltó; la Louisa que reverenciaba la honestidad intelectual del padre y su proverbial bondad, aun sin comprenderlo del todo; la que fue capaz de sacrificarse por atender los cuerpos y el espíritu de los soldados y cargar con esas secuelas toda su vida; la Louisa que podía tomar con humor las excentricidades de los intelectuales de Concord y parodiarlos sin jamás ofenderlos; esa Louisa que recorría el Boston Common una y otra vez, hasta gastar los talones de sus medias, mientras pensaba historias; la que cosía para ganarse la vida, enseñaba a los niños en las escuelas, o se empleaba como sirvienta con tal de llevar dinero a la casa.

En una época en que las mujeres debieron luchar para que se reconociese su derecho a votar, a

percibir el mismo salario que los hombres y a que sus opiniones fuesen tomadas en cuenta y valoradas, Louisa May Alcott llevó en alto esas banderas sin estridencias, con su pluma y sus actos. Sólo por eso, *Mujercitas* merece una segunda lectura y muchas más, pues su contenido desborda la trama.

Mujercitas no es lo que parece.

Tampoco Louisa lo es. La que cumplió el deseo póstumo de su madre y promovió la primera votación femenina en Concord no puede ser solamente una autora para niños. Fueron sólo siete mujeres a votar. Entre ellas Louisa, una mujer a la que sólo podemos amar y admirar.

GLORIA V. CASAÑAS

*A los lectores de la novela Mujercitas, que mantuvieron
encendida la antorcha a través de generaciones.*

“Crear que lo que es verdad para ti en tu corazón es verdad
para todos los hombres, eso es genio.”

RALPH WALDO EMERSON

1. LA HERENCIA

Concord, Massachusetts, año de 1888

“Seré rica, famosa y feliz antes de morir.”

Sobre la tierra fresca podía advertirse la suave ondulación que abrigaba el cuerpo del padre, en esa pendiente donde la primavera susurraba entre la hierba. El aroma de los pinos embargó a las dos siluetas solitarias que arribaron a la colina tomadas de la mano. Parecían sostenerse una a la otra, a pesar de la diferencia de edad. La mujer viuda, sobria en su vestido gris, lloraba en silencio a la hermana que por años los sostuvo a todos. La pequeña de cabello ensortijado añoraba a la que fue su segunda madre: su querida tía “Weedy”.

Anna respiró hondo para serenar su espíritu y alzó los ojos castaños al cielo diáfano.

—Yo cuidaré de ella —murmuró.

—¿Qué? ¿Qué dijiste, tía?

La mujer miró con ternura a la niña, cuyos rizos rubios le traían el recuerdo de otra hermana, muerta años antes, en la vieja Europa.

—Que vamos a estar juntas, mi cielo, como la tía Louy quería.

Lulu sabía muy poco de la vida a sus ocho años, en cambio la muerte le había dado lecciones tempranas. Louisa May Nieriker, a quien apodaron Lulu, jamás pudo acurrucarse en el seno de su madre artista, la vivaz Abigail May. La joven murió de fiebre puerperal cuando la niña contaba apenas semanas. Fue su última voluntad que el padre llevase a su hijita a Concord, al viejo hogar del que May se había marchado un día en pos de la belleza plasmada en cuadros, esculturas, grabados y dibujos. Recibir a Lulu en casa fue como encontrar de nuevo a May en un retoño de aquella joven inquieta y alegre, cautivadora y caprichosa. Pobre May, morir tan lejos de la familia... Anna ocultó una lágrima en las puntillas del pañuelo. Creía que no tendría fuerzas para llorar, después de haber enterrado a su padre el día anterior, pero la pérdida de su hermana segunda había cavado un hueco profundo en su corazón. De las cuatro que eran, sólo quedaba ella.

Y Lulu. Y los dos varones que su esposo le había dado. Eran toda su herencia.

En la paz balsámica del cementerio, un cuervo graznó desde una lápida cercana y Anna lo miró, de pronto inspirada por una idea repentina. Su hermana le había contado que una vez, siendo niña, en una de las tantas crisis familiares, había trepado la colina del bosque circundante presa de

angustia y con deseos de llorar, y entonces el graznido de un cuervo desató en su pecho el ímpetu de sobrevivir pese a todo y contra todos. Le había dicho que blandió el puño en alto y juró aquel día que nada la detendría. Anna no pudo reprimir una sonrisa. Así era ella, daba batallas que parecían perdidas.

—¿Eres tú, hermana?

Si había un ser apropiado para encarnar el espíritu de Louy, ése era sin duda el oscuro, audaz e inteligente cuervo. Más aún que las lechuzas que a May le gustaba pintar en el marco de la chimenea. Las dos hijas talentosas de la familia se habían ido a la Ciudad Celestial de la que les hablaba el padre, embebido de las virtudes del Peregrino.

Anna oprimió la mano de Lulu y la animó a dejar sus florecillas. La niña avanzó, con el faldón del abrigo rozando sus piernas y la expresión seria y determinada que tan bien le conocían. Se inclinó y dejó junto a la modesta tumba alineada con las otras un ramillete de violetas. La brisa despeinó sus rizos sujetos por una cinta azul, el color favorito de su madre muerta.

—Ya está —anunció triunfal, y se refugió de nuevo en la mano de su tía.

—Vamos a casa, entonces.

Comenzaron a descender la colina de Sleepy Hollow saboreando la despedida, que no debería ser amarga, puesto que habían vivido y eso era lo que contaba. Pasaron junto a la tumba de Ralph Waldo Emerson, el mejor amigo de su padre y mentor de su hermana.

—¿No te queda ninguna flor para este hombre amado, Lulu?

La niña rebuscó en el bolsillo de su abrigo y extrajo dos lirios del valle. Era la flor que Louy habría elegido. Anna acarició sus pétalos e inspiró hondo. Era también la flor con que su difunto esposo la había llevado al altar. Depositó el chamuscado ramo al pie del monolito tosco y sencillo donde reposaba el pensador que inspiró a toda una generación y había apoyado a su familia la vida entera. Siguieron a paso lento entre las tumbas memorables, salpicadas entre árboles y flores que crecían con libertad en el cementerio. Thoreau, Hawthorne, allí reposaban sus vecinos y amigos de Concord, la gente con la que ellas habían crecido, jugado con sus hijos y departido en tantas tertulias interesantes. Mientras continuaban su camino hacia Bedford St., Anna tuvo tiempo de pensar mucho acerca de lo que les tocaría vivir en adelante. Ella era una mujer mayor y viuda, por añadidura, con dos hijos ya muchachos. Su hermana no los había abandonado ni en la muerte, al adoptar a uno de ellos para convertirlo en su heredero, pero ella debía velar por la hija de May y sobre todo, pensó ilusionada, lograr que aquella niñita conociese la verdadera historia de la familia, su pasado, sus alegrías, la forma original en que habían convivido bajo distintos techos, siempre unidos y con las virtudes del Peregrino por delante.

Al llegar a la reja del camino, Anna se detuvo y encaró a Lulu con una sonrisa.

—¿Sabes, querida? Louy se ha ido, pero nos ha dejado una misión.

Lulu miró a su tía con el ceño fruncido en señal de preocupación. Era algo caprichosa, pues tenía a quién salir, pero también un carácter impulsivo capaz de actos generosos.

—Eres la más pequeña, y la única mujer de sus herederos. Tanto tu abuela como tu tía fueron ardientes defensoras de la libertad de las mujeres. Creo que te toca recordarlas y conservar ese recuerdo como un tesoro en tu memoria, para que otros también puedan conocerlo. ¿Te parece que podrás con eso, Lulu?

—Sola no puedo, tía.

La madura expresión de la niña arrancó una risa espontánea a Anna, la primera en mucho tiempo.

—¡Claro que no! Yo te ayudaré. A partir de hoy te iré contando retazos de recuerdos, para que queden en tu cabecita. Y leerás los libros de Louy, donde nuestras vidas quedaron reflejadas. Verás qué bien la pasaremos juntas.

—¿Y papá vendrá?

La sola idea apagó la ilusión de Anna, pues el joven Ernest Nieriker había obrado con generosidad al cumplir la voluntad de May y separarse de Lulu, pero ahora que la niña había quedado huérfana por segunda vez quizá quisiese llevarla con él a Europa. Era una ambición legítima y Anna no podría oponerse.

—Si viene a buscarte, igual estaremos juntas el mayor tiempo posible, y quién sabe, Dios tal vez se apiade y nos permita compartir otro tiempo, mi vida. Vamos a alegrarnos mientras podamos, como dijo tu tía.

Prosiguieron la marcha con el espíritu ligero, reconfortándose en el recuerdo de los nombres que las unían: Lizzie, Abba, May, Bronson y ahora Louy. Que hubieran partido a la Ciudad Celestial no significaba que no estuviesen entre ellas en ese momento, presencias calladas e insistentes, con sus espíritus encarnados en la naturaleza misma que las rodeaba. Ésa había sido la creencia de Bronson, el padre y abuelo, la de Emerson y Thoreau también: la naturaleza redentora del alma humana. El mismo cementerio que pisaban, Sleepy Hollow, era el resultado de aquellas ideas trascendentales, un sitio que no fuese sombrío sino la evidencia palpable de la inmortalidad. Anna era la mayor y la más apegada a las convenciones sociales, sin embargo, a medida que crecía en el seno de aquella familia comprometida con la reforma y la vanguardia del pensamiento, muchos aspectos superficiales de su carácter se fueron modificando. En cierto modo, era el espíritu de la familia el que ahora sobrevolaba a sus últimos supervivientes. Anna era la única de las mujercitas que quedaba, y si antes no había hecho nada destacado, salvo ser obediente y amar a los suyos, ahora veía ante ella la posibilidad de perpetuar la historia familiar.

—Hoy te contaré sobre nuestra Marmee, para que conozcas la cepa de la que provienes, Lulu. Tu abuela fue el tronco del que todas florecimos. Y en especial, la confidente de tu tía Louy. La entendía mejor que nadie.

—Marmee... —paladeó la niña mientras sus pies seguían una línea imaginaria en el camino sombreado de olmos centenarios.

Atrás quedó la pequeña lápida con las iniciales L.M.A., la más reciente en la tierra removida,

junto a las otras que formaban el círculo familiar, todas con iniciales, señal de modestia y de virtud. En la dorada colina de Sleepy Hollow, Louisa May Alcott descansaba por primera vez de sus dolores y fatigas. Alcanzó la paz celestial el 6 de marzo, siguiendo la invitación de su padre, fallecido cuarenta y ocho horas antes.

Ella lo había profetizado en su último poema:

*¡Canta, alma feliz! Y cantando elévate
La carne cansada ya no te encadena
Tus alas han roto la celda estrecha
Y el azul sin fin del cielo es libre
Pero mira agradecida hacia atrás
Hacia la vida para siempre concluida
Pues incluso siendo un pobre gusano ciego
Has tenido tu porción de sol y de sombra*

Y así se forjó el legado.



2. UN ATISBO DEL PORVENIR

Tiempo atrás en Charleston, Carolina del Sur, año de 1868

“Espero pasar el tiempo de fábulas y hadas a hombres y realidades.”

—*T*u recuerdo vivirá conmigo. Mi corazón permanecerá cerrado para siempre.

Pronunció las palabras a modo de juramento, mientras encerraba un mechón del oscuro cabello de Patrick en el escapulario que en adelante llevaría sobre el pecho. Habían pasado tres años, y el dolor era el mismo: lacerante, angustioso, por momentos insoportable.

Las mentiras de los otros le repugnaban:

—El tiempo todo lo cura.

—Otro amor llamará a tu puerta.

—Verás que con los años...

Podría haberse fabricado un collar con las perlas de sabiduría doméstica que la gente le regalaba en cada encuentro, como si se sintiesen obligados a consolarla antes de conocer su necesidad. En verdad, ellos no comprendían nada. Jamás entenderían que la ausencia de Patrick significó perder la mitad de su mente, su cuerpo y su corazón. Que sus ojos nunca verían lo mismo que antes, privados como estaban de la visión peculiar que su amado posaba sobre el mundo. Pobre y triste mundo, que ya no cobijaría la figura elegante ni el alma delicada de Patrick. Analisa habría perdido a su novio, pero el mundo había perdido la gracia y la inteligencia de un hombre que estaba destinado a dejar su huella, a redimirlo. ¿Qué haría? Había planeado su vida futura a la sombra de Patrick, imaginando que se apoyaría siempre en su brazo firme para recorrer los círculos sociales donde a él tanto le gustaba figurar, y quizá también para conocer lugares distantes, como el oeste salvaje. Habían soñado juntos paraísos inagotables.

La guerra, ese monstruo devorador de sueños, se los tragó de un bocado. Ella nunca pudo imaginar a Patrick envuelto en la bandera confederada, rígido y frío, llevado en andas por sus compañeros de armas, enterrado bajo el toque de silencio de los clarines. El Patrick que invadía su mente durante las vigilias era aquel mozo de sonrisa seductora, ojos cristalinos y vigorosa personalidad. El que iba a desposarla no bien terminase la guerra. Ya había completado el ajuar

cuando recibió la infausta noticia. Recordaba bien el momento. Ella acababa de servir el té para Doris y Laura, sus amigas de la infancia. Juntas habían sacado a relucir ese día el camión de novia y las delicadas enaguas, compartiendo pícaras el sueño femenino de yacer en brazos del hombre amado, sin otra preocupación que darle hijos y atender sus caprichos. Las tres soñaban lo mismo, un anhelo alimentado por las madres y las abuelas que, con su educación puritana, jamás aludían al “momento ese” del que nadie hablaba. Sin embargo, era el que más crepitaba en las mentes fogosas de las tres amigas. Ninguna sabía nada, pero todas eran capaces de imaginar las delicias. Ella recordaba con nitidez las mejillas acaloradas de Doris, las maneras desenfadadas de Laura, y cierto orgullo que nacía en su propio pecho por ser la primera en conocer aquello que el matrimonio prometía, lo que anticipaban los besos de Patrick bajo el sauce, a la vera del arroyo. Nunca volvió a ese sitio donde conoció las caricias prohibidas para las jóvenes modestas. Tampoco quería recordarlo, pues se hallaba vacío de Patrick.

Ocultó el escapulario bajo la pechera del vestido y cerró el cofrecito de las alhajas. Tres años de duelo cargaba sobre su espalda juvenil, tres interminables años en los que las fiestas familiares se teñían de tristeza infinita. La familia de Patrick había mantenido prudente distancia con la de ella, tal vez para sufrir a solas o quizá, como sugería con aire sibilino Eufemia, porque nunca la habían querido del todo. Era una parte de los recuerdos que no deseaba afrontar. Pensar que la madre del que iba a ser su esposo no la consideraba suficiente para su hijo, o que las hermanas de Patrick la miraban con cierta lástima cuando repetía un vestido, manchaba ese idílico remanso mental en el que ella se refugiaba.

—¿Cómo saben que es el mismo vestido, Eufemia? —se había quejado un día con amargura—. ¡Si Mamita supo disimularlo con los volantes en los hombros!

—Son medio brujas esas niñas, señorita, por no decir brujas del todo.

La afirmación de Eufemia la hacía reír en aquellos tiempos felices, porque sin importar nada, su matrimonio con Patrick estaba por delante, como una meta luminosa que guiaba sus pasos, el único territorio al que deseaba llegar. Ahora que rememoraba las escenas del pasado notaba sin embargo que tampoco su padre estaba del todo feliz. Aunque parecía congeniar con su prometido, más de una vez ella observó que callaba cuando él entraba, como si no le tuviera la confianza que merecía. Mamita, en cambio, simpatizaba con su Patrick. Lo mimaba, ordenando que cocinaran su plato predilecto cuando él los visitaba, preguntando con interés sobre su familia o los planes de futuro al terminar la guerra. A nadie se le había pasado por la cabeza la idea de que Patrick, el hermoso Patrick, jamás volviese de esa contienda que dividía al país en dos, desangrándolo por la herida.

—Maldita guerra —escuchó decir a su padre un día—. Nos hundirá a todos y nos hipotecará la vida.

¡Maldita la guerra que se llevó a Patrick, sí! Y maldito el momento en que ella lo aplaudió, orgullosa de verlo vistiendo su uniforme confederado y marchando con gallardía detrás del

general Beauregard rumbo a las baterías del puerto. Era una niña entonces, ignorante del destino fatal que los aguardaba. Igual que todas las mujeres sureñas, creía que los estados del sur estaban listos para labrarse su propio camino. Su padre había tenido razón. La Confederación acabó pagando sus cuentas al Gobierno Federal, bajo el férreo castigo impuesto a los sublevados.

Acarició la tapa del cofre antes de guardarlo en una gaveta de su secreter. Hubiese querido atesorar la medalla de honor que se entregaba a los familiares de los soldados difuntos, pero los padres de Patrick la habían reclamado y era lógico, mal que le pesara, ya que ella no estaba casada con él. Así y todo, le hubiese gustado conservar algún objeto que le recordase el aroma masculino; tal vez aquellos guantes con que alardeaba en las celebraciones del 4 de Julio, o el pañuelo que dejaba asomar de su bolsillo, siempre a tono con el color de su chaqueta. Tampoco era justo que la única cosa que le quedara a su novia fuese un mechón de cabello que ella misma le había cortado en una de esas tardes de verano en las que se dejaban llevar por la ensoñación y murmuraban palabras dulces, a veces atrevidas, que les hacían perder el sentido.

Patrick. ¿Por qué te dejaste matar? Era un reproche que le brotaba cuando su pena alcanzaba la desesperación. Entonces se mordía los nudillos hasta hacerlos sangrar, y ocultaba los sollozos en la almohada.

—Querida. ¿Estás despierta?

Se sobresaltó al comprobar que llamaban a la puerta y ella no había escuchado nada.

—Adelante, Mamita —dijo, enjugándose una lágrima.

Al girar en la butaca no vio a su madre sino a su tía, la jovial Marga. El abundante cuerpo llenaba el marco, y los pequeños ojos grises le sonreían tras las gafas.

—Eso pensaba —comentó la mujer con aire de comprenderlo todo—. ¿Qué estás haciendo aquí sola, cuando todos están merendando abajo?

—No tengo hambre.

—Se come por gula, hija, tanto como por necesidad. Si no hay una, que haya la otra. Mírate, estás flaca y pálida. ¿Crees que contentas al Señor con este sacrificio? Eres muy joven para inmolar en el recuerdo de un amor frustrado, pequeña.

Marga levantó el mentón de su sobrina con el índice, como si evaluase su estado, y sacudió la cabeza, haciendo que sus mejillas gordinflonas temblasen.

—Le pedí a Eufemia que subiese una bandeja con leche y galletas.

Luego de ese anuncio, la tía Marga se dedicó a observar el cuarto de la joven con atención. La estancia se atiborraba con detalles femeninos; cojines con puntillas y lazos, retratos de acuarelas, un baldaquino vaporoso sobre la cama de hierro, y resabios de una niñez no demasiado lejana sobre los estantes de la biblioteca: osos de felpa, muñecas de sonrisa eterna, pastilleros de porcelana y cajas de tela repletas de chucherías. “Es hora de pasar la página”, pensó la tía. Incluso comprometida con uno de los jóvenes más apuestos de Charleston, su sobrina seguía siendo una jovencita ingenua.

—Estaba diciendo a tu madre —comenzó con tiento— que me gustaría algo de compañía en mi próximo viaje a Europa. Ya sabes que una vieja sola se torna un espantapájaros para los demás. En cambio, si voy escoltada por una bella joven seré un panal de miel para todos los abejorros. ¿Qué dices? ¿Te animas a venir conmigo?

Los viajes de Marga eran proverbiales. A su edad y con sus achaques, la mujer no dudaba en embarcarse rumbo al Oriente lejano, ni se arredraba ante las áridas travesías en tren o la navegación entre hielos de latitudes extremas. Sus excentricidades eran la comidilla de toda la familia. Esa vez, la tía iría a Europa en un derrotero más convencional, aunque tratándose de ella sin duda no lo sería tanto. Era capaz de aventurarse en góndola por recónditos tugurios venecianos, tanto como de pasar a las Islas Afortunadas por gusto de montar en camello. Los viajes de Marga llevaban la aventura garantizada.

—Di que sí —insistió la buena mujer, deseosa de pintar algo de alegría en el rostro delicado de su sobrina.

Como hermana de su padre y la única tía que le quedaba, Marga se sentía en la obligación moral de sacar a la joven de ese encierro malsano en el que ella se empeñaba y la familia toleraba por exceso de respeto. Ya no había necesidad de prolongar el duelo. La vida en el sur se tornaba miserable, con la carga de los impuestos y el abandono de las fincas rurales por parte de los esclavos negros. La mayoría había huido en desbandada, y muchos pasaron a las filas de la Unión en tiempos de guerra. Unos pocos se quedaron en las casas donde servían, aun siendo libertos, como el caso de Eufemia, que por fidelidad y también por no tener otro sitio adonde ir había permanecido al servicio de los Clemens.

Había algo más que preocupaba a la tía, sin embargo, y que ella intentaba ocultar en sus conversaciones: su hermano, el padre de Analisa, nunca había sido un fanático de la causa sudista, y esa postura le aparejó encono entre sus vecinos y amigos, que no tardaron en llamarlo traidor. Ésa, y no otra, era la razón por la que la tía Marga creía que aquel matrimonio con el gallardo Patrick jamás se hubiese podido realizar. Había sido testigo del rechazo hacia su pobre sobrina cuando quiso entrar al edificio de las Hijas de la Confederación para colaborar con los soldados durante la guerra. Simularon que ya no precisaban más aportes, pero lo cierto era que no la querían entre ellas, las sureñas de pura cepa. Cuanto antes saliera Analisa de aquel círculo vicioso de perfidia y rumores, mejor sería. La joven necesitaba ser rescatada, y a falta de caballero que lidiase por ella, buena era una tía vieja a la que todavía le quedaba resuello.

—Piénsalo, querida. Tienes tiempo para decidirte, aunque no mucho, porque antes de cada viaje me gusta malgastar mi dinero en preparativos.

Le guiñó el ojo, segura de que ninguna mujer que se preciara sería capaz de rechazar la oferta de comprar bagatelas.

—Te traje, además, un regalo. Mira.

Extrajo de su bolso un libro con el lomo grabado en letras de oro. Era un volumen de tapas

oscuras que prometía una lectura abundante. Analisa se destacaba por una febril imaginación, y tanto su padre como su tía procuraban satisfacer esas ansias de viajar con la mente proveyéndola de lecturas apropiadas.

La joven prestó atención al libro que Marga sostenía ante sus ojos como un señuelo.

—¿Es nuevo?

—Recién salido del horno, podría decirse. Nunca escuché mencionar a su autora, pero pude cosechar algunos comentarios interesantes. Ha escrito otros relatos, según parece.

Analisa dio vueltas al ejemplar entre sus manos, degustando por anticipado la lectura de una nueva historia. Era una edición de Roberts Brothers en Boston, realizada por una ilustración en la que se veía a una mujer rodeada por cuatro muchachitas que expresaban su amor por ella de distintas formas. *Mujercitas*, rezaba el título, y debajo, una sugestiva enunciación de nombres: Meg, Jo, Beth y Amy.

Fue la primera sonrisa que dedicó la joven a la mujer mayor en esa tarde.

—Gracias, tía. Por lo menos distraeré mi pensamiento en las noches.

—Y más que eso, espero. Es hora de volver la vista al frente, mi niña. La vida es larga y tiene mucho para mostrarte todavía. Deja para los viejos el martirio y disponte a partir conmigo. ¡Un año recorriendo Europa! ¿Qué mejor suerte podría tener una muchacha a tu edad?

Iba a agregar “la de conocer a un príncipe”, pero calló a tiempo. Aún no era apropiado referirse a nuevos amores, si bien la experiencia le permitía vaticinar que, al cabo de aquel viaje, su sobrina habría guardado el malogrado recuerdo de Patrick en aquellas cajas festoneadas de crepé y descoloridas por los años.

Un leve golpeteo indicó que la merienda había llegado.

—Adelante —exclamó animosa Marga, al tiempo que abría la puerta a Eufemia.

La criada llevaba con ambas manos una bandeja repleta de bizcochos y una jarra de leche fresca.

—Amita —dijo la negra, que conservaba el trato antiguo para su patrona—, le he traído los mejores, antes de que los pillase la langosta allá abajo. Esas muchachas comen como lima nueva.

—Hiciste bien, Eufemia —y Marga tomó un bizcocho, fingiendo catar su sabor para dar opinión.

La negra la miró de reojo, sin atreverse a contrariarla. Marga Clemens era una mujer de armas llevar, aunque su buen carácter lograba que los comentarios filosos resultasen simpáticos. Mamita solía caer enferma luego de cada visita, como si el torbellino que desataba su cuñada la pusiese del revés. Eufemia la encontraba divertida.

—Entonces, hija, a gozar de los dulces, el libro y la promesa de un viaje inolvidable. Voy abajo con tu madre, que sin duda necesitará refuerzos para atender a las visitas. Ya sabes, espero tu respuesta y me haría muy dichosa que fuera un sí.

De pronto, como si una idea repentina la asaltara y temiese arrepentirse luego de no haberla

expresado, Marga se detuvo con la mano en el picaporte y sentenció:

—El día llegará en que se valore la independencia femenina y debes estar preparada, hija mía. Depositar tu futuro y tu felicidad en una promesa de matrimonio te podrá deparar alegrías por un tiempo, mientras dure tu belleza, pero cuando te marchites, algo más deberás tener acuñado para seguir interesando al mundo. Llegará ese momento, mi niña, en el que descubrirás el engaño agazapado tras el pomposo título de “reina del hogar”.

La tía salió del cuarto, dejando estupefacta a Eufemia, y a Analisa con una enojosa mezcla de furia y desazón. Las palabras de Marga habían calado en su mente con certeza insidiosa, sin dejarle resquicio para la respuesta. La joven se encontró rodeada por un torbellino de expectativas y temores, mucho peor que aquella nostalgia que ensombrecía su corazón desde lo de Patrick. La idea de dejar Charleston le causaba agobio, pues era allí donde moraba el espíritu de su prometido, pero era cierto que desde su muerte no había podido compartir el duelo con nadie de la familia Belmont. Ella hubiese querido llorar en el cuarto de costura junto a la madre y las hermanas, y escucharlas referir historias de cuando Patrick era pequeño. En lugar de eso, debía contentarse con verlas en el servicio religioso del domingo y saludarlas como si fuesen extrañas. ¡Iba a casarse con el hijo y hermano! ¿Acaso eso no contaba?

Y ahora su tía le presentaba ese duelo sagrado como una pérdida de tiempo.

—Qué distinto hubiera sido todo, Patrick... —murmuró descorazonada.

Cuando quedó sola abrió el libro al azar y leyó:

Me divierte ver a otros coquetear, pero me sentiría estúpida si lo hiciese yo...

Un gracioso frunce se le formó en el entrecejo al leer la frase, dicha por un tal Jo en el texto. ¡Qué ridícula idea! Descubrió que Jo no era un hombre, como ella supuso, sino una mujer. Sin duda se llamaría Josephine. Curioso. Una mujer que usaba un sobrenombre ambiguo. ¿Qué tipo de protagonista sería? Intrigada, Analisa comenzó a hojear el libro y su mirada recayó en otra frase.

La gente buena y querida siempre se muere.

Aquella afirmación la alcanzó como un rayo, justo en medio del pecho, donde su aletargado corazón no encontraba consuelo. ¡Así que era eso! Patrick era demasiado bueno para el mundo y su muerte, una fatalidad que acechaba a las personas como él. Analisa sintió una emoción inexplicable al verse comprendida desde las páginas de ese libro que acababa de abrir. Lo oprimió contra su regazo y ahogó un sollozo en el puño crispado. Ya no podía volver atrás. Leería esa novela aunque con ella se desangrase de dolor. Recorrió las hojas hasta encontrar el primer capítulo y leyó desde el principio:

—*¡Navidad no será Navidad sin regalos!*

Pronunciada por la misma Jo, la frase inicial logró cautivarla. Muy a su pesar, una leve sonrisa se dibujó en su boca fresca, y Analisa se descubrió de pronto comiendo galletas y devorando las páginas de aquella historia que la envolvía en una rara combinación de vida hogareña y emociones profundas. Debía ser agradecida con la tía Marga, que con aquel regalo le ofrecía la

oportunidad de volver a leer como siempre lo había hecho, con pasión irrefrenable. Sólo por eso, merecía su compañía en aquel viaje a Europa. Tal vez encontrase consuelo si visitaba lugares que no hubieran sido pisados por Patrick; podía crear nuevos recuerdos. Jamás habría otro hombre en su vida, pero la añoranza de Patrick se tornaría más dulce. Por primera vez en esos tres años, un atisbo de esperanza se abría paso en el corazón de Analisa Clemens. Faltaba ver si esas niñas de la historia, que con tanta confianza en el porvenir sonreían a la mujer que las acogía en sus brazos desde el sillón de la sala, se enamorarían de alguien a lo largo del libro.

¡Estaba ansiosa por descubrirlo!



3. ENCUENTROS INQUIETANTES

Un año después en Concord, Massachusetts

“En un pueblo pequeño como este, todos parecemos una familia.”

*E*l río corría con suavidad bajo el viejo puente del Norte. En la ribera teñida de otoño, los árboles se reflejaban como joyas titilantes. Analisa se detuvo justo en la mitad del arco de madera. Desde allí se apreciaba la belleza del paisaje igual que en una acuarela, para siempre retenida por el pincel del artista. Aunque ella solía pintar para entretenerse y esa afición se intensificó al contemplar la magnificencia de la antigua Europa, lo suyo eran los libros. Llevaba un bolso de mano para elegir un par de ellos en la librería de la calle principal, y la ansiedad por hojearlos al regresar la carcomía. Siempre que salía de paseo acababa con la nariz pegada a los cristales de Parsons Books. Su dependiente la recibía con una seña silenciosa, indicando el sitio de las novedades. Esa mañana, Analisa estaba decidida a decantarse por un libro de arte y una novela gótica. Debía reconocer que su impaciencia latía más bien por esta última.

El hechizo del sol sobre el río la retuvo más de lo habitual en el puente. Era un sitio histórico, donde se había desatado uno de los primeros enfrentamientos por la independencia del país, y Analisa procuraba imaginar la humareda de los cañones, la algarabía de los colonos convertidos en soldados, y se maravillaba al pensar que esa plataforma de apariencia endeble los hubiese sostenido a todos. ¡En el fragor de una batalla! Se inclinó sobre la barandilla para no perder de vista a la pareja de patos silvestres que nadaba con placidez, cuando una voz cercana la sobresaltó, y a punto estuvo de perder el equilibrio.

—¿Planea suicidarse?

Analisa tropezó con un tablón desparejo al volverse hacia la voz. Se trataba de un hombre moreno, ni por asomo tan guapo como Patrick y, a juzgar por su pose desenfadada, tampoco poseía los modales refinados de su antiguo novio.

—Otros lo han hecho antes que usted —prosiguió el hombre, que era más joven de lo que aparentaba su continente robusto.

El desconocido se acodó sobre la barandilla, mirando en la misma dirección que ella. Sus ojos

color café se tiñeron de melancolía al contemplar las aguas del río Concord acunando lechos de hojas muertas. “Muy seguro de sí mismo”, pensó Analisa, que a raíz de sus lecturas había desarrollado la cualidad de captar sutilezas en los rasgos y las actitudes.

—Eso no estaba en mis planes, señor, no hay motivo para semejante pecado —repuso, muy digna.

—¿Lo cree en verdad? Juzga muy rápido el alma humana, señorita, si piensa que nadie jamás encontrará razones valederas para acabar con su vida. Es eso, o bien no ha visto suficiente mundo.

El sarcasmo evidente en el comentario la fastidió. Ella no tenía necesidad de compartir filosofía profunda con alguien que ni siquiera había tenido la delicadeza de presentarse antes de abordarla. El desconocido advirtió esa falla y la reparó ofreciendo una mano fuerte y ancha.

—Mis disculpas. Me llamo Justin Hill¹ y, para honrar mi apellido, habito en las colinas.

Analisa observó que el hombre eludía ofrecer más datos y eso le resultó sospechoso. Su aspecto era decente, sin embargo, y la mirada café honesta y muy directa. Le costaba separar sus ojos de esa mirada. Justin lograba capturar su atención como si él fuese lo único que hubiere en el entorno. El cielo salpicado de nubes, el chapoteo de los patos, el brillo del agua mansa que tanto la había cautivado hacía unos instantes, todo desaparecía tras la estampa masculina. Su mano era grande y caliente. Analisa observó también que sus rasgos eran poco comunes. Los labios sensuales sonreían de lado, como recordando alguna broma privada, y el cabello se le rizaba en torno al cuello. Usaba camisa de mangas anchas y pantalón rústico. Apenas un chaleco para cubrir las apariencias y evitar el parecido con un campesino. Quizá los hombres de las colinas se dedicasen a cultivar las laderas y no precisaran ropas elegantes.

—Mi nombre es Analisa Clemens y por ahora vivo en Concord, en compañía de mi tía paterna. Soy del sur —agregó de inmediato, pues quería aclarar la diferencia que sin duda habría entre el entrometido y ella.

—Ah —dijo Justin, pensativo—, quiere decir entonces que somos enemigos.

Analisa sintió una mezcla de emociones. La guerra había terminado con el triste saldo de miles de hombres muertos, familias destrozadas, haciendas desmanteladas, libertos deambulando en busca de trabajo o entregados a la delincuencia, los estados confederados tragándose su rabia mientras se desangraban cumpliendo las normas impuestas por los yanquis. Ella ya no habitaba las soleadas tierras donde el algodón y el azúcar blanqueaban el horizonte, ni gozaba de las tardes calurosas bajo el alero del porche, recibiendo a los amigos mientras degustaban refrescos servidos por las criadas de la casa. Tampoco podía dormir hasta tarde, mimada por Eufemia y consentida por su padre, que siempre llegaba con algún regalo para sorprenderla: cintas, monederos, pañuelos bordados o deliciosos bombones. Ya no era una elegante señorita sureña. Ahora vivía a la manera yanqui, madrugando, buscando en qué mantenerse ocupada y, sobre todo, tratando de ofrecer sus servicios en algo que beneficiase a la comunidad. El tiempo pasado en Europa le había otorgado refinamiento, pero el que llevaba en Nueva Inglaterra había sido, sin

dudarlo, el de verdadero rigor educativo. Ella se mostraba agradecida hacia esa tierra de oportunidades y hacia Marga, que la acogía como a una hija, le brindaba la ocasión de estudiar y, como siempre le decía, de encontrar el camino que toda mujer debe tener trazado. Su corazón, sin embargo, jamás olvidaría aquellas jornadas al calor del verano, el placer de chismorrear con las amigas, ni los brazos de Patrick. Este hombre desconocido le recordaba que aquel futuro le había sido arrebatado por la guerra que se abría entre ellos como trinchera. ¡Claro que eran enemigos! Jamás debía olvidarlo.

—Puede decirse. Con su permiso, señor, debo ir al centro antes de que cierren la tienda.

—Supongo que una sureña de pura cepa buscará cintas de colores para emperifollarse, flores frescas para el hogar, y se acordará de la vieja tía llevándole golosinas. Yo me animo a suponer que va encaminada hacia el bazar que hay frente a la plaza.

—¡Se equivoca! Nada más alejado de mi intención que ir por semejantes fruslerías. Mi meta es la librería de Parsons.

La indignación de Analisa debió de resultarle cómica, pues Justin prorrumpió en una sonora carcajada que dejó a la vista sus perfectos dientes y un hoyuelo simpático en la barbilla. Más disgustada aún, la joven esquivó el cuerpo masculino y se lanzó a recorrer el resto del puente del Norte a paso vivo. En el arrebato, no advirtió que perdía las peinetas sino cuando los rizos le cubrieron el rostro al llegar al otro lado. Tarde para reclamar. El sinvergüenza la saludaba con la mano en alto, donde sus peinetas venecianas relucían bajo el sol. Ofuscada, Analisa salió del lugar a zancadas, y recién se tranquilizó al vislumbrar las calles curvas con sus acostumbradas marquesinas de colores, los canteros al pie de las farolas, y los modales de los caminantes que le dirigían sonrisas y un saludo cordial, pese a su estado desastroso. Se detuvo ante la tienda que desplegaba su toldo frente a la plaza y contempló la imagen que le devolvía el cristal. Acomodó con fastidio los enredados bucles lo mejor que pudo y enderezó el sombrero antes de entrar, haciendo sonar la campanilla con furia.

Parsons Books era un local de antigua tradición, con sus paneles de madera pintados en verde y oro, y el cartel que giraba a merced de los vientos sobre el dintel de la puerta. El lugar olía a tinta y alcanfor, una combinación que a Analisa se le antojaba deliciosa. Sorteó las pilas de libros que esperaban el turno de ser ubicados y ya se dirigía hacia los fondos de la tienda cuando el dependiente, en insólito gesto, la detuvo.

—Hay novedades, señorita Clemens —le espetó, sin levantar la vista del papel donde con un lápiz borroneaba sumas y restas.

Analisa aguardó, impaciente. El hombre era tan parco que había que adivinar su intención a veces.

—Aquel libro que usted buscaba.

—¿Cuál, el del lago misterioso?

El hombre resopló, las cuentas le habían dado mal. Por fin se dignó mirarla y, con ojos

empequeñecidos por las gruesas lentes, le dijo de un tirón:

—El del pequeño drama doméstico que amenazaba continuar.

Analisa abrió mucho sus ojos ambarinos al escucharlo. Ella no había pensado en otra cosa durante su viaje a Europa. Mientras navegaban el Sena bajo los puentes, al pisar las antiquísimas piedras del foro romano, aun recorriendo los pasillos abovedados de la Capilla Sixtina, un único pensamiento latía en el fondo de su mente: conseguir la segunda parte de la novela que había devorado en un santiamén y releído varias veces. La misma autora, al terminar el capítulo veintitrés, había dejado entrever que el telón de la escena de *Mujercitas* podría levantarse de nuevo si los lectores deseaban saber más de la vida de aquellas muchachas. Analisa había escrito entonces una larga carta a Roberts Brothers en Boston, y recibido una escueta respuesta: “Continuará. Gracias por escribirnos”. Si bien era una afirmación clara, hasta el momento ella no había sabido de ninguna continuación. Claro que el anhelado libro tal vez ya hubiese sido publicado sin pena ni gloria, mientras duraba su viaje. De lo contrario, ella imaginaba que figuraría en los anaqueles de Parsons Books. Había importunado al dependiente lo bastante como para estar segura de que la segunda parte no se hallaba disponible. La novedad la embargó de alegría, y casi perdió el sombrero al saltar con sus pies juntos.

—¿Cómo no me lo dijo antes? ¿Dónde está? ¿Cuánto cuesta?

El hombre se inclinó tras el mostrador y reapareció con el objeto deseado en su mano.

—Lo guardé para usted, señorita Clemens. No crea que es la única clienta que clama por... estos relatos. Ya no me queda ningún ejemplar. Han volado como hojas de arce.

Sin prestar atención al tono condescendiente ni reparar en la poética imagen, Analisa tomó el libro con reverencia y, al igual que había hecho la primera vez, lo abrió al azar para capturar una frase que la cautivara. La prosa no la defraudó.

A menudo entre nosotros y nuestros seres más cercanos y queridos se dan unas reservas que cuesta mucho vencer.

De nuevo aquella frase impactaba de lleno en su pecho. Parecía que la autora del libro hubiese vivido sus propias experiencias y que, por coincidencia del destino, Analisa las encontraba justo cuando las estaba sintiendo a flor de piel. Ella jamás pudo volcar su desdicha en los demás. Si bien su padre lamentaba la muerte de un muchacho vital como Patrick, Analisa detectó con el tiempo cierto alivio al ver a su hija de nuevo casadera. La madre solía cobijarla bajo una compasión que a la joven se le tornaba insoportable y hasta artificiosa: era lo que debía demostrarse, y la señora Clemens cumplía con las convenciones. De Eufemia no podía esperar sino miradas conmiseras, porque la buena criada sólo se sentía capaz de atender sus necesidades, sin meterse con sus sentimientos. En cuanto a Doris y Laura, sus grandes amigas, ambas habían guardado respetuoso silencio sobre Patrick. Mentar al muerto parecía profanar su

recuerdo en presencia de la novia. Sólo la compañía de la tía Marga había podido sacudirle la tristeza, aunque tampoco la anciana señora ahondaba demasiado sobre el asunto; al igual que a su hermano, parecía que aquel matrimonio no acababa de convencerla.

El dependiente envolvió el libro en papel azul mientras observaba de reojo cómo aquella muchacha batía palmas impaciente. Estuvo a punto de decirle algo cuando se despedía, pero Analisa no le dio tiempo, salió de la tienda montada en una ráfaga de octubre, esparciendo las hojas que cubrían la acera al cruzar el umbral. Por eso no vio a la dama que la observaba desde una butaca junto a la vidriera.

La muchacha le había llamado la atención desde el primer momento. Su talla, por encima del común, cierto desaliño, sus modales francos y hasta un poco descarados, fueron rasgos que removieron fibras íntimas de su ser. Aquella joven le recordaba un poco a sí misma y a lo que la vida se llevaba por delante a veces, como había hecho Analisa con la hojarasca al salir. El parecido la conmovió. La dama se acercó al dependiente y puso sobre el mostrador los libros que pensaba leer. Al igual que con la joven, casi sin mirarla el hombre envolvió el pedido y anotó en su libreta. Cuando la campanilla de la puerta volvió a vibrar, dijo en un tono alto y claro:

—Es la sobrina de Marga Clemens, viven al otro lado del puente.

La dama sonrió y salió en silencio al frío otoñal.

Analisa guió sus pasos hacia Lexington Road. Le gustaba deambular sin rumbo cuando iba de buen humor, era una manera de desahogarse si el entusiasmo la desbordaba, como en ese instante. Sabía que al llegar a casa debería rendir cuentas a su tía de los sucesos de la mañana, y era un tiempo que le robaría al deleite de leer su libro. Mientras pudiera, se solazaría a solas con su hallazgo. Recorrió el camino que se curvaba con gracia entre los árboles, acarició su bolso, anticipando el momento precioso de la lectura, y fue entonces cuando la embargó el aroma dulce de las manzanas en sazón. Al otro lado del cerco de una casa típica de la zona se extendía un huerto repleto de manzanos silvestres. La cosecha sería abundante, pues los frutos cargaban las ramas cenicientas casi hasta rozar el suelo, y gran parte de ellos ya tapizaba la hierba, para gozo de los pajarillos que trinaban eufóricos. Analisa contempló unos toneles de madera apilados junto a lo que parecía un granero, y sintió una infantil sensación de paz doméstica ante ese edificio de tejas castañas y ventanas pequeñas. Un humo sutil se desprendía de la chimenea y se perdía con suavidad entre las copas de los olmos que poblaban la colina. El aire crepitaba y el olor a leña se mezclaba con la fragancia de las manzanas.

—¿Le gusta la casa?

El sobresalto la enfrentó a una mujer alta, de porte majestuoso y cabellos oscuros donde se enhebraban algunas canas. Vestía con la austeridad proverbial de Nueva Inglaterra, un traje negro con cuello blanco de encaje, y una banda de terciopelo negro en la cabeza fina. Cierta gesto inquisitivo en su tez olivácea y el ángulo obstinado de la mandíbula le hicieron pensar que la dama no era una de tantas, sino que albergaba una fuerza que la destacaría adonde fuese. Una vez

más, Analisa sacaba a relucir sus cualidades de observadora, alimentadas por las novelas que leía.

—Es bonita, y parece confortable —admitió, volviendo la vista a la modesta pero acogedora vivienda.

—Lo es, sobre todo por las personas que la habitan, ya que en sus inicios hubo que aderezarla por completo. La casa estaba hecha un desastre.

Y ante la mirada interrogante de Analisa, la desconocida aclaró:

—Conozco a sus moradores. Es buena gente; un poco excéntrica, pero son amables y solidarios.

—¿Y ellos han debido reconstruirla?

—Así es, puesto que esta casa del siglo diecisiete estaba carcomida por las raíces y los hongos del bosque. Fue propiedad de un hombre que cobijó a los nativos durante las guerras del Rey Philip, un verdadero héroe de humanidad.

Analisa asintió, pensativa. Todo cuanto sabía sobre esa guerra se lo debía al libro *Historia del cautiverio y restitución de la señora Mary Rowlandson*, escrito por una cautiva que, después de liberada, había contado su aventura con gran éxito literario. Así fue como supo que Metacomet, el jefe Wampanoag, se había unido a otras tribus para enfrentar a los colonos que ocupaban sus tierras y que los nativos de la Nueva Inglaterra habían sido derrotados, y reducidos a la esclavitud los que quedaron vivos. Que aquella casa pacífica y encantadora hubiese sido escenario de hechos tan sangrientos le parecía incongruente. Y más cuando la extraña mujer prosiguió diciendo:

—El padre de esta familia pudo reconstruirla gracias a un préstamo generoso de su amigo, Ralph Waldo Emerson. ¿Lo conoce usted?

Analisa meditó acerca del nombre, que le sonaba familiar, tal vez por haberlo escuchado de labios de su padre, aficionado a la genealogía estadounidense. La dama la sacó de su duda:

—Es un vecino de aquí mismo, en Concord, un hombre de extraordinario intelecto y digno carácter.

Había tanta admiración en el tono con que la desconocida se refería a aquel caballero que Analisa entrevió cierto vínculo entre ambos; tal vez fueran amigos, o quizá la hubiese ayudado también a ella, si es que el señor Emerson era tan generoso con su dinero. Como si le hubiese leído la mente, la dama aclaró:

—Y no es que sea gente de fortuna, sino que hay en su espíritu amor por el prójimo y, sobre todo, lealtad hacia sus amigos.

—Una buena persona —acotó la joven, sin saber qué otra cosa decir.

La dama sonrió con aire de misterio.

—Inalcanzable, como un dios.

Y luego, como si se hubiese arrepentido, cambió de tema:

—Es octubre y pronto habrá cosecha de manzanas. Será divertido, la familia en pleno, con sus amigos, se dedican a recoger la fruta y a comerla por partes iguales. Se fabrica una buena sidra.

¿Le agradan las manzanas? El dueño de casa dice que es el fruto más noble y hasta pretendió un día vivir sólo de ellas. No lo intente —comentó con ironía, antes de que Analisa esbozara un gesto de sorpresa—, sería una pérdida de tiempo y de salud, no lo recomiendo.

—¿Acaso se enfermó el buen hombre?

—Se enfermaron todos gracias al experimento. Fue una época difícil que ya quedó atrás.

—Usted parece conocerlos muy bien. Me gustaría visitarlos algún día, si son gente hospitalaria pese a sus rarezas.

La mujer largó una carcajada que sobresaltó a Analisa, poco acostumbrada a esos arranques que ella solía reprimir para no escandalizar a su tía.

—Me llamo Flora Fairfield —dijo de pronto, extendiéndole la mano.

Analisa se presentó a su vez. A Flora le pareció significativo que ella fuese una muchachita del sur, pues ese dato le traía reminiscencias de la vida de su propio padre, que se había ganado la vida recorriendo aquella parte del país y conservaba de esa época maneras anticuadas que lo tornaban encantador. También le gustó que Analisa hubiese acompañado a su tía en un viaje a Europa, y anhelase vivir las aventuras que la vida cotidiana le negaba. Tomó nota mental de los datos que la joven le brindó, y cuando le oyó decir que la casa de Marga Clemens se encontraba al otro lado del puente del Norte, volvió a sonreír.

—Un sitio para recordar, el de las primeras batallas de nuestra independencia.

—Lo sé, Concord es muy antiguo.

—Casi tanto como esta casa —contestó la dama, y luego se volvió hacia Analisa con una expresión amable y atenta—. ¿Pasa seguido por Lexington Road?

—¡Oh, no, fue pura casualidad! Venía de la librería de Parsons.

—Siempre entro allí para leer algunos libros en la salita de clientes. En la confitería contigua sirven un té exquisito. Si lo desea, podemos encontrarnos una tarde, y entonces le contaré todo lo que sé sobre la familia Alcott, los habitantes de Orchard House.



¹ En inglés *hill* significa “colina”.

4. UN TESORO ESCONDIDO

“La gente piensa que soy salvaje y extraña, pero mi madre me entiende y me ayuda.”

Louisa entró a la casa por la parte de atrás, para evitar ser vista desde el camino que Analisa recorría rumbo al puente. ¿Por qué se había dado a conocer por uno de sus pseudónimos? Había sido un impulso, como el de invitar a la joven a tomar té. Seguía siendo la misma muchacha arrebatada que a su padre le costaba entender. Sin importar el tiempo que transcurriese, el genio estaba allí, agazapado, para saltar al menor descuido. ¡Cuánto dolor le había causado que Bronson Alcott renegara por años de esa hija a la que no lograba encasillar en su imagen de mujer ideal! Sobre todo, le pesaba caer presa de la ira con frecuencia. Era cierto que llevaba rato domeñando ese defecto, y a veces sentía que lo había conseguido, pero cuánta agua tuvo que correr bajo el puente... ¡Y qué tristeza no poder regocijarse de los logros con su adorada Beth!

—Bethy, Bethy... ¡Si pudiese volver a verte una sola vez más! Abrazarte, hermana, para decirte que he cambiado, que un poco de tu espíritu se me pegó en la piel, y que no fue en vano tu presencia tan corta en nuestras vidas. A todos nos dejaste un regalo celestial, mi querida. Nos hiciste más buenos, aunque no alcancemos tu bondad angelical.

Entró de puntillas para evitar perturbar a su madre, que en esos días se hallaba muy cansada. Hacía rato que Louisa cargaba con lo que quedaba de su familia. Muerta Beth y casada Anna, sólo ella y May eran ahora las “mujercitas” que moraban en Orchard House. Louisa evitaba las calles concurridas, pues desde que se publicó la segunda parte de su obra se topaba con jóvenes ansiosas por obtener de ella un autógrafo o, lo peor de todo, para preguntarle furibundas por qué no había decidido casar a Jo March con el joven Lawrence, y ella no quería responder preguntas ni sentirse invadida en su intimidad. La idea de tomar el té en la confitería contigua a Parsons Books había sido un error, pensándolo bien. En cualquier momento podrían abordarla, y su intención era conversar tranquila con aquella muchacha forastera que tanto le recordaba a Jo March. Si bien su cabello era más claro y sus ojos almibarados, el espíritu de Analisa Clemens parecía la versión actual de su personaje en la novela *Mujercitas*. Saber de su afición por leer, y sobre todo intuir que poseía ese afán de aventura que sólo los libros saciaban, confirmaba su primera impresión. Analisa no la había reconocido, y eso le brindaba libertad para actuar como

ella deseaba, como lo hacía antes, cuando corría cuesta abajo desafiando a los muchachos a ganarle en sus alocadas carreras. Algo que su padre jamás había entendido.

—¿Madre?

Abba Alcott tomaba té en la vieja cocina que en su tiempo Bronson había dotado de artilugios domésticos de avanzada. Su rostro ajado y su cabeza gris revelaban el sufrimiento de haber perdido a una hija de sólo veintitrés años, y la vida nómada que habían llevado por causa de las ideas y el infortunio del esposo. Amos Bronson Alcott nunca había sido el sostén de la familia, y sin embargo era todo lo cariñoso y atento que un padre y esposo podía ser. Louisa jamás le reprocharía que fuese un idealista, y que sus ideas arrastrasen a todos en pos de quimeras que se quebraban como las aguas del lago al hundirse una piedra. Orchard House era, hasta el momento, el lugar donde más tiempo habían permanecido, y dada la cercanía de sus queridos amigos en Concord, Louisa deseaba que esa estadía se prolongase hasta el final de sus años.

Con ternura rodeó los hombros de Abba cubiertos con un chal que ella misma le había regalado. ¿Sería así ella al envejecer? La había retratado en la novela tal como era, o quizá más alegre de lo que era en realidad, pues su madre había librado sus propias batallas en lides ideológicas y empresas de caridad. “Nunca espero ver a la enérgica Marmee de los viejos tiempos”, pensó mientras depositaba un beso en la coronilla de la anciana, “pero gracias a Dios está aquí”. Louisa se veía a sí misma más fuerte que su madre, y sin embargo estaba enferma desde hacía tiempo, desde su servicio en el Union Hotel de Georgetown, el hospital al que acudió como enfermera en tiempos de guerra. Cuando le suministraron aquel medicamento con mercurio que le curó la fiebre tifoidea pero le envenenó la sangre y el cerebro. Nunca conoció de nuevo el estado de salud del que alardeaba en los años jóvenes y despreocupados.

—Al menos, sirvió para que escribiese mis relatos de hospital —se dijo, resignada. Había tenido éxito con ellos, y el éxito literario significaba pagar las cuentas de la familia. Louisa había hecho una promesa, la de preservar a los suyos aun a costa de ella misma.

Subió al dormitorio y contempló los búhos que su hermana había pintado sobre la chimenea y las paredes en honor a ella, pues sabía que le gustaban.

—Si puedo —habló en voz queda—, le daré a May lo necesario para que tome clases de arte. Tiene talento, veremos si hay genio, además.

Planeaba viajar dentro de poco con su hermana menor y una amiga a Europa. Allí, May puliría su habilidad para el dibujo y la pintura. Su hermana era tan graciosa y bonita, y amaba tanto la belleza, que sin duda de las cuatro habría sido la que más resintió ser pobre. Louisa esperaba vivir para verla gozar de sedas, encajes y perfumes en los salones europeos, todas cosas que May soñaba tener. Ganas le sobaban, y a su juicio también las dotes, de manera que sería una buena empresa. Que todos hiciesen aquello que más les gustaba, como las mujercitas de la novela cuando construían castillos en el aire. Louisa ya había conocido Europa, y aunque tenía mucha tarea entre manos, sentía que aquel nuevo viaje significaría un bálsamo para las heridas que no

acababan de cerrar. Podía seguir publicando por entregas *Una niña anticuada* desde allá, y tenía planes para continuar con una secuela de *Mujercitas*. Su editor estuvo contento con la idea de desarrollar la vida de los Bhaer en Plumfield, que ella había dejado planteada en la segunda parte del libro. A veces le sucedía que la vida real se confundía con la de sus personajes; tanto había querido camuflarlos, y sin embargo ellos pugnaban por contar su verdad entre líneas. Una broma divertida despertó en su mente. Contaría la verdad, pero a una desconocida. A esa joven de mirada luminosa que le recordó la suya propia, para que, cuando los años le pesaran, algún amante de los libros y de las aventuras pudiera dar la forma que quisiera a sus recuerdos. Una travesura más, quizá la última.

Se sentó frente al pequeño escritorio curvo que su padre había fabricado para ella, casi una muesca entre las ventanas. Desde allí veía la carretera Lexington, parte del huerto, y la cerca rústica que Bronson había construido en los tiempos en que volcaba su pasión en el jardín. “Bendito hombre, es incapaz de permanecer ocioso; cuando sus manos se mueven, su mente se libera de la prisión del cerebro.” Louisa gozaba de saber que su padre había obtenido la satisfacción de publicar sus ideas filosóficas sobre la tierra y los jardines. *Tablets* había salido a la luz con su misma editorial. ¡Y al mismo tiempo que *Mujercitas*! Era otra de las coincidencias que los unían, incomprensible designio de la Providencia. Nacidos ambos el mismo día en tiempos distintos, Bronson y Louisa compartían no sólo la tristeza fría de noviembre, sino además ciertas convicciones por las que eran capaces de arruinar su reputación. La búsqueda de la Verdad dirigía sus pensamientos y sus actos, que encontraban cauce adecuado en el antiesclavismo y el respeto a la voz de las mujeres. En eso su padre era un adalid, y Louisa valoraba el modo en que, con su proverbial dulzura, expresaba ideas que enfrentaban la opinión general.

Desplegó una hoja en blanco y mojó la pluma en el tintero. Solía mancharse los dedos y por ende la ropa, pero su madre había ideado una suerte de guardapolvo con el que se sentía en completa libertad. Sostuvo su barbilla un instante, pensativa, y luego arremetió con una de las historias que *The Atlantic* pagaba bien. Quizá no fuesen de alto vuelo, pero a ella le permitían liberar su mente, que hervía de ideas, sin cuidarse de la impresión que causaba. Louisa sentía que aún no había escrito su mejor obra, que todavía la aguardaba la consagración definitiva y, de acuerdo con su carácter empecinado, al final lo lograría. Después podría decir que no había vivido en vano.

Analisa atravesó el puente del Norte a toda prisa. Llevaba alas, y algo indefinible que le hormigueaba por el cuerpo. El encuentro con Flora Fairfield en aquella casa que parecía rodeada del halo de los cuentos de hadas, con su cerco rústico, su manzanar y los olmos formando un arco protector, le anticipaba algo incierto que estaba por venir. Y esa sensación se acrecentó cuando al llegar al otro lado se topó con Justin, el hombre por cuya causa iba despeinada. Lo encontró

sentado sobre la hierba, con los pies metidos en el río y masticando una brizna con aire distraído. El pantalón, arremangado hasta la rodilla, dejaba al descubierto unas pantorrillas duras, de músculos trabajados. Sólo con verlas, Analisa supo que aquel muchacho podía correr como un gamo. Se detuvo en seco, para demostrarle que esa vez no huiría.

—Usted —le espetó con tono acusador.

—Señorita Clemens, qué gusto. ¿Ha vuelto ya de su paseo?

—Es evidente que sí, o no cruzaría este puente de nuevo. Usted, en cambio, parece encontrarse como lo dejé, sin nada que hacer.

Justin soltó un silbido de admiración.

—Vaya, le ha salido la gobernanta del pecho. Ya estoy grande para los sermones, señorita.

Analisa se ruborizó. En verdad, le importaba poco lo que hiciera aquel gandul, no entendía por qué se había molestado en reprenderlo. Mientras el joven se incorporaba con lentitud y acomodaba su ropa, ella frunció el ceño al comprobar que, sin advertirlo, le estaba atribuyendo la personalidad del joven Lawrence, el “Laurie” de la novela, un muchacho divertido y un poco holgazán que arrancaba disgustos a su abuelo y al que las hermanas March solían regañar y consentir por partes iguales. Constatar eso la confundió. ¿Es que llevaba pájaros en la cabeza, como alguna vez oyó decir a su madre al verla saltar la hora del almuerzo por leer?

—Olvidó usted esto —dijo Justin, sacando de su bolsillo las peinetas venecianas.

Analisa las tomó, y al hacerlo vio que la palma de la mano de él era callosa, la mano de un hombre que trabajaba, no como las de Laurie y, por supuesto, no como las de Patrick, que las cubría con guantes de cabritilla para rozar la cintura de las damiselas.

—Gracias. Fueron un regalo de mi tía durante nuestro viaje, me hubiese apenado perderlas.

—Me lo figuraba. Son muy bonitas, y en su cabello naranja lucen muy bien.

—¿Naranja? —estalló Analisa, y su papel de dama voló por los aires igual que un pequeño petirrojo que huyó al escucharla.

—Bueno, el sol arranca brillos a su pelo, señorita Clemens, creí que lo sabía. Y que era algo admirable, además. Tiene un hermoso cabello, ni siquiera precisa sujetarlo con broches.

—Mi color de pelo no es asunto suyo, y para su saber le aclaro que el tono se llama cobrizo, no es naranja. Deploro llevarlo erizado como en este momento, pero al perder las peinetas no hay remedio. Si tiene usted hermanas, sabrá que las mujeres somos meticulosas con asuntos como éste.

El rostro de Justin adoptó una expresión severa.

—No tengo hermanas. Se me negó ese privilegio.

Analisa observó que el tema era escabroso, de modo que se aprestó a despedirse.

Él tenía otras ideas.

—¿Consiguió lo que buscaba en la librería?

Ella hurgó en el bolso y extrajo el libro, todavía envuelto. Sin saber por qué, deseaba hablar de él, aunque fuese con ese muchacho que tal vez jamás hubiese leído nada. Rasgó el papel azul y

dejó a la vista la portada de la edición de Roberts Brothers. Al ver el título, él dijo:

—¿Qué es, un manual para chicas que se casan?

—¡Qué absurdo! —exclamó con disgusto Analisa—. Jamás compraría algo así. No pienso casarme nunca.

Esa afirmación provocó un rictus de sorpresa en el joven, que pronto trocó en un gesto burlón.

—Imagino que sufrió desilusión con algún pretendiente.

El atrevimiento la dejó muda. Por unos instantes, sus miradas se cruzaron como gladiadores que miden fuerzas, pero al responder Analisa, Justin se mordió la lengua y deseó no haber sido tan ácido.

—Es cierto, señor Hill. Tuve una gran desilusión amorosa. Mi novio murió en la guerra y juré desde entonces que ningún otro hombre ocuparía mi corazón. Lamento que la muerte de Patrick sea una victoria para un yanqui como usted.

Se volvió para huir de allí y para que él no viese las lágrimas que pugnaban por salir, pero Justin la sujetó con fuerza del codo.

—Espere, he sido un bruto. Un caballero no debe indagar en el corazón de una dama. Ni causarle pena nunca.

Analisa iba a responder que por ese lado se quedara tranquilo, puesto que él no era un caballero, pero se arrepintió de sus palabras antes de pronunciarlas. Se compuso de inmediato y guardó el libro en su bolso. Sólo entonces él la soltó, y ella se sintió desvalida al no tener ese sostén masculino.

—¿He sido perdonado?

Laurie, una vez más, apareció en la mente de Analisa, en las ocasiones en que metía la pata y luego rogaba a Jo que perdonase sus impertinencias. Ese recuerdo dulcificó su mirada.

—Lo ha hecho, me ha perdonado —se alivió Justin—. No lo merezco, pero lo agradezco. ¿Qué más puedo ofrecerle como disculpa?

—Usted no podía saber... Además, tampoco yo fui amable. Hoy fue un día de emociones, y creo que a veces no sé cómo dominarlas.

—Tal vez en ese libro haya una respuesta —aventuró él, un poco temeroso de incurrir en otro desacierto, pero anhelando hacerla reír.

Analisa sonrió y levantó hacia Justin sus ojos aún húmedos.

—Es probable. Los libros me hablan, señor Hill, parecen adivinar mis sentimientos.

Él apoyó un codo sobre la barandilla de madera y la contempló con renovado interés.

—¿Es posible eso? Tendrá que enseñármelo, señorita Clemens.

Analisa dudaba de que Justin fuese un buen alumno, pero igual dijo con amabilidad:

—Si quiere y alguna vez nos encontramos, puedo demostrárselo. Basta con abrir el libro al azar en cualquier página y prestar atención.

Otro silbido admirativo y una sonrisa franca fue la respuesta del joven.

—Trato hecho. En este viejo puente, el lugar de nuestra cita, dentro de dos días.

Al llegar a casa de su tía, Analisa se preguntaba cómo había podido deducir aquel desvergonzado que ellos habían concertado una cita. Luego de relatar a Marga el sorprendente encuentro con Flora Fairfield, de la que la anciana jamás había oído hablar, la joven se dispuso a leer la segunda parte de *Mujercitas* mientras degustaba una manzana, al igual que lo hacía Jo March en su buhardilla. Tuvo el tino de omitir en su relato el otro encuentro, el de Justin Hill, puesto que había hecho de su luto por Patrick una cuestión de honor. Y no quería que Marga se forjara ilusiones sobre algo que nunca ocurriría.

Las horas transcurrieron sin que ella lo percibiese, tan absorta estaba en la trama de esa nueva historia que prometía develar la vida de los personajes al cabo de unos años. Era lo que anhelaba, conocer el destino de cada mujercita, y saber si aquellos castillos que habían soñado en el capítulo trece de la novela anterior se habían construido por fin.

De pronto, al volver una página del libro, se desprendió un manojito de papel prensado muy tenue, en el que había líneas escritas con letra pequeña y prolija. Las hojas cayeron con suavidad, flotando en la habitación como pétalos de rosa pálida, y Analisa las recogió de prisa, por temor a que el gato moteado de su tía se le adelantase. Era un animal traicionero, fingía dormir para poder hacer de las suyas con tranquilidad.

Al parecer, se trataba de una correspondencia, aunque no aparecía el destinatario ni figuraba fecha alguna para entender el orden de lectura. La letra era clara.

A veces, cuando miro el mundo que me rodea y pienso que voy a perderlo, me falla el corazón y temo derrumbarme. Es entonces cuando pienso en Padre y Madre, y mis hermanas, que tanto desean verme buena. Pienso sobre todo en mi querida y alocada “diabla”, como la llamó Padre una vez. No hay cosa que ella no haga por mí, y sería injusto entristecerla más de lo que ya está.

Hoy he subido al piso alto, con gran esfuerzo. Es donde Padre ha construido una habitación para que ella se refugie. Está frente al camino de los alerces, desde aquí se ven los olmos del prado vecino. Las casas antiguas tienen el encanto de los recuerdos, y la pátina que las vuelve viejos tesoros. Creo que Padre hizo mal en remodelar ésta. Había un fantasma, según cuentan, y ahora no se deja ver. Espero que al partir de este mundo no sea yo la que recorra el vestibulo, asustando a todos. En todo caso, seré un fantasma bueno.

Ella oculta sus papeles en un horno holandés. Cree que no lo sé, pero descubro cuando ha escrito mucho en el día porque se le eriza el cabello y tiene un desaliño del que no es consciente. Y olvida cosas por doquier. Madre nunca la reprende, aunque por su bien desea que viva la vida corriente, que no se desprenda demasiado de lo cotidiano. Padre es diferente; un día me dijo que era yo la que satisfacía todas sus expectativas como hija. Pobre mi padre, si es así, pronto se quedará sin nadie. Ojalá él viese en nuestra heroína lo

que yo veo, un alma recia como esos olmos y una mente fría como la nieve, capaz de resolver cualquier entuerto y también de ablandarse al tacto tibio del cariño.

Hermana, cómo lamento dejarte.

¡Concord es tan bello! Y esta casa que habitamos, Hillside, bien puesto tiene el nombre; es como un centinela al pie de la colina. Y nosotros, sus custodios. Nadie pasa sin que lo veamos, desde la curva de la esquina. Ojalá siempre llegaran buenos augurios de ese lado. Ruego a Dios que la despedida sea suave, como las aguas del mar al dejar la orilla, ese mar que Madre y yo conocimos gracias a ti, hermana, que nos enviaste de viaje pensando que el aire marino purificaría mi sangre. No lo hizo, al menos no lo suficiente, pero me dio felicidad, y con eso me basta.

Analisa suspendió la lectura, pensativa. ¿Dónde quedaría aquella casa que se llamaba Hillside? Ella no era oriunda de Concord pero su tía había vivido en la zona el tiempo suficiente como para formarse una idea del vecindario. “Luego le preguntaré”, se dijo, y continuó leyendo lo que ahora más parecía un diario personal que una epístola.

Descubrí sobre el arcón un poema titulado “El cuervo”, de un autor que no sé si mi hermana lee con tanta asiduidad como a las hermanas Brontë. Edgar Allan Poe. Es muy triste el poema, quizá por mi condición me suene a duelo, como si las campanas redoblaran a muerto. He llorado al leerlo, no debería haberlo hecho. Prefiero mi librito, el que nos ha regalado Padre: El progreso del peregrino, cuyo protagonista tuvo que salvar tantos obstáculos para arribar a la Ciudad Celestial. Esa lectura me inunda el alma de paz y entonces no lamento tanto irme, si me aguarda ese destino. ¿Sabría él que una de sus hijas llegaría antes que nadie a ese sitio que Dios nos prepara en la Tierra? Creo que no lo sospechó nunca, a pesar de que mi escarlatina fue muy fuerte y nunca me repuse del todo. Los designios del Señor son inescrutables. Debemos confiar, como hizo Cristiano, el Peregrino. Y no tomar atajos.

El relato finalizaba con lo que Analisa supuso que sería la escritura de un solo día. Al pie de la hoja, un garabato donde leyó a duras penas una inicial: *L*. Al menos, tenía alguna pista por donde comenzar. Le intrigaba que esas hojas hubiesen quedado adentro del libro que el dependiente le tenía reservado. ¿Sabría el hombre de su existencia? Analisa se enfrentaba a un dilema moral: leer un diario íntimo de otro ya era incorrecto, pero quedárselo sería mucho peor. Aunque no tenía por qué suponer que el dependiente fuese mejor cancerbero que ella de un documento semejante. ¿Y si él mismo lo había robado y por descuido lo guardó entre las hojas, quizá al verse descubierto por un cliente que entraba? Antes de devolverlo sin más, consultaría la procedencia de los nombres que allí se mencionaban. De repente, el pueblerino entorno de Concord le resultaba atractivo e

intrigante. Y ella nunca rechazaría una aventura en la que pudiera ser protagonista.

Encontró a su tía guardando con aire adusto la taza de té que ella no había usado por refugiarse a leer el libro.

—Vaya, por fin apareciste —fue el áspero saludo—. Te llamé varias veces y no te dignaste responder. A fe mía que estas lecturas te están sorbiendo la sesera. No digo yo que no leas, pero cada tanto hay que asomarse a ver si llueve, o si la vieja tía necesita algo. ¿No lo crees, niña?

Analisa ocultó un mohín al descubrir que en su mente estaba comparando a la tía Marga con la tía March de la historia, esa insoportable anciana que sólo podría redimirse dejando una herencia a la sobrina a la que martirizaba con sus caprichos y arranques de malhumor. En lugar del horrible loro Polly, su tía Marga tenía a Cupido, el gato moteado. Analisa se sintió adentro de la trama y sonrió.

—¿Te ríes! —le reprochó Marga.

—No, tía, es que venía pensando en pedirte ayuda para resolver un dilema.

—¿Ah, sí? —y la anciana se sentó de inmediato frente a su sobrina para escuchar atenta lo que fuera a decirle. Le gustaba sentirse útil, y más si beneficiaba a la hija de su querido hermano.

—¿Hay en la zona alguna casa que se conozca con el nombre de Hillside?

Marga frunció el ceño bajo la cofia de entrecasa y demoró unos segundos.

—Con ese nombre no conozco ninguna, pero hay una vivienda que data de los tiempos de las luchas por la independencia a la que bautizaron Wayside, por hallarse justo al borde del camino.

—¿Y dónde queda?

—Mmm... si mal no recuerdo ahora mismo, que tengo la mente reblandecida por tantos viajes, está sobre Lexington Road, en medio de los alerces.

Le tocó a Analisa fruncir el ceño entonces.

—¿Pero ésa es Orchard House!

Marga alzó las cejas hasta que desaparecieron bajo la puntilla de la cofia.

—¿La has visto? Es el mismo tipo de casa, sí, y si mi memoria no me engaña, las familias han sido amigas o conocidas. Se trata de dos viviendas, mi querida, ambas en Lexington Road. Sobre las dos pesa la historia de este pueblo.

Analisa seguía sin comprender. Si el relato de L se situaba en Hillside, éste bien podría ser un antecedente de Wayside, ya que hablaba de un camino por el que se veía venir a los visitantes. En cuanto a la casa del huerto de las manzanas, estaba rodeada de olmos y no de alerces. ¡Los olmos! De repente, algo encajó en su rompecabezas mental, acostumbrado a urdir historias y degustarlas. Los olmos de Orchard House se verían desde Wayside porque las casas eran vecinas, compartían el mismo camino y tal vez sus jardines fuesen linderos. Las familias se conocían, entonces sí había un vínculo. Pero ¿quién era L? ¿Y por qué llamaba Hillside a la casa, si es que se trataba de la misma?

—Tía, quiero que hagas el esfuerzo de recordar cómo era Concord cuando viniste a vivir aquí.

Necesito entender una historia que estoy leyendo.

Una verdad a medias que el buen Dios disculparía, si al cabo ella devolvía el diario de L.

—Podemos tomar té mientras... —ofreció a modo de disculpa por haberla hecho esperar antes.

Marga no podía negarle nada a esa sobrina encantadora que la vida le había permitido conocer mejor. Y si lo que le pedía era que chismorrease un poco sobre los vecinos... ¿Qué mal había en ello? Colocó la tetera sobre el fuego y se dispuso a cotillear.



5. RECUERDOS DE LA OSCURIDAD

“Dios parece hallarse tan lejos que no puedo llegar hasta él.”

Justin permaneció largo rato en ese río que los nativos llamaban Musketaquid por su fondo herboso. En invierno los pobladores se deslizaban con audacia sobre su pátina helada, mientras que en verano las borduras se colmaban de uvas y arándanos. La partida de Analisa lo había dejado pensativo. Le divertía fastidiar a la sureña. Él sabía mucho sobre esa gente que había acumulado riqueza azotando las espaldas de los negros. Allí, en Concord, la libertad estaba garantizada, y no sólo porque había triunfado el norte sobre el sur, sino porque los habitantes de esa región hacían gala de un espíritu liberal pocas veces visto. A menudo los observaba cuando salían de la Iglesia Unitaria, sonriendo y saludándose con apretones de manos fervorosos, deseándose bendiciones para el resto del día. Justin jamás acudía a esos servicios pero conocía al reverendo, un buen hombre que a menudo pasaba por las colinas para ver que no faltase lo esencial a los moradores de aquella parte alejada de los bosques. Podía considerarse privilegiado al vivir en Concord, aunque no formase parte de la comunidad. En cierta forma Analisa tampoco lo era, ya que provenía de la trinchera enemiga; su tía la amparaba, sin embargo, y nadie hubiese ofendido a una joven tan preciosa y educada.

Rozó el musgo del fondo y dejó que el agua helada corriese por sus pantorrillas desnudas hasta que los dedos de los pies se insensibilizaron. Una tortuga chapoteó, llamando la atención de los patos, y Justin arrojó pedruscos hasta donde las ondas rizaban la superficie. Cuando el sol anunció su descenso, dirigió sus pasos hacia la casa que compartía con su abuelo. Amaba a Randall y, más aún, lo necesitaba para recordar. Aquel viejo de edad incierta, ojos nublados y un costurón antiguo surcándole la cara era todo lo que tenía para arraigarse en el pasado. Lo encontró sentado en el porche, meciéndose en su columpio de mimbre. A pesar de que no veía, Randall sabía cuándo llegaba alguien a su casa, y lo aguardaba con pose alerta y un aire de dignidad estudiada.

—Acá estoy, abuelo.

Se acomodó a sus pies, en el último escalón, y ambos permanecieron en silencio, sintiendo el calor del sol resbalando por sus rostros. Randall mascaba tabaco, una vieja costumbre que no se quitaba, y escupió a un lado, diciendo:

—¿Cómo está todo allá abajo, hijo?

Era una invitación a la charla.

—Vino gente nueva, una chica.

—Ajá.

—Se llama Analisa Clemens y es del sur.

Un músculo se movió en forma casi imperceptible bajo la cicatriz del viejo al escuchar eso.

—Vive con su tía al otro lado del puente. No es como las otras, le gusta leer y corre como liebre.

Randall soltó una carcajada cavernosa al oír esa descripción de labios de su nieto. Se sobó la rodilla con satisfacción. Esperaba más de esa novedad.

—Por un rato me divertí a su costilla, porque es arisca y no teme enfrentarse sola a un hombre en el puente. Sin embargo...

—¿Qué?

—Sin querer le recordé una pena del pasado, y me arrepentí de haberla mortificado. Le pedí perdón, abuelo, pero me quedé pensando... ¿Qué hace una bonita chica sureña en Concord?

—Pregúntaselo —fue la rápida respuesta del viejo, que Justin recibió con una sonrisa torcida.

—Eso, siempre que acepte saludarme de nuevo.

—Lo hará, si es como dices. No desdeñará otra oportunidad de medirse con alguien que le presenta un desafío. Me recuerda a tu madre, que Dios la tenga en su gloria.

Lo último que tenía en mente Justin era comparar a Analisa con su madre, pues la joven le despertaba otro tipo de sensaciones, pero aguardó respetuoso a que la melancolía del abuelo se desahogase. Cuando Randall se perdía en los recuerdos del tiempo viejo, Justin sabía que había que callar.

—Ella siempre tenía una batalla que librar. Contra mí, contra tu abuela, contra los hermanos que buscaban pleitos. Tu madre era bien brava, hijo, y la respetaban. Hasta que... —Randall calló, entristecido por ese mal recuerdo.

—Conozco esa historia, abuelo.

—Harías mejor en olvidarla y vivir tu vida, hijo. El pasado no se arregla a nuestro gusto. El futuro, puede ser.

—Prefiero recordar, abuelo, para saber de dónde vengo y sentirme orgulloso.

Una fibra de emoción sacudió los párpados del viejo y volvió a rumiar su silencio cargado de memorias, trágicas en su mayoría. La familia provenía del sur, adonde los había llevado un barco cargado de africanos para derramar su sangre fresca entre los surcos del algodón. Fueron rematados en el puerto mismo y diezmados entre patrones de diversas plantaciones. Algunos no volvieron a verse jamás, ni siquiera supieron si estaban vivos o muertos. Randall era de los más jóvenes y vigorosos, y enseguida encontró comprador. El patrón se apiadó de la mujercita que lo acompañaba y pensó que le serviría como sirvienta en la casa. Así fue como la abuela Randall pudo seguir los pasos de su hombre, a pesar de que en la plantación vivían en casas separadas y

se veían de tanto en tanto, en días de fiesta. El abuelo recordaba con emoción la expectativa de esas jornadas, cuando ambos se ocultaban en los fondos de las barracas para prodigarse arrumacos. Un día, el patrón tuvo que disponer de unos cuantos esclavos y al ver que aquellos dos se habían entreverado en amoríos, decidió venderlos juntos. Ahí empezaron los tiempos malos. El nuevo sitio quedaba bien lejos, era un inmenso tabacal en Virginia cerca del río James, donde los barracones se desperdigaban sin límite, con tantos esclavos que era imposible conocer sus nombres. La joven Prudence ya no fue asignada a las labores de la casa, donde hubiese vivido protegida de la barbarie del capataz y de los demás esclavos, sino que debió hacinarse con las otras mujeres en las chozas destinadas a ellas y a los críos. Era el lugar adonde acudían los patrones para elegir las diversiones de cada noche. Randall no quería que su mujercita estuviese expuesta a miradas lascivas, pero tampoco podía contar con la complicidad de las demás porque todas parecían tan endurecidas por el sufrimiento que hasta encontraban consuelo en que no quedase ninguna sin padecer el martirio del maltrato y las vejaciones. “¡Quién se cree que es! Una esclava más”, le habían espetado una vez que se atrevió a pedirles que la ocultasen a la mirada del más joven de los patrones.

Y llegó la fatídica noche.

Las fogatas ardían en la oscuridad de las miserables parcelas de los esclavos. A la luz de las estrellas, veneraban a antiguas deidades tribales de las que aún no se habían desprendido, cuando el hijo mayor del patrón se presentó, con un sombrero de ala ancha que lo distinguía de los capataces. Llevaba su látigo trenzado y un bastón que usaba como velada amenaza, puesto que era joven y no lo necesitaba. Cesó el repique de los tambores y los cánticos murieron a medida que los esclavos advertían su presencia.

—Bienvenido, amo —se escuchó decir entre los cuerpos apiñados que no atinaban a moverse.

—Sigam la fiesta —los animó con cinismo el patroncito—, que a mí me gusta mirar.

Aquella desdichada frase fue la condena de Prudence. Antes de que Randall pudiese prevenirla, ya la mirada sagaz del hombre había caído sobre sus pechos de ébano, y sin duda apreció los ojos orlados de espesas pestañas, tanto como su boca ancha de dientes perfectos. Prudence era una pequeña muñeca negra. ¡Y era de él, de Randall!

Justin percibió el momento preciso en que su abuelo rememoraba la escena del arrebato, cuando el hijo del amo arrastró a su esposa ante la vista de todos hacia el camino sombreado de robles musgosos que llevaba a la mansión georgiana. Según le habían contado una y cien veces, el abuelo se enfrentó al patrón en defensa de su mujer, recibió un sablazo con el bastón en plena cara, y luego docenas de latigazos que se repitieron por su orden al día siguiente, bajo el sol.

—Lo sé, abuelo —murmuró el joven, con el corazón estrujado de pena por el viejo y por la carga que suponía haber pertenecido a una raza castigada sin pecado alguno.

—Ella volvió tiempo después —contó el anciano con un hilo de voz—, y no quería mirarme a la cara. Cuando lo hizo y notó la herida que yo llevaba, se echó a correr hacia el monte. Hubo que

perseguirla antes de que pensarán que estaba huyendo.

La amargura brotaba de Randall con lentitud, como las aguas del río donde su abuela había querido arrojarle aquella noche. Por suerte para Justin no lo hizo, ya que llevaba en su seno a la que sería su madre, la valiente Zena.

—Usted la perdonó, abuelo.

Randall volvió a escupir tabaco con cierto desprecio.

—Tu abuela no estaba en sus cabales cuando quiso matarse. Ella no hubiera hecho eso de haber perdido la cordura en esa casa maldita. Temía que no aceptase a su criatura. ¡Claro que la aceptaba! Era sangre de su sangre, y si estaba mezclada con la de ese maldito, de nadie era la culpa, salvo de él. ¡Que se pudra en el infierno!

—Cuénteme cómo huyeron, abuelo.

Justin prefería escuchar otra vez esa historia tantas veces repetida antes que permitir que su abuelo montase en cólera y le diese un soponcio.

—Fue mucho después de que nació Zena. Tu abuela tardó en reponerse del parto y vivimos alejados un tiempo, hasta que supimos que los amos viajarían a Nueva Orleans en busca de un cargamento de esclavos nuevos, y nos avisaron que a su regreso nos trasladarían a otro sector de la plantación. Yo sabía que no sería para nada bueno, así que cuando escuché por primera vez hablar del ferrocarril y sus “estaciones”, presté atención.

Justin se acostó sobre la hierba humedecida por el rocío mientras contemplaba el cielo que se tornaba violeta a medida que el sol huía tras las colinas. Ahí estaba. La historia que desde niño había recreado en su mente como un cuento para dormir. El abuelo, al igual que su madre luego y también su padre, un hombre bueno y sensible que formaba parte de aquel secreto, le habían relatado con simples frases primero, con imágenes crudas después, la hazaña de sacar a los negros esclavos del sur para llevarlos, siempre de noche y en el silencio más absoluto, a lugares recónditos que les servirían de refugio y escondite, hasta cruzar la frontera confederada y hallarse en suelo libre. De tramo en tramo, por túneles y caminos alejados de los poblados, hundidos en el barro de los pantanos y durmiendo bajo gigantescos helechos, cientos de hombres, mujeres y niños transitaron la ruta de la libertad que los blancos del norte habían creado para derrotar al sur atrasado. Sin esclavos ya no tendrían sustento, y el sistema de las plantaciones se desmoronaría.

—¿Y por qué vinimos a parar a Concord, abuelo? —preguntó Justin, aun sabiendo la respuesta, porque la historia era como una letanía que se rezaba en la familia desde que tenía memoria.

—Era el sitio donde tu padre enseñaba en la escuela. Junto con otros hombres de gran espíritu, albergaban la ilusión de un mundo donde el amor de Dios alcanzase a borrar las diferencias. Piel blanca, piel negra, todos hermanos bajo el mismo cielo.

—Los Hermanos Trascendentalistas —acotó Justin, para apurar el relato.

—Hombres que van en contra de las ideas establecidas, hijo, sin temor a ser rechazados por eso. Por algo Zena se enamoró de tu padre. La libertad y la verdad fueron bienes preciados para

él.

Justin suspiró de satisfacción. La historia de amor de su madre mestiza y su padre blanco le infundía la sensación de pisar dos mundos y poseer lo mejor de cada uno. En lugar de sentirse marginado, se consideraba bendecido por representar lo que aquellos intelectuales defendían con la razón de sus actos: la libertad de los negros, la igualdad de las mujeres, la idea de que Dios estaba en la Naturaleza y el corazón de los hombres. Él no tenía tanta instrucción como para entender tal filosofía, que en las conferencias y sermones combinaba las palabras de maneras sutiles, pero captaba el fondo de la cuestión; aquellos discursos le llegaban muy hondo, donde sin necesidad de ser docto podía comprender la verdad que se ocultaba a los ojos de los demás.

—¿Qué pensará la señorita Clemens de todo esto? —se dijo en voz alta, sin darse cuenta.

—Pregúntaselo —fue la respuesta del abuelo una vez más, desafiándolo como lo hubiera hecho su madre, de estar viva en ese momento.

—Ella es una chica sureña, abuelo —protestó Justin.

Randall dirigió hacia él sus ojos sin vida y, como si pudiese ver con nitidez su conflicto, formuló la frase que impactó de lleno en su nieto.

—Si lee tanto como dices, lo entenderá. Y si no, es porque nunca será una de nosotros, hijo. No temas descubrir la verdad. Puede ser dolorosa, pero más lo sería vivir en las tinieblas. Yo veo —agregó con una convicción que sobresaltó al joven— con esto —y se golpeó el pecho— y con esto —y señaló su cabeza. Si no los usas, estarás ciego.

El sol desapareció y sumió a las colinas en una penumbra que acompañó las proféticas palabras del anciano. En el valle, luces amarillas se encendían en las calles arboladas. Una de esas ventanas iluminadas sería sin duda la de la tía de la joven sureña. Pero ¿cuál? Justin se acodó sobre el lado izquierdo y eligió al azar, como hacía la muchacha con las hojas del libro, imaginando una casa de tejas y postigos azules, la de Analisa Clemens.



6. LA PUNTA DE UN OVILLO

“Mientras una historia está en curso vivo en ella, veo a la gente más claramente que a las reales a mi alrededor, escucho cuando ellos hablan.”

Analisa entornó el postigo y encendió la lámpara para continuar leyendo. Afuera, la tarde declinaba y las farolas formaban círculos amarillos sobre la acera. Octubre ya se hacía notar en el frío que se colaba por las rendijas. Tan ensimismada estaba en la historia, sin embargo, que si el cielo se hubiese vuelto del revés, ella no lo habría notado. Echó a Cupido para ocupar su sitio entre los almohadones, y suspiró de satisfacción al leer la parte en que Meg contraía matrimonio con el señor Brooke, el tutor de Laurie. En su imaginación, ese día el sol debía de penetrar los cristales, jugueteando con las rosas que decoraban la sala, y la felicidad de los recién casados iluminaría la estancia con un resplandor de ángeles. Como le había ocurrido la vez anterior, unas hojas resbalaron del libro al dar vuelta la página. Cupido fue más veloz que en la otra oportunidad, y se abalanzó sobre ellas con ánimo vengativo.

—¡Gato malo! ¡Vuelve aquí!

Analisa saltó también, en pos del tesoro que el mimado de su tía llevaba como un trofeo entre las garras. Pese a sus esfuerzos, Cupido escapó por la puerta entreabierta y huyó en la oscuridad del pasillo. La joven decidió ganarle con la indiferencia. Si ella fingía que la hoja no le importaba, para el malhadado gato perdería su valor. Y conteniendo su rabia por haberse visto burlada, comenzó a leer las que quedaban. Ya vería cómo recuperaba la faltante.

Madre acondicionó un cuarto para Lu. Le hace bien estar sola, y ella lo entiende. Hasta ahora no habíamos tenido ese lujo, pero Hillside es la mejor casa que tuvimos de las muchas en que vivimos, y todo gracias al señor Emerson, que la consiguió a buen precio. Madre reservó a Lu una habitación con un escritorio, un canasto de labores y manojos de flores secas en el armario. Está contenta. Sobre todo porque la puerta se abre sobre el jardín y ella puede escapar por la parte trasera sin ser vista, directo hacia el bosque. No hay nada que ella aprecie más que correr por el bosque. Nuestro nuevo amigo Fred Willis dice que Lu corre como una gacela y es capaz de saltar vallas como un muchacho, sin

preocuparse por ser adecuada. Creo que Lu debe su amor a la vida salvaje a Henry, que fue su maestro de campamento y naturaleza. Yo era chica para salir en bote, pero Lu y los demás lo hacían, remaban en el lago y Henry les mostraba las mariposas y los pájaros, enseñándoles sus nombres. Nunca conocí a alguien como Henry. Podía vivir solo en el bosque, apartado y feliz. Es un hombre especial, me pregunto si dejará su huella. Hemos ofrecido albergue a un negro fugitivo. Padre dice que ayudarlo a escapar es la mejor lección de vida que podría darnos. Lu le quiso enseñar a leer y a escribir también, pero no puede permanecer escondido mucho tiempo y además le cuesta tomar el lápiz, así que utilizó el carbón de la estufa. Dios lo guíe y le conserve la salud en su viaje al Canadá. Me dio risa saber que Lu se hizo abolicionista a los tres años, cuando un muchacho negro la salvó de ahogarse en el estanque de las ranas del Common. Madre nos contó la historia, y creo que Lu escribirá algo sobre eso. Sospecho que nos mira siempre buscando inspiración para sus cuentos. Yo no seré jamás un modelo interesante, no destaco en nada, sólo quiero estar en casa, en familia. No soy como el resto, no hice planes para el futuro. Parece que no puedo imaginarme más que en el hogar, inútil en otro lado que no sea éste. Creo que nunca podría figurar en ninguna historia. Lo que sí puedo hacer es actuar pequeños papeles en las representaciones de las chicas. Me gusta ayudarlas a vestirse con disfraces, cortar coronas de papel dorado y sujetar la cortina que hace las veces de telón. Es un protagonismo que me permito, siempre que no deba hablar. Mi voz sería incapaz de salir de mi garganta si me lo pidieran.

Analisa observó que el tono del relato era distinto al anterior, el autor parecía feliz y no hacía referencia a ningún mal. Tampoco hablaba de la muerte ni lamentaba dejar a los suyos, si bien se advertía que se sentía inferior a los demás habitantes de la casa. La letra era más armoniosa, como si reflejase otro estado de ánimo. No figuraba firma alguna al pie, ni siquiera la inicial L. Ansiosa por continuar leyendo esas reseñas cotidianas, Analisa resolvió ir por Cupido y salió al pasillo. Su tía acostumbraba dejar encendida la lámpara del zaguán en beneficio de los transeúntes, pero debía de haberse apagado, pues la oscuridad era completa.

Justin se acercó a la casa elegida y permaneció oculto tras el arbusto del jardín, observando la ventana donde un enorme gato moteado reposaba sobre un lío de retazos, en apariencia adormilado. Algo debió alertar al animal, pues de pronto fijó en él sus ojos verdes con ferocidad. Justin le arrojó una piedrecilla y el ruido en el cristal provocó que Cupido se lanzara fuera, con un bollo de papel enredado entre las patas.

La joven descendió los escalones y atisbó en las sombras. Una figura emergió de ellas de pronto y le arrancó un grito.

—¡Qué hace! —exclamó, enojada al comprobar que se trataba de Justin—. Casi me mata del susto.

—La estuve llamando —respondió él con desvergüenza—. ¿No escuchó las piedras que arrojé contra su ventana?

Analisa lo contempló atónita.

—¿Y cómo sabe cuál es mi ventana?

—Me lo dijo él —y Justin señaló al gato que los observaba con placidez desde la barandilla, aunque le debía a su abuelo el dato deseado.

—Ese gato tiene algo que me pertenece —gruñó Analisa, dejando para después las preguntas que se arremolinaban en su cabeza.

—¿Será esto? —y Justin le ofreció un bollo de papel en el que la joven reconoció de inmediato el diario de L.

—Es esto, démelo.

Analisa hizo ademán de tomarlo, pero Justin esquivó su mano con habilidad.

—Antes deberá decirme qué tiene que ver usted con Hillside.

Ella entrecerró sus ojos ambarinos con suspicacia.

—¿Ha leído el papel que me pertenece? —pronunció en tono de amenaza.

—Creo que le pertenecía al gato, en todo caso.

—¡Él me lo robó! —y Analisa se detestó por mantener un diálogo absurdo con ese desconocido que parecía decidido a sacarla de las casillas.

Entonces Justin cambió de actitud y adoptó un semblante reflexivo.

—Si quiere podemos ver Hillside ahora mismo —le propuso—, es un lugar que significa mucho para mi familia. Queda sobre Lexington Road. Conmigo estará segura, señorita Clemens, conozco Concord como la palma de mi mano. ¿Cómo cree que llegué hasta aquí? —sonrió.

La idea de volver a cruzar el puente en compañía de aquel joven audaz le cosquilleó en la espalda junto con una advertencia, pero Analisa poseía un desafortunado amor por la aventura, uno que hubiese querido satisfacer del brazo de Patrick y, ante la imposibilidad de cumplir ese deseo, sólo podía llevarlo adelante por sí misma.

—Iré por un chal.

La noche caía en picada a esa altura del año, y bien pronto el antiguo camino se llenó de sombras. Caminaban a buen paso, atravesando zanjones por donde las aguas del río se escurrían y esquivando animalejos nocturnos. Justin era alto y podía avanzar a zancadas, pero Analisa no se quedaba atrás. La muchacha poseía un físico saludable y no le importaba arremangarse la falda para no mojar el bajo del vestido. Al tomar la carretera, el rumbo se presentó despejado y pudieron ver desde lejos la fachada de Hillside, su claridad lunar destacando sobre el marco de alerces.

—Allí —señaló Justin, satisfecho.

Analisa se detuvo a calibrar la personalidad de aquella casa donde había vivido el misterioso L de las cartas. Se imponía a la primera vista, sin necesidad de adentrarse en el terreno como la

otra, y lucía más presuntuosa, con su galería de arcos y sus balcones en el piso alto. La joven podía imaginar una existencia feliz en aquella vivienda. Volvió la vista y se topó con la de Justin, fija en aquel edificio amarillento protegido por los árboles. En lugar de la curiosidad que ella esperaba ver, encontró una mirada fervorosa en sus ojos oscuros. Tan oscuros como azules habían sido los de Patrick. Pudo apreciar la mandíbula fuerte, el hoyo en la barbilla, los pómulos anchos y el color de la tez, que se había acentuado en la oscuridad. Un temor difuso se apoderó de ella. ¿Qué sabía de Justin Hill? Sólo que vivía en las colinas y que tenía tiempo de sobra para perder. Ninguna de esas cualidades se le antojaba recomendable en ese momento.

Él rompió el hechizo al extenderle el papel arrugado.

—Lea en voz alta —le ordenó, mientras enfocaba una linterna hacia los renglones del diario.

Anoche llegaron otros fugitivos. Una pareja. Ella muy hermosa en su tipo, aguarda un hijo al que quiere proteger de las persecuciones. Él es blanco, pero comprometido con la causa negra. Lu dijo que era un héroe, porque arriesga su pellejo para salvar a la mujer que ama. En verdad se aman, como Padre y Madre, o quizá más, o tal vez de otro modo, porque la mujer no lo idolatra sino que lo respeta pero impone su voluntad también. Madre es más tolerante, aun a costa de su propio interés. Dijeron que permanecerían sólo una noche, pero veo que a Padre le gusta brindarles hospitalidad, ahora que sabe que él es uno de los “maquinistas” del Ferrocarril Subterráneo. Por supuesto, nos exigieron silencio, porque aunque en Concord prevalezca el abolicionismo, las voces pueden alertar a quienes no estén convencidos. Lu me dijo que ella los acompañaría cuando marchasen, por lo menos hasta el río, y ya después los despediría moviendo la linterna como un faro de libertad. Es muy capaz. Yo sólo me senté junto al fuego para escuchar las historias que referían. La mujer es hija de un matrimonio de Virginia que ya fue rescatado, pero ella quiso ayudar a sus congéneres, y aprovechó la guerra y la confusión para hacerlo. Dijo que, aunque sus padres se quedaron llorando y rezando por ella, no pensaba dejar solo a su esposo en la tarea de conducir fugitivos, pues conocía bien el carácter de su gente y podía ser de utilidad. Claro que no contaban con el hijo que lleva en su vientre. Al parecer los sorprendió a ambos, pero ya están embarcados en la aventura. Con el tiempo, Hillside será un hito en esta epopeya de salvamento. Dice Padre que un pueblo que ama la libertad no puede tolerar la esclavitud. Y Lu dijo que ella misma iría a la guerra si la dejaran. ¡Lamenta ser mujer por ese solo hecho!

Las últimas palabras se agolparon con emoción en la garganta de Analisa. Ella provenía de la tierra donde la esclavitud era un derecho de los blancos y sobraban razones para apoyar al sistema. Había escuchado cientos de veces, en la galería de Summer House, su casa en Charleston, conversaciones sobre “levantar el país gracias al trabajo en las cosechas”. ¡Patrick mismo le

había hablado con fervor de la causa! Y a ella jamás se le ocurrió plantear una pregunta ni cuestionar esa idea. Le maravillaba que pudiese existir una opinión tan disímil y que tuviese también el apoyo de tanta gente. Pensó en los libros que había leído, y recordó cómo se sorprendía compartiendo ciertas opiniones al entender los motivos, y luego entrever las razones de ideas contrapuestas, al comprenderlas a fondo. ¿Se podía estar de acuerdo con unos y con otros, como si la verdad estuviese repartida? Era un asunto que recién en ese momento se presentaba como un nudo en su pensamiento.

—Los conozco.

Analisa pestañeó, atontada.

—¿Cómo dice?

—Esos dos, los conozco, sé quiénes eran.

—No puede ser.

—¿Por qué no? —la atacó, combativo—. Sé por boca de mi abuelo cómo fue la cosa. Se conocieron muy jóvenes y se enamoraron. Él ya era de la comunidad trascendental.

—¿Qué es eso, una secta?

—Usted puede verlo así, porque es sureña y vivió a costa de la sangre ajena, pero aquí hay gente de mucho conocimiento y grandes ideas que piensa en un mundo mejor y más justo, donde todos tengan voz y nadie someta a nadie.

—¿Y esta gente era de ese grupo?

—Lo era. Se enamoraron porque vibraban en la misma cuerda. ¿Lo entiende?

—¡Claro que entiendo! No soy insensible al sufrimiento, aunque a usted le parezca que sí. En mi casa los criados estaban bien atendidos. Eufemia...

—No me venga con esa excusa —y Justin soltó una carcajada desagradable—. Es lo que dicen los amos con cargo de conciencia. Se tranquilizan pensando que no usan el látigo ni cometen atrocidades, pero perpetuar un sistema que sí lo hace es compartir esa culpa.

Analisa pensó que, para ser un vagabundo de las colinas, aquel joven poseía bastante labia para defenderse y aun defender a otros. De pronto, la idea de permanecer en la noche con él, al borde del camino solitario, resultaba peligrosa.

—Si me disculpa —comenzó diciendo mientras doblaba la hoja del diario y la escondía en su chal.

—¿Adónde va con esa carta?

—Es mía, ésta y las otras que encontré en el libro que acabo de comprar.

—¿El que me mostró la otra vez?

—El mismo, y lo pagué con mi dinero, así que todo lo que vino en él me pertenece.

—El dinero es un asunto en el que los trascendentalistas ven la raíz de los males de la sociedad.

—¡No me interesa! —le espetó Analisa, y echó a correr con la carta apretada contra su pecho y

el corazón desbocado.

“Corre rápido”, pensaba Justin mientras la perseguía. Ella había perdido el rumbo, pues la oscuridad disfrazaba los recodos del camino, y él decidió dejar que se agotara para poder alcanzarla, aunque no tenía decidido qué hacer cuando lo lograra. Al cabo de unos minutos, Analisa descubrió que no sabía a dónde dirigirse, y que en el bosque todos los senderos eran parecidos. Presurosa por poner distancia con el antipático habitante de las colinas, eligió el lugar equivocado, perdió pie y resbaló por un terraplén que desembocaba en un riacho. El vestido se enredó en los juncos de la orilla y, en su afán por conservar el papel intacto, olvidó atajarse con las manos. Acabó hecha un desastre, mojada y con la cabeza metida a medias en el agua. En un segundo Justin estuvo a su lado. Ella se tragó las lágrimas de indignación cuando él la levantó tomándola por debajo de los brazos y la puso en pie. Era una piltrafa. El mozo no rio, sin embargo; su expresión era preocupada y afligida. Era bueno que se sintiese responsable, después de todo aquel estropicio era por su culpa.

—¿Se ha lastimado?

—Déjeme, que quiero regresar.

—Está bien, pero no por allí, no es el camino.

—¿Y cuál es, entonces? ¡Porque quiero volver a casa y no verlo nunca más!

¡Si su abuelo supiese que lo había arruinado todo! Justin se serenó para evitar otra torpeza y acomodó la ropa de Analisa sin ofender su decoro. La sostuvo del codo para que no tropezara y la condujo con delicadeza hacia el camino. Ya la luna asomaba por sobre las copas de los árboles, y se veía mejor que antes.

—Puedo sola —protestó enfurruñada Analisa, pero se alegró de contar con un brazo fuerte.

Desanduvieron la senda que habían recorrido un rato antes en silencio. Cuando ya se vislumbraba el otro lado del río, Justin se atrevió a preguntar:

—¿Cómo fue a parar ese escrito a un libro de Parsons Books?

—Eso mismo me pregunto yo —respondió a su pesar ella, que si bien proseguía enojada, necesitaba comentar sus dudas con alguien.

—Puedo hablar con mi abuelo, es un hombre que no ve pero recuerda. Y aprendí mucho de esos recuerdos. Fue por él que reconocí a los que se mencionan en la carta.

Poco a poco, el sentido de aquella afirmación fue penetrando la mente embotada de Analisa. Al principio, debido a que se enzarzaron en una discusión, como de costumbre, ella no reparó en lo que implicaba para Justin haber reconocido a los protagonistas de aquel diario. Analisa lo miró de reojo y por primera vez captó la intensidad de los ojos vivaces, los labios sensuales, la dentadura blanca y fuerte, y su piel curtida. Justin Hill no debía de ser un vagabundo como ella suponía, sino un joven con un pasado triste. La fiereza de su mirada lo denunciaba. Su cuerpo atlético y cierta gracia en su andar atestiguaban una vida acostumbrada a eludir dificultades. Además, había en él un desafío constante, que se comprendía en quien había recibido un legado de

dolor y humillaciones. Quizá él también había perdido a alguien querido en la misma guerra. Recordó la mirada de su padre, la manera en que movía la cabeza con desaliento al leer en el periódico las noticias. ¡Ojalá pudiera en aquel momento conversar con él como hacía Justin con su abuelo! Extrañó estar en casa, disfrutando de veladas apacibles como las de antes, pero de inmediato recapacitó en que las veladas de Summer House ya no serían agradables en la era de la Reconstrucción. Más le valdría invitar a sus padres a compartir la bucólica vida de Concord y sus alrededores, con toda esa gente que Justin había nombrado con admiración. Los trascendentalistas. Quizá su nueva amiga, Flora Fairfield, pudiese comentarle sobre ellos. Si era de allí, los conocería bien. Visitaría Parsons Books apenas pudiese, para ver si la encontraba de nuevo.

—Hemos llegado —anunció Justin.

Parecía contrito. Analisa quería darle una lección. En el lugar de donde ella venía, las damas eran tratadas como delicadas flores, agasajadas y consentidas. Ese muchacho tenía mucho para aprender, además de ideas libertarias.

—Gracias por el paseo —le dijo con sarcasmo—. La próxima vez trataré de llevar un gabán impermeable.

—No es mi culpa que echara a correr, no había necesidad —dijo él, y luego suavizó el tono—, pero entiendo que lo hiciera, fui un poco vehemente. Me disculpo.

—Debería hacerlo. Buenas noches, señor Hill.

Analisa recorrió con rapidez los metros que la separaban del porche de la casa de su tía y antes de entrar por la puerta de atrás miró hacia donde Justin había quedado esperando. Lo vio bajo la luz de la farola, con sólo medio cuerpo iluminado, y le pareció que ésa era la esencia de aquel hombre, luz y oscuridad, que se revelaban según la ocasión. Una personalidad dividida con la que de seguro él lidiaba a diario. Sintió algo de compasión y también arrepentimiento por la forma en que lo había tratado cuando él intentaba componerla del desastre. Después de todo, ambos eran hijos de la guerra, cada uno de un lado de la trinchera. La contienda había terminado, quizá deberían hacer las paces. Con ese pensamiento subió la escalera que llevaba a su cuarto. Antes de cerrar la puerta, alcanzó a ver a Cupido en las sombras, con sus ojos de jade fijos en ella. El muy bandido parecía reírse.



7. LOS ENREDOS DEL OVILLO

“Mi madre me dejó suelta en la naturaleza, para que aprendiera lo que ningún libro puede enseñar.”

Corrió y corrió, saltando las matas de salvia que nacían entre las piedras, con la mirada hacia adelante y hacia arriba, buscando ese rayo de sol que besaría las copas de los árboles en el primer instante del amanecer. El aire quieto y frío le daba vigor y sentía las piernas flojas como antes, cuando dejaba atrás a sus competidores, que se resignaban a perder una vez más. Al llegar a la cima, se desplomó sobre la hierba húmeda, riendo de placer. Estaba cansada, pero feliz. “Todavía puedo ser aquella muchacha que brincaba colina arriba”, se dijo contenta. “No he olvidado lo que se siente al correr. Creo que en otra vida debí de haber sido un ciervo o un caballo.”

Desde su atalaya, el cielo diáfano y el bosque rumoroso se brindaban sólo para ella. Sería un día de otoño magnífico, y Dios estaba allí, en ese oasis vegetal que se colmaba de trinos y despedía el aroma fresco del eucalipto. Sus padres no le habían inculcado ritos religiosos, ni tampoco ellos los practicaban. La espiritualidad se vivía en lugares como ese, donde el toque divino se percibía cual un milagro. El canto melancólico del petirrojo la hizo sonreír, imbuida de idéntico ánimo.

—Robin —murmuró conmovida, al recordar su primer poema infantil dedicado al petirrojo que, junto a sus hermanas, había encontrado en el jardín. Aquella vez, su madre le había dado el empujón definitivo al decirle, entusiasta:

—¡Crecerás como Shakespeare!

“Madre, no seré Shakespeare, pero como él, no puedo dejar de escribir”, pensó fatigada.

El silencio de la mañana tenía una cualidad sanadora y ella había bebido de ese remanso cada vez que la abrumaban pensamientos tormentosos o la aquejaban dolores de cabeza. Ya nunca volvería a ser la misma, después de sus días en el hospital de Georgetown, pero aún quedaba el rescoldo de la juventud en su interior. Los viejos días en Concord eran su tesoro, tiempos felices en que jugaba en el granero con los hijos de sus ilustres vecinos y representaba cuentos de hadas. Aquél había sido el reino en el que moraban sus pensamientos, no siempre alentadores. “Pasé mi vida intentando ser buena”, se lamentó mientras se ponía de pie y se sacudía de la falda las

brizas de pasto. Ya el sol entibiaba su rostro cuando emprendió el descenso. Se inclinó para recoger un trozo de musgo al pie de un ciprés. Henry les había enseñado que el musgo crecía siempre del lado sombrío de los árboles, y que era como una brújula, pues donde hubiese musgo, estaría el norte. Sonrió al recordar aquellos paseos por los senderos del bosque, que no tenía secretos para él. Formó una cruz de musgo como la que de niña había hecho para Abba el día de su cumpleaños. “Nadie ha sido tan bueno conmigo como Madre.”

Avistó a su padre inclinado sobre la verdura de los canteros, en el huerto. Bendito hombre, hallaba en todo una manera de servir al espíritu: la tierra, los himnos, las conversaciones, los libros. Ellas se habían criado bajo el principio de la educación vital, y, a decir verdad, no se arrepentía de ello. Sabía que se murmuraba sobre su familia y las extravagancias de su padre, pero era mejor causar asombro por las cosas buenas que por las malas.

Bronson levantó la cabeza tocada por un sombrero de paja y ella le hizo señas desde lejos. Imaginó, porque no alcanzaba su vista a percibirla, la pequeña sonrisa que le dedicaría. Al pasar junto a la casa supo que su hermana menor estaba pintando, pues el postigo de su ventana en el piso alto estaba abierto de par en par y las cortinas flameaban en el aire. May poseía disciplina, y eso era mejor que el talento puro. Recordó la frase que se atribuía a Miguel Ángel: “El genio es paciencia infinita”.

Su expresión relajada cambió al distinguir del otro lado del cerco a un hombre que pretendía abordar a Bronson. No era uno, sino dos. El primero sostenía una libreta, y el otro arrastraba el cajón de una cámara fotográfica. Resopló de fastidio y torció el rumbo de su caminata. En lugar de saludar a su padre como hubiese querido, bordeó el jardín trasero de Orchard House, donde se guardaban los toneles para sidra, y salió por un camino lateral que sólo ella usaba. Tomaría el atajo que la llevaba a Concord. Iba vestida de cualquier modo, pero qué importaba. A esa altura, una autora famosa podía darse el lujo de la excentricidad.

La voracidad de Analisa con la lectura le tendía trampas. En ese momento, miraba a su tía Marga enmarcada en el quicio de la puerta del frente, y creyó estar viendo a la enfurruñada tía March de la historia que leía sin intervalos. Salió del ensueño al escucharla decir, con esa voz que conservaba juvenil pese a los años:

—Es un día precioso, querida. ¿Vienes a dar un paseo?

La tía March que tiranizaba a Jo jamás hubiese hecho semejante propuesta, y Analisa sonrió, divertida al comprobar que, para su fortuna, su tía era jovial y animosa, y sus mejillas rubicundas revelaban el carácter amable que era su sello.

—Hoy no, tía, debo ir a la librería del centro a devolver un libro.

—No será ese que estás leyendo día y noche, porque no aceptarán un libro usado.

—Es que encontré hojas faltantes, tía, y en ese caso deberán cambiármelo —arguyó.

—Adónde iremos a parar con el descuido en estos tiempos... —se lamentó la tía sin mucha convicción, mientras se ponía los guantes y acomodaba su sombrero frente al espejo de la entrada. Saludó a su sobrina con un gracioso ademán y acarició a Cupido, apoltronado en su montón de retazos junto a la ventana.

—Te traeré buñuelos, entonces —prometió, al cerrar la puerta tras de ella.

Analisa empleó el rato en planear su estrategia. Había que ser cautos, pues si ese diario personal pertenecía al dependiente, él sospecharía que lo había leído; y si no le pertenecía, tampoco ganaba nada devolviéndoselo, pues sin duda el hombre lo leería y luego lo arrojaría al cesto de basura. Analisa ya sentía que aquellas hojas sueltas eran parte importante de la segunda parte de *Mujercitas*, casi como si la autora las hubiese dejado allí. Un atisbo de remordimiento la asaltó al recordar la expresión de Justin mientras ella le leía los renglones que Cupido había robado. Si estaba en lo cierto, aquel diario significaba más para él que para cualquier otro.

—Quizá deba dejarle leer el resto —se dijo, pensativa, en tanto cerraba la puerta con cuidado de no dejar afuera al gato. El muy pícaro solía escabullirse en el último minuto.

Caminó hacia la plaza central, disfrutando de la mañana soleada. El libro le pesaba en el bolso como un pecado en el pecho. Al divisar la marquesina de Parsons Books aminoró el paso y prefirió sentarse en uno de los bancos bajo los árboles. El aire olía a retama seca y a leña, y le pareció adecuado embriagarse de esos aromas antes de encarar una misión delicada. Mientras se deleitaba en eso, vio cómo una mujer ataviada de modo singular entraba a la librería haciendo sonar la campanilla con fuerza. Iba con prisa, y algo en su desenvoltura le trajo el recuerdo de la dama de negro que había encontrado la otra vez. Flora... ¡Flora Fairfield! ¿No era ella, con un sombrero de jardín y una sobreveste a cuadros? Lucía bien diferente en esa ocasión. Alta, con el mismo cabello oscuro y movimientos enérgicos. Analisa no creía que hubiera muchas mujeres como ella en Concord. De modo que sí, era Flora Fairfield, entonces, y debería aguardar a que saliese; no deseaba representar la escena de la devolución del manuscrito frente a testigos. Aguardó, pendiente de la campanilla de Parsons, y se sobresaltó al ver que Flora salía casi de inmediato y se encaminaba directo hacia ella. Antes de que pudiese planear una salida conveniente, la dama le sonrió y se sentó a su lado.

—Esperaba verla aquí —le dijo sin ambages—. Creo que ambas tenemos el vicio de Parsons aunque, a decir verdad, compro pocos libros; con los de mi padre y mis amigos tengo suficiente donde husmear.

Analisa sonrió con cierta timidez. La mujer le hablaba como si la conociese desde siempre, y ella estaba acostumbrada a las presentaciones. Le agradó, sin embargo, pues presintió sin saber cómo que Flora la elegía a ella, y que de seguro no era tan suelta con los demás.

—Para decir la verdad también, he comprado sólo la segunda parte de *Mujercitas* —confesó sonriendo—. Me moría por leerla, y hasta ahora no sabía que ya hubiese sido publicada. Estuve en Europa —agregó, para justificarse.

—¿Y qué tal le resulta ese libro?

El interés de Flora era casual, de modo que Analisa podía explayarse con tranquilidad.

—Era la parte de la historia que ansiaba leer. Más que nada, porque en el libro anterior la autora dejó pendientes muchas cosas.

—¿Como cuáles? —el interés de la dama parecía haberse acentuado.

—Sé que es sólo una fantasía, pero me gusta pensar que las protagonistas existen, y por eso quería para cada una de ellas un final feliz.

—¿Qué se entiende por final feliz? —dijo de pronto Flora con cierta aspereza en el tono.

—Bueno, no lo sé. En mi caso, que no he podido vivirlo en la realidad, me gustaría que las mujercitas encontrasen a su amor para siempre.

Algo así como un bufido escapó de la boca de Flora, y Analisa la contempló sorprendida.

—¿A usted no le agradan los finales felices en las novelas? —quiso saber con prudencia.

—No más que las arañas en los muros.

Y luego, como si hubiese percibido la ofensa en el exabrupto, aclaró:

—Es que los que escriben esas historias tienen derecho a contar sus propias tormentas. Si yo fuese el autor, querría que mis lectores encontrasen en mi novela algo más que la dicha matrimonial.

Analisa contempló con tristeza sus manos, donde antes había habido un anillo de compromiso.

—Tiene razón. La dicha del matrimonio no es para todos.

El resabio de pena movió a la otra mujer a concentrarse en ella con genuino interés.

—Ha sufrido usted, me doy cuenta. ¿Y quién no? ¡Lo que ocurre es que la dimensión del sufrimiento depende de tantas cosas! De lo que se piensa, de lo que se espera, de las personas que nos rodean y aguardan que seamos como ellos quieren... Lo que las novelas deberían transmitir es eso, el sufrimiento, la pasión, los temores, y que cada personaje haga con eso lo que pueda. En algunos, será el encuentro del amor —y pensó en Anna y John Pratt, felices en su casa pequeña—, pero en otros, quizá sea el logro de una ambición, o vivir la vida en libertad, sin compromisos que aten los deseos.

—Es parecido a lo que me dijo mi tía cuando Patrick... —y Analisa se turbó.

—¿Es ese novio que no la llevó al altar?

La joven asintió con un nudo en la garganta.

—No por su voluntad. Murió en la guerra.

Hubo un silencio incómodo. La mujer sabía bien a qué guerra se refería. Nadie aclaraba el punto, todos decían “la guerra”, y eso bastaba para entenderse.

—Lamento la muerte de una persona joven, llena de vida, por causa de una guerra.

—Es más que eso, señora Fairfield. Mi prometido era del ejército confederado. Ni siquiera puedo llorarlo abiertamente aquí, en terreno yanqui. Pareciera que todos se alegran de las pérdidas del bando enemigo.

—Se equivoca. Estuve en un hospital de campaña, y atendí tanto a yanquis como a sureños. Cuando yo llegué para dar servicio, justo se libró la batalla de Fredericksburg, con tal cantidad de muertos y heridos que al final daba lo mismo el color del uniforme. Conocí a un hombre del sur que soportó con tanta entereza el dolor y la certeza de su final que todos lo admiraban, aun estando en minoría en aquel lugar. La muerte nos iguala, señorita Clemens. No, no olvidé su nombre — agregó, al ver la cara de sorpresa de Analisa—. Es usted fuerte, más de lo que cree, y es lo que merece la heroína de una buena novela. Escribir historias serias consiste en poner en palabras lo que todo ser humano vive, tarde o temprano, algunos con más intensidad que otros. ¿No lleva un diario de sus sentimientos y reflexiones?

—No se me había ocurrido.

—Yo lo hago desde muy pequeña, por ocurrencia de mi padre. Todos lo hicimos en casa, aunque no todos estuvieron de acuerdo en mostrarlo, como él quería.

Esa referencia condujo la mente de Analisa hacia el diario que llevaba en el bolso, y sin darse cuenta lo apretó contra su regazo.

—¿Va a entrar a Parsons Books?

La pregunta la devolvió al presente y Analisa se mostró confusa. Deseaba cumplir con el deber de restituir el diario, y a la vez sentía que esa acción sería definitiva. Ya nunca sabría otra cosa de la vida del desconocido autor. Sobre todo luego de enterarse de que esa vida se cruzaba con la historia familiar de Justin. ¡Y eso era real, ninguna novela! Decidió que debería antes hojear el libro para extraer todas las páginas que hubiese del manuscrito. Hasta el momento no lo había hecho porque le gustaba jugar al misterio, y así como abría al azar los libros para leer el párrafo que impactara su vista, prefería que las sorpresas la asaltasen en el momento indicado. Era una manera de vivir las novelas, de sentirse adentro de ellas.

—Creo que hoy seguiré de largo. Mi tía me espera para dar un paseo —argumentó, y se puso de pie, lista para despedirse y huir de la librería que le recordaba su deber.

La mujer captó en el desasosiego de Analisa el tipo de conflicto al que ella estaba acostumbrada: las luchas morales, las que había librado toda su vida. Esa muchacha sufría por algo que debía hacer y no podía, o bien algo que había hecho y sabía equivocado. ¡Si ella le hablase! Se incorporó con actitud afable y pronunció las palabras que nunca pensó decir:

—Me gustaría invitarla a Orchard House uno de estos días.

—¿Ahí donde viven sus vecinos? Bueno, si ellos están de acuerdo, iré encantada. Esa casa me gustó desde que la vi, aun sin saber su historia.

—Entonces venga, estoy segura de que le agrada tomar un refrigerio en el huerto. Nada formal. Verá que los dueños de casa son amistosos, quizá demasiado a veces.

Sorprendida y ansiosa, Analisa aceptó la extraordinaria invitación. Tendría mucho que contar a su tía Marga, que le había narrado algunas curiosidades sobre esa casa que casi se hundió en la ciénaga y resurgió, convertida en un vergel de manzanas y matas de lavanda.

Decidió que guardaría el diario, por el momento. Quizá, con la ayuda de Justin, descubriesen más secretos ocultos. A decir verdad, deseaba encontrarse con él para comentarle las novedades y saber si su abuelo le había narrado algo más. Tenía ganas de conocer al abuelo de Justin. En su mente, se forjó la imagen de un señor venerable, acostumbrado a alternar con los intelectuales de Concord, ese grupo de pensamiento elevado del que Justin le hablaba con tanta convicción. Vino a su imaginación el señor Lawrence, el anciano vecino y benefactor de las hermanas March en *Mujercitas*. Unos pocos dibujos lo representaban tal como ella lo imaginaba, alto y distinguido. Cargó su bolso con decisión y se dirigió al puente del Norte.

La tía Marga era una mujer demasiado resuelta para dedicarse sólo a pasear y comprar buñuelos. Apenas cumplido el mandado, se dirigió a la librería que frecuentaba su sobrina. Allí encontró al dependiente rodeado de libros y papeles polvorientos. Él la saludó sin levantar la vista, como si la hubiese adivinado.

—¿Ha venido mi sobrina por aquí hoy?

—Aún no, pero vendrá como siempre, señora. ¿Algún recado para ella?

Marga miró alrededor buscando señales de algo. Se quitó los guantes, indicando que la visita duraría más de lo habitual en un cliente.

—Los jóvenes de hoy en día... ¡Una no puede saber por dónde andan! Hacen su voluntad, y enhorabuena, pero a veces una vieja quiere un poco de compañía. Ella me dijo que vendría para cambiar un libro al que le faltaban páginas.

Eso atrapó toda la atención del dependiente, que miró a Marga por sobre la montura de sus anteojos.

—Imposible. Reviso todos mis libros antes de venderlos.

—¿Está seguro? Ella parecía decidida a pedirle otro a cambio.

—Que venga y me muestre el ejemplar. Lo recuerdo bien, pues lo aparté para ella. Es esa novela de la que todos hablan, la de las cuatro hermanas.

—¿*Mujercitas*?

—La segunda parte, que salió hace muy poco. Al parecer, a su autora le fue muy bien con la primera, contra todo pronóstico.

—Es extraño que no haya llegado aún a la librería, entonces. ¿Sabe usted si viene acompañada?

El dependiente adoptó una actitud distante y fría. Captaba la inquietud de la señora, pero no quería quedar ligado a los asuntos de faldas juveniles. Bastante tenía con su propia hija, a la que no podía arrancarle la nariz de la segunda parte de la malhadada novela, ni siquiera para cenar. Los libros solían apoderarse de las mentes de las jovencitas, que caían en torbellinos de ilusión, como si lo que en ellos ocurriese fuese real.

—La he visto sola, pero no podría saber qué hace cuando traspasa el umbral. Lo único que

puedo hacer por usted es decirle que la está buscando.

—¡Oh, no, por favor, no haga eso! Sólo serviría para... alarmla —dijo, corrigiendo la palabra que subió a sus labios: “alertarla”.

El dependiente ocultó una sonrisa maliciosa. De Marga Clemens se susurraba toda clase de aventuras secretas, la mayoría sin fundamento, y siempre con el barniz de cortesía característico de la sociedad de Concord, que jamás ofendería a uno de sus ciudadanos con chismes. Si la sobrina había heredado esa pasión, la buena mujer estaba en problemas.

—Callaré, entonces —repuso muy circunspecto.

Marga salió de Parsons más atribulada que antes. Sabía, con ese instinto que poseía por naturaleza, que Analisa estaba enredada en algo. Si bien confiaba en el buen criterio de la joven tenía que, al no estar familiarizada con las costumbres del lugar, cayese presa de algún engaño. El fiel Cupido le había dado la pista al aparecerse en su recámara con un pañuelo bordado con las iniciales Z.H. ¿A quién pertenecería? A nadie que ella conociese. Debía seguir los pasos de Analisa más de cerca, mantenerla ocupada para que no le sobrara tanto tiempo. El ocio era mal consejero.



8. LOS SECRETOS DE LAS COLINAS

“Tenemos muchos pequeños romances entre los niños y niñas de Concord, y todo tipo de cosas raras que funcionarán muy bien en Jack y Jill.”

*E*speraba ver de lejos la figura inconfundible de Justin. Sin duda la aguardaría en el puente como la otra vez, aunque Analisa no estaba dispuesta a perdonarle el chapuzón. Al menos, no por el momento. Luego le contaría sus nuevas aventuras, pues al fin y al cabo era la única persona de su edad que conocía en Concord. Le sorprendió encontrar el sitio vacío, más vacío aún ahora que él formaba parte natural del paisaje del río y los matorrales. Una ardilla saltó a su paso, con una bellota entre las patas. Analisa formó visera con la mano para atisbar las colinas lejanas. No tan lejanas como podía suponerse. Desde el puente lucían bastante accesibles, eran apenas una elevación arbolada del terreno, un delicado festón para el valle y el río. ¿Estaría Justin en su casa? Sintió curiosidad por develar la parte de su vida que él no mostraba y que para Analisa adquiría visos de misterio. La mañana estaba en su apogeo, tenía tiempo de llegar hasta las colinas y contemplar la otra orilla del Concord.

Agotada, sucia y un tanto malhumorada, llegó a la zona que le había parecido cercana cuando todavía no le ardían los pies ni le flaqueaban las rodillas. Su cabello estaba hecho un desastre y los brezales le habían rasgado las medias. El caserío de las colinas se encaramaba sobre la bajante del río, donde el sol teñía de púrpura las aguas. Era un bello espectáculo que Analisa se detuvo a admirar para tomar aliento. Las ranas croaban entre los juncos y se escuchaba el repiqueteo lejano de un pájaro carpintero. Más animada, caminó sendero arriba en busca de la vivienda de los Hill, de la que no tenía la menor idea. Las personas a las que preguntó se mostraron reservadas al respecto. Ninguno parecía dispuesto a brindar información sobre Justin, hasta que una mujer encorvada bajo el peso de un fardo de leña se delató al mirar de soslayo una casa pintada de amarillo que se alzaba a pocos metros. Analisa sonrió, a pesar de que la mujer no había querido ayudarla en absoluto, y se encaminó hacia aquella construcción sencilla que resaltaba sobre la fronda oscura del bosque. El porche se abría en un lateral, por lo que la joven debió bordear la galería para dar con la puerta de entrada. Por eso se detuvo en seco al toparse con un anciano que se mecía con lentitud en un columpio. El sombrero de paja le cubría parte del

rostro, y Analisa sospechó que era corto de vista o bien estaba dormido, porque no se sobresaltó al verla aparecer de repente. Se le acercó con prudencia, pero el hombre detuvo su vaivén de inmediato y levantó el ala del sombrero, dejando al descubierto un rostro atezado y unas cuencas vacías y azuladas que se volvieron hacia ella, petrificándola en el sitio. Recordó las palabras: “Mi abuelo no ve, pero recuerda”. ¿Sería ése el abuelo de Justin? ¡No podía ser él! Este anciano tenía toda la apariencia de un viejo esclavo que disfrutaba de libertad en los últimos años de su vida.

—¿Qué busca, señorita?

Analisa quedó estupefacta. ¿Cómo podía saber que se trataba de una mujer y joven, además? Supuso, en rápida sucesión de ideas, que tal vez la había delatado el perfume que llevaba, si bien dudaba que pudiese olerse a la distancia luego de semejante caminata.

—¿Es ésta la casa de Justin Hill? —repuso, haciendo gala de amabilidad esforzada.

—¿Quién lo busca?

—Soy la sobrina de Marga Clemens.

—Marga.

—¿La conoce usted?

—Conozco a todos en Concord, señorita, y me doy cuenta de que ha debido caminar mucho para llegar hasta aquí.

“Muy perspicaz”, pensó fastidiada Analisa. Miró sus botines polvorientos y deseó que el esfuerzo hubiera valido la pena.

—¿Vive aquí Justin, entonces?

Un murmullo proveniente del interior la distrajo, aunque pudo advertir que el anciano se mostraba reacio a responder y más renuente aún a invitarla a pasar.

—Justin no está —le escuchó decir.

Justo en ese momento, ella había alcanzado a percibir una voz que bien podía ser la de su joven amigo. Iba a replicar cuando el viejo volvió a mecerse mientras sentenciaba:

—No está, vuelva otro día.

Analisa se turbó. Estaba acostumbrada al trato deferente que recibían las damas en el sur del país, y era evidente que la gente de las colinas era tan brutal como le había parecido aquel primer día que conoció a Justin.

—Eso haré —respondió con rabia contenida, y abrió su sombrilla de un golpe que casi la desguaza, tanto le había molestado la falta de hospitalidad.

Entonces el viento abrió la puerta con un chirrido, y ella atisbó en el interior a Justin en mangas de camisa, junto a un grupo reducido de gente. Hizo algo de lo que más tarde se arrepentiría. Ignoró al anciano y subió los peldaños del porche. Randall abrió la boca para protestar al escuchar el quejido de las maderas bajo los tacones, pero al fin calló, resignado.

Un rayo de luz se filtró, delineando figuras y resaltando el polvo de los rincones. Analisa

alcanzó a distinguir a dos hombres, y a otra figura que permanecía en las sombras. Y a Justin. Sus voces resonaban huecas debido a la escasez de muebles. Palabras sueltas llegaron a sus oídos: “noche”, “reja”, “guardia”... Claros indicios de confabulación. Su presencia quedó al descubierto cuando Justin levantó una mano, conminándolos al silencio. Era otro Justin. Su boca no sonreía, los ojos destilaban furia, y había un rescoldo de temor en ellos. Los rostros se volvieron hacia ella con desconcierto.

—¿Qué hace ella aquí? —dijo la figura en penumbras, que se delató como mujer.

—¿Quién es? —escuchó decir a otro.

—Yo me encargo.

El joven Hill se acercó en dos zancadas, bloqueando con su cuerpo la visión de Analisa.

—Vete —le espetó, mordiendo las sílabas.

La sola palabra tuvo tal contundencia que la muchacha la sintió tallada en el corazón. Este Justin rígido, disgustado y hasta cruel, distaba mucho del “Laurie” encantador que ella se figuraba. Su hoyuelo ya no reía sino que marcaba su mentón como la mella de una cuchillada. Analisa creyó entender una advertencia. Echó un vistazo a la concurrencia antes de salir. Los hombres parecían amistosos, a pesar de todo. Más bien apenados por tener que despedirla a cajas destempladas. Uno de ellos, un caballero mayor, alto y digno, cuyo cabello platinado rozaba los hombros, dándole apariencia de antiguo dios, le dirigió una mirada tan bondadosa que a Analisa le pareció ver reflejado el cielo en sus ojos. La mujer, en cambio, menuda y endurecida, lucía impaciente por la interrupción inesperada. Era evidente que aguardaban su partida para retomar el tema que les interesaba.

Analisa miró a Justin con un resabio de pena y reproche, y luego giró sobre sus talones, enarbolando la sombrilla sin pronunciar palabra ni volver la cabeza una sola vez. Habría caminado unos diez pasos cuando escuchó la voz del anciano ciego:

—Hasta pronto, señorita.

Justin se maldijo por su proceder. Todo le salía mal con la sureña, aun cuando ella no tuviese malas intenciones. Siempre algo se interponía entre ambos, clara señal de que había posado sus ojos en mal lugar. Analisa Clemens nunca sería su dama, y mucho menos después de ese malhadado encuentro. Ella había sido criada en otros principios, y era tan imposible que viese el mundo con nuevos ojos como para él dejar de ser el que era.

Bronson Alcott puso una mano sobre su hombro, comprensivo.

—Las buenas obras se abren paso solas, muchacho.

Justin no supo si se refería al asunto que se traían entre manos o a su interés por Analisa.

Era tarde para echarse atrás. La fuga debía hacerse, y si alguien ajeno a la causa se había enterado, habría que confiar en que no tuviese un corazón delator. Evitó aclarar a sus amigos que aquella intrusa provenía de las tierras del sur, donde todavía algunos amos se resistían a dejar ir a sus peones y los reclamaban en virtud de la antigua Ley Federal de Fugitivos. Debía concentrarse

en el plan de la noche siguiente y desterrar a Analisa de su mente.

—Hubiese preferido actuar de otro modo —decía uno de los presentes—. Siempre es mejor la defensa en juicio.

—Ya lo intentamos antes —refutó el otro, lamentando lo que debía hacerse en bien de los principios que el país reclamaba como propios en su Constitución.

El recuerdo de aquel fallido intento al que Bronson se refería abrió la herida secreta en el corazón de Justin. Había sido durante el juicio de Charles Hill.

Analisa echó a correr no bien desapareció del área de visión de la casa amarilla. Corrió hasta que el jadeo le resultó insoportable y entonces se dejó caer sobre la hierba, llorando. Lloraba por su estupidez, por el recuerdo de la vida anterior, por los sueños truchos y por Patrick. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—¡Patrick! —clamó con angustia mientras sus puños golpeaban la dura tierra.

Su prometido había sido tan caballeroso y gentil con ella, sus modales eran tan civilizados y su conversación tan llena de florituras... ¿En qué momento de aturdimiento había creído ver en ese patán de Justin a alguien capaz de sustituirlo? Justin Hill pertenecía a la gente salvaje de las colinas, de donde jamás debería salir, para evitar mezclarse con los habitantes de Concord. ¡Todavía se jactaba de conocer a los intelectuales de grandes ideas! Rabiosa con ella misma por haber sido crédula y fantasiosa, se levantó decidida a cambiar de rumbo. Enfiló hacia donde siempre hallaba refugio. Esa vez no le importó su aspecto, ni reparó en que los paseantes ya no la saludaban sino que la miraban con desconcierto.

—¡Dios bendito! ¡Señorita Clemens! ¿Qué le ha ocurrido?

El dependiente iba a cerrar con llave la puerta de Parsons Books cuando vio la figura de Analisa a través del vidrio, como una aparición. “Debo parecer un espantajo”, pensó la joven, al advertir que su presencia había logrado alterar el gesto imperturbable de aquel hombre.

—Pase usted. Estaba cerrando.

Analisa se dejó conducir hacia una de las butacas de lectores y aceptó el vaso de agua que el hombre le ofreció, solícito. Se sentía desfallecer.

—Su tía anduvo por aquí más temprano, buscándola. ¿Se ha metido en problemas, señorita?

—¡Por favor, no le diga que me vio con esta traza, o se preocupará!

—Es para preocuparse, a menos que me asegure usted que no ha caído por un barranco ni la han asaltado bandoleros.

—Nada de eso ocurrió.

—Bien, entonces de seguro ha venido por el libro.

—¿El libro?

—El ejemplar que reservé para usted y que, según dice su tía, tiene una falla —aclaró con

retintín molesto.

Analisa no esperaba que el hombre estuviese al tanto de la última conversación que había sostenido con su tía. “Debo ir con cuidado”, se dijo. Y trató de restarle importancia.

—Lo traeré otro día, no es nada grave.

—¿Entonces ha venido usted por...? —y el dependiente aguardó la respuesta.

¿A qué había ido a Parsons? Analisa no atinaba a comprender su conducta. Podía echarse a llorar de nuevo como una tonta, y aquel hombre pensaría que en efecto había sucedido algo terrible, o bien encarar el asunto que la afligía con ese librero de Concord que sin duda conocería a todos en varias millas a la redonda.

—Quisiera que me explicara algo, señor.

—Mi nombre es Hugo.

—Hugo, usted parece estar al tanto de todo en este pueblo, incluso del pasado.

—Es mi oficio, señorita Clemens. Vendo libros, y la gente suele quedarse a comentar temas de su interés. Como usted ahora mismo.

—¿Quiénes viven en las colinas?

El dependiente se miró las uñas con falsa indiferencia.

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Alguien de allí la ofendió de algún modo?

Podría haberle dicho que sí, pero Analisa deseaba la verdad sobre la intrigante reunión que había presenciado y entender el arrebato de carácter de Justin, aun si no volviese a verlo en su vida, que era lo que él se merecía.

—Estuve de visita, y me pareció que sus moradores actuaban de manera... extraña.

—Son gente sencilla, señorita. La mayoría trabaja en oficios duros, y no se mezclan con los miembros de la comunidad. Es buena gente, sólo que algo rústica.

—He hecho algunos amigos allí, y hoy fui de visita sin avisarles. Me pareció que se sintieron molestos.

—No deberían, siendo usted su amiga.

—Es que estaban en una reunión.

Hugo la miró fijo unos segundos, evaluando su intención, y al fin suspiró y atrajo el banco del mostrador para sentarse junto a la indiscreta chiquilla, poco más grande que su hija.

—Vea, señorita Clemens, lo que de seguro usted ha visto es algo que deberá permanecer en secreto. ¿Confío en su palabra? De lo contrario, le pediré que se retire y mande a su tía a cambiar el libro. Si accedo a contarle lo que sé, es debido al respeto que me merece Marga Clemens, y a que la juzgo a usted inocente de todo mal, pese a que lleva la cabeza repleta de sandeces de las novelas.

Ahora los ojos del dependiente lucían bien abiertos y concentrados en ella, ya no eran ranuras tras los vidrios gruesos de las gafas. Analisa prometió ser discreta y aguardó, ansiosa, lo que el hombre tuviera para decirle.

—Pues bien, el asunto es que desde hace mucho funciona aquí una trama secreta. Las cabezas más ilustres de Concord están en ella, porque se trata de una misión liberadora. Una red de salvamento de los esclavos de los estados del sur, que se extiende hasta Georgia y las Carolinas. La llamamos “Ferrocarril Subterráneo” porque los liberados deben atravesar distintas paradas o refugios a lo largo de la ruta antes de traspasar las fronteras de la libertad. Como se dará cuenta, la guerra terminó, pero la cuestión del trabajo asalariado y la relación con el patrón obedece a contratos firmados que se deben respetar. El problema es que, tras esa apariencia de legalidad, los antiguos amos pretenden perpetuar la esclavitud, ya que no es sino eso lo que se vive en aquellas plantaciones. Para apaciguar los ánimos se ha promulgado una ley que favorece al patrón cuando su empleado huyó de los campos. Los jueces en su mayoría la aplican, capturando al fugitivo y devolviéndolo a su lugar de trabajo. Resulta indignante, y por eso en Concord estamos empeñados en mantener esta red para burlar esas pretensiones esclavistas.

—¿Todos saben eso aquí? —se extrañó Analisa. ¡Ni su tía le había hablado de semejante trama!

—Casi todos, pues la mayoría de los habitantes concuerda con el principio abolicionista, aunque debo admitir que recalcitrantes hay en todas partes.

—Usted es parte de esa red —afirmó Analisa con repentina comprensión.

—No diré que no sabía de esa reunión —fue todo lo que dijo Hugo.

—Pero si es así, si todos piensan del mismo modo, ¿por qué ocultarse? Podrían haber discutido en el juzgado, habrá abogados defensores...

El dependiente la contempló con sorna.

—Imagino que hasta una muchacha dulce como usted entiende que los ardidés legales producen injusticias. Cuando un juez decide cumplir la ley de fugitivos, no hay nada que detenga el procedimiento, y al infeliz de turno le espera un destino peor, ya que por lo general su patrón se ensaña con él o con ella por haberle hecho perder su tiempo y su dinero. La esclavitud no se borra de un día para otro, señorita Clemens, aunque la letra de la ley lo disponga. Corrió mucha sangre y las heridas tardan en cerrar. Su tía me dijo que su familia vivía en Charleston, si no entendí mal. Doy por sentado que sabe de lo que hablo.

—Nosotros... Nuestra gente vivía bien. Mi padre no era un plantador, teníamos servidumbre, pero...

Hugo la detuvo con un gesto.

—Por favor, mi intención no es juzgar el modo de vida de su familia. Conozco a Marga Clemens y sé cómo piensa. Y la veo a usted, que alterna con todos como si fuese cuáquera, eso me basta para valorar su espíritu, señorita Clemens. Créame, la gente es buena si se la deja, pero cuando hay un látigo de por medio las cosas cambian. ¿Sabe usted cuántas familias fueron deshechas por la venta de carne humana? ¿Imagina lo que debió de sentir una madre al ver que arrancaban a su pequeño de sus brazos? ¿Y los ancianos? Sabían que ya no verían su hogar ni volverían a saber de sus hijos. Los castigos más crueles se han cometido en nombre de la libertad

de trabajar y producir. Lo que es el derecho de unos se convierte en la privación de otros. Exponer desnudeces al público para evaluar la fortaleza de un hombre como si se tratase de un buey, o hurgar entre sus dientes buscando la salud que el amo necesita para enriquecerse, sin hablar de los abusos cometidos contra los más débiles, las muchachas o las niñas... De eso usted nada sabe, señorita Clemens, o ni siquiera dudaría de la razón de lo que le cuento.

—Los criados de mi casa no pasaban por esas indignidades. Me parece razonable que haya quienes empleen a otros para un trabajo que será duro pero necesario, y si no se cometen esos abusos que usted menciona.

—¡Es que comprar gente que trabaje para otro sin poder irse jamás ya es un abuso!

Analisa sintió la sangre arrebolársele en las mejillas. Ella siempre sostuvo la frente en alto, puesto que el trato dado a los siervos en la casa era sensible y considerado. Su padre jamás permitió una palabra ni un gesto que ofendiera la dignidad de los pocos esclavos que tenía. Claro que la pequeña granja de su padre no era comparable a las grandes plantaciones de azúcar o algodón, necesitadas de mano de obra que trabajase de sol a sol. Analisa recordó la expresión de su padre cada vez que algún amigo o vecino denigraba a sus peones diciendo que eran vagos o traicioneros, que debía tenerlos al alcance de su látigo porque de lo contrario huirían o intentarían matarse entre ellos. “Son como bestias”, solían decir, “no entienden sino el rigor”. Aquellos comentarios irritaban a su padre, que tampoco los enfrentaba de manera abierta, quizá porque esos hombres eran los únicos amigos que podía tener allí. Los Clemens eran oriundos de New Hampshire, y nunca acabaron de encajar en Carolina del Sur. Su padre se afincó en Charleston luego de conocer a su madre, de familia francesa y que, según podía entender Analisa, se parecía bastante en su pensamiento a lo que Hugo relataba.

—Voy a darle a leer algo que le diré más de lo que yo puedo para convencerla, señorita Clemens.

El dependiente se encaramó en la escalera móvil y bajó de los anaqueles dos volúmenes de tapas castañas labradas en dorado. En ambos lomos figuraban las iniciales H.B.S.

—Su autora revolucionó las aguas con esta novela, señorita. Considero que debe leerla, aun cuando ese modo de vida ya no exista. El presidente Lincoln quiso conocer a Harriet Beecher Stowe en persona debido a su libro. Sé que le interesará, sobre todo cuando sepa que su autora tiene un parentesco con la de su novela favorita. Curioso, ¿no le parece?

—*La cabaña del tío Tom* —leyó Analisa en la primera página.

—La decimotercera enmienda abolió la esclavitud, señorita, pero aún no se ha reconocido el derecho de los libertos a votar. Y esas restricciones legales son indignas de un país que proclama la libertad.

Analisa jamás hubiese creído que el dependiente de Parsons Books fuese un hombre apasionado, y mucho menos por una idea. Se estaba llevando grandes sorpresas de la gente de Concord. Salió de la librería con la cabeza llena y en su bolso un nuevo tesoro, la novela escrita

por una mujer que había cavado un surco en la sociedad esclavista. ¡Y estaba emparentada con los Alcott!

La tía Marga debía de haber salido, pues no había señal de ella en la casa, y Cupido dormía sobre los retazos como siempre hacía, vigilando la llegada de su dueña desde la ventana. Analisa ignoró su ronroneo de advertencia y subió al cuarto. Allí se contempló en el espejo de la cómoda. Sus ojos castaños lucían enrojecidos, el cabello más erizado que nunca, y sus mejillas sucias al igual que sus guantes, que habían rozado la tierra. Respiró hondo para calmarse y se lavó la cara. Luego se quitó la pechera del vestido y se refrescó las sienes con un pañuelo empapado en colonia. Por fin, se tendió en el sofá con la segunda parte de *Mujercitas* en el regazo. En lugar de continuar leyendo donde lo había dejado, Analisa utilizó el ardid de abrirlo al azar para que el libro le hablase. La primera frase era del personaje de Jo, una vez más, y no le resultó para nada alentadora:

En una familia siempre debería haber una solterona.

Presa de la desesperación, Analisa sacudió el libro hasta que cayeron todas las hojas que quedaban del manuscrito. Estaba tan dolida por la manera en que Justin la había tratado, aun sabiendo que podía tener sus motivos, que sentía la necesidad de acabar con todos los misterios que la mantenían ligada a él. Eran unas pocas páginas escritas en apretada caligrafía, algunas con pequeños dibujos en los márgenes estrechos.

Somos “la hermandad dorada”, así nos llama Padre, porque damos refugio a mujeres descarriadas, niños huérfanos y gente necesitada de todo. Como nosotros, que poco y nada tenemos, pero ellos poseen aún menos. Lu busca su propio refugio en la buhardilla. Creo que a ella le cuesta compartir la vida familiar con extraños. Ella y sus manzanas conforman un mundo ajeno al que no entiendo pero admiro. Es fuerte, y me anima con su fortaleza. Me parece que Madre también se siente fuerte en su compañía. Ellas dos se buscan, se comprenden y necesitan. Padre dice que son “la diablesa y su hija”. Me causa gracia esa protesta en un hombre bueno y afable como él. ¡Es que Lu es terrible!

Hemos ido a la casa de los Hall. Si es que puede llamarse “casa”, porque albergan a los niños en el sótano, que antes fue chiquero para cerdos. Madre reprendió al señor Hall, le dijo que si no limpiaba aquel sitio ella no volvería. Madre sabe cómo dirigir, y el jefe de familia obedeció. Entonces pudimos acudir a atender a esa pobre gente, May y yo. Los niños me dan pena, tan pequeños y débiles. Comen salteado y mal. Madre cocinó buñuelos de manzana y yo me esforcé en lograr un pan de jengibre y melaza como el que nos daba Padre mientras nos leía las andanzas del Peregrino. Dos de los niños Hall están enfermos de fiebres.

¡Por fin un nombre al que aferrarse! Si buscaba a los Hall, una familia cuyos hijos estuvieron

enfermos, quizá entendería quién escribía aquellas notas sencillas, cargadas de sentimiento. Había, además de Lu, alguien llamado “May”. Era más de lo que un detective podía conseguir. Faltaba precisar el lugar, aunque Hillside era una posibilidad certera.

—¡Analisa!

Su tía había llegado. La llamada imperiosa se debería a que Cupido había hecho algún desastre, o bien a que le traía jugosas noticias de afuera. Analisa dejó las hojas del diario regadas por la alfombra, recogió su cabello en un moño y corrió escaleras abajo. Encontró a Marga sonriente, con un ramo de rosas de té en los brazos y señalando una fuente repleta de... ¡limas! La joven no pudo reprimir una exclamación al verlas. Recordaba bien la escena del capítulo “El valle de la humillación de Amy”, cuando el maestro de escuela castigó con su vara a la menor de las March por haber llevado un paquete de limas confitadas a la clase. ¿Cómo podían suceder tamañas coincidencias?

—Pon la tetera a calentar, que haré un té de especias, el favorito de tu padre. ¿Qué te parecen estas rosas?

El parloteo de su tía la eximía de hablar, así que se dedicó a contemplar cómo Marga cortaba los tallos y acomodaba las flores en un jarrón, sus pétalos nacarados contrastando con el verde pálido de las hojas.

—Se ven muy bonitas.

—Más que eso. Las rosas de té son antiguas y se asocian a los recuerdos. Cuando éstas se marchiten, querida, nos despediremos de lo que nos perturba, como un mal sueño que se disipa durante el día.

Ahora su tía oficiaba de bruja, al adivinar que ella acababa de pasar por un arranque de nostalgia por el tiempo perdido.

—También me parecieron propicias para contarte remembranzas del viejo Concord —y echó una mirada rápida al aspecto desastrado de su sobrina, que evidentemente no había acudido a Parsons Books sino que había correteado por el campo, fuera una a saber dónde y para qué. Cuando estuvieron ante sendas tazas de té fragante, Marga entrecerró los ojos en actitud conspirativa.

—Acabo de saber quiénes viven en la casa que mencionaste la vez pasada.

—¿Hillside?

—Esa misma, sólo que ahora se llama Wayside. La ocupa la familia de un diplomático que estuvo de servicio en Inglaterra, Hawthorne es el apellido. Creo que era periodista o escritor, no sé bien. Falleció hace cuatro años. La esposa es un encanto, una artista, se llama Sophia Peabody y, según supe, pertenece a una familia acomodada y culta de Salem. Su hermana mayor, Elizabeth, ha sido editora y dirigió una librería en Boston. Creo que vivió aquí mismo, en Concord, en algún momento. Lástima que esa dama tan agradable esté a punto de partir. Al quedar viuda, decidió vivir en Londres con sus hijos. Una pena, la verdad. Me contaba Hugo... es decir, el dependiente

de Parsons Books, que le ha comprado toda una remesa de libros por ese motivo. Se entiende, ha de llevar en su viaje lo menos posible, sobre todo si ella es pintora no serán libros lo que más falta le haga.

Analisa escuchaba a medias, absorta en sus propios pensamientos, hasta que algo en las palabras de su tía repiqueteó en su mente con insistencia. Los libros.

—¿Dice que en Parsons se venden libros usados?

—Bueno, no sé si tanto como eso. A decir verdad, creo que Hugo no ha querido confesarlo, pero entiendo que sí, que semejante cantidad de libros desparramados por todo el local no puede deberse sino a compras que él hace por lote. Queda entre nosotras, sobrina, no quisiera cometer una infidencia al contarlo. ¡Ah! Espero no haber sido indiscreta, le adelanté tu intención de llevar el libro que compraste para cambiarlo por otro.

Analisa miró a su tía como si quisiera fulminarla, pero de inmediato disimuló su disgusto.

—No valía la pena, tía, ya iba a ocuparme yo.

—No es nada, querida, a veces es bueno tirar de las orejas a quienes no hacen bien su trabajo. ¡Qué delicia este té! Desde hoy, mi favorito. ¿Quieres otra taza?

Justin acudió al sitio donde otros antes que él habían ido en busca de paz y sosiego. El lago Walden relucía en otoño con el reflejo dorado de los arces. Las aguas mansas podían mostrarse hostiles y cubrirse de hielo engañoso en pleno invierno, pero todavía conservaban el dulzor de los buenos tiempos, y las nutrias las atravesaban girando sobre sí mismas con espíritu juguetón. En ese bosque, junto a ese lago, un amigo de su padre se había instalado tiempo atrás, en busca de la verdad que sólo el pensamiento solitario puede ofrecer. Justin escuchó mencionar a “Henry” muchas veces en su vida, y un día supo que aquel hombre había merecido el respeto de todos los que lo conocieron, por haber vivido conforme a la idea que él tenía de la vida. Su abuelo, que se perdía en las remembranzas, le explicó que Henry Thoreau había sido un alma pura, de las que no caen con frecuencia a la tierra. “El mejor de los hombres”, había sentenciado. Desde entonces, Justin acostumbraba a caminar entre los árboles de ese bosque que parecía tierra de hadas. De pequeño lo acechaba cierto temor a los sonidos misteriosos que brotaban de la espesura, pero al crecer el bosque y sus secretos fueron también sus confidentes. “Como le pasó a Henry”, le había dicho entonces su abuelo.

—Hubiéramos podido ser amigos, Henry —murmuró Justin apesadumbrado, mientras arrojaba una piedra al lago, según su costumbre de hacer chapotear las aguas. A él también se le daba en forma natural comulgar con el aire libre y los lugares salvajes. Quizá podría haber acampado con Thoreau a la luz de las estrellas y preguntarle qué era el amor, y cómo podía un simple ser humano albergar tanto sentimiento cuando no era correspondido. Estaba seguro de que aquel hombre solitario al que las criaturas del bosque se arrimaban sin miedo habría podido decirle algo al

respecto. En cuanto a él, lo ignoraba todo, incluso el modo civilizado de alejar a una dama cuando no convenía que presenciara un suceso. ¿Qué mala sombra habría guiado los pasos de Analisa Clemens hacia su casa esa mañana? Justin se enfurecía ante la inoportunidad del destino. Para peor, su abuelo se negó a colaborar con él diciéndole qué dirección había seguido la muchacha. El oído del viejo estaba bien afinado, Justin se jugaba el pellejo a que Randall sabía adónde se dirigía Analisa, pero había fingido desconcierto. Sólo Dios sabría por qué. Y Justin maldecía su mala suerte; de no haber sido porque a esa reunión había acudido Harriet, él podría haberse mostrado más cordial. Temió que la mujer se marchase, fastidiada por la indiscreción cometida. Si ella se hubiese permitido tales indiscreciones, no habría sido la salvadora de tantos esclavos huidos como lo fue. Harriet Tubman tenía en su haber las vidas de poco menos de un centenar de fugitivos ebrios de libertad. Ella solita, ayudada por las estaciones del Ferrocarril Subterráneo, había corrido a campo traviesa, saltado desde los puentes, dormido a la luz de la luna, aspirado el heno de un carro clandestino y alzado, más veces de las que podía contar, un fusil sobre su hombro. Y esa mujer, que por regalo del cielo se hallaba en Concord para tratar el asunto del prisionero, se había topado con una sureña primorosa que irrumpía en la reunión secreta con su sombrilla y sus rizos colorados. O castaños, según ella creía, recordó Justin sin poder evitar una amarga sonrisa. La señorita Clemens tenía tendencia a meter la pata.

Echó a andar, bordeando el lago por un sendero cubierto de piñas, hasta arribar al recodo donde las aguas se curvaban, recordando que Walden no iba a ninguna parte. No existía río ni mar que acogiese su caudal, era un misterio completo para Justin. Más adentro, en la penumbra que formaban los gigantescos pinares, se ocultaba a la vista del viajero un ojo pantanoso, una ciénaga que humedecía enormes helechos y arbustos, y era refugio de las criaturas amantes de la oscuridad. Allí no se escuchaba el canto del mirlo sino el de las ranas; y monstruosos hongos sustituían a las delicadas manzanillas que florecían en las borduras del lago. El estado de ánimo de Justin se acoplaba mejor a ese paisaje sombrío en aquellos momentos, y hacia allí dirigió sus pasos.



9. EL HUERTO DE LAS MUJERCITAS

“Los ancianos necesitan un lugar permanente, y ahora que la muerte y el amor nos han llevado a dos de nosotros, espero poder cuidar de los cuatro restantes.”

Orchard House se iluminaba con el sol del mediodía. El bosque de alrededor ya no lucía umbroso, sino que semejava el de los cuentos, repleto de elfos y hadas. La portezuela de la cerca estaba abierta, en franca invitación, y por doquier se veían instrumentos de labranza, como si alguien hubiese interrumpido la tarea de cavar sementeras. El aroma de la tierra removida y los brezales arrancados embriagaron los sentidos de Analisa, que aspiró con fruición ese perfume fresco que reanimaba su espíritu acongojado. Estaba dispuesta a disfrutar del presente, puesto que con lo pasado ya nada podía hacer.

Flora Fairfield salió a recibirla. Vestía más formal que la última vez, con ropa oscura y un alfiler de ébano en el chal que rodeaba sus hombros. A medida que avanzaban a través del jardín con paso seguro, le señalaba dónde poner el pie sin peligro.

—Mi padre está sembrando las hortalizas de invierno —le dijo, para aclarar el desorden.

Analisa supuso que su padre sería el jardinero de la familia, y que por eso Flora actuaba con tanta confianza. Observó la silla vieja de montar encaramada en una rama y Flora, casi como si adivinase la dirección de su mirada, acotó:

—Ése es nuestro caballo, el único que podíamos permitirnos.

—Usted vive aquí —alcanzó a decir Analisa antes de trasponer el umbral de la puerta lateral.

—Vivo y trabajo —dijo la mujer, guiándola con rapidez.

Atravesaron una cocina repleta de utensilios que despedía un aroma de pan recién horneado, y Flora la condujo luego hacia un saloncito confortable y hogareño, muy similar al de su tía, aunque amoblado con más modestia.

—¿Louisa?

La voz provino del rellano de la escalera.

—¡Acá estoy!

Una cabeza espigada asomó, y un rostro bonito y delicado sonrió con afabilidad al verlas.

—Perdón, no sabía que hubiera visita.

—La señorita Clemens acaba de instalarse en Concord y le estuve mostrando los alrededores.

La dueña de la voz descendió los escalones, dejando ver que se encontraba en una tarea engorrosa, pues vestía un delantal manchado de mil colores y las manos corrían igual suerte.

—Bienvenida entonces, y espero que no encuentre aburrido el pueblo, según opina mi hermana.

Analisa todavía estaba asimilando el nombre con que aquella joven graciosa se había dirigido a Flora cuando ésta comentó, como al pasar:

—No lo sabe.

—¿No se lo has dicho? —y el tono de la muchacha rubia era divertido.

Por un momento Analisa se sintió adentro de una farsa, sin saber a ciencia cierta si no sería ella el objeto de la trama. Pensó en el libro que leía y tuvo la impresión de que aquellas mujeres, tan distintas y a la vez tan parecidas, bien podían ser las protagonistas maduras de la historia. Antes de que pudiese responder algo razonable, la más joven afirmó, lanzando a la otra una mirada de reproche que era en realidad un juego entre ambas:

—Bienvenida a la casa de los Alcott, señorita Clemens. Yo soy May, y ella es mi hermana Louisa.

—¿Louisa?

—Louisa May Alcott.

—Pero... ¡Si es la autora de mi libro! —Analisa no daba crédito a lo que escuchaba.

—¡Claro que sí! —respondió May con aire divertido—. Ella puede ser una buena anfitriona, aunque no lo parezca. Todo depende del invitado.

La joven se despidió sin más, dejando a Analisa boquiabierta. Podía pensar que le gastaba una broma o que estaba chiflada, pero ninguna de esas posibilidades la privó de la consternación que le produjo saber que aquella vivienda que le había encantado desde el principio era la de su autora favorita, ni que podía llegar a conocerla tomando el té en su compañía. Volvió el rostro hacia la dama que había identificado como Flora Fairfield y halló la respuesta que sospechaba.

—Es uno de los pseudónimos que elegí para publicar historias que no me honraban demasiado. Al conocerla, pensé que sería mejor que nos tratásemos sin que mediaran prejuicios. Es fatigoso hablar con alguien que espera encontrar a una Jo March joven e impetuosa y se topa con una vieja cansada.

—Usted no es vieja en absoluto.

—Más de lo que supone, si he de contar las fatigas y dolores. Cumpliré treinta y siete este mes de noviembre.

Analisa contempló en silencio reverente a la mujer que era capaz de crear un universo con su pluma, y vio en los ojos, que ahora le parecieron más grises y azulados que oscuros, la llama que lo explicaba todo. La edad era indiferente a ese espíritu apasionado que podía jugar con su identidad, salir vestida de entrecasa y animarse a invitar a una desconocida. Hubiese querido ser como ella, vivir entre la realidad y la fantasía, ser la creadora y no sólo la destinataria de las

historias. Ella jamás había pensado en escribir, ni siquiera un diario, como hacía Flora. Es decir, Louisa. ¿Por qué su padre nunca le pidió que lo hiciera? ¿Por qué había nacido en un hogar convencional, en lugar de esa casa que parecía de cuentos? En su mente resonaban las palabras de su tía antes de despedirse aquella tarde: “Llegará el día... y deberás estar preparada”. ¡No estaba preparada en absoluto! Era la misma de siempre, con el escapulario de Patrick colgado del cuello y una nostalgia alimentada con la voluntad de la que se sabía capaz. Un mechón de cabellos la ataba al pasado.

—Quisiera sentarme —atinó a decir en voz baja.

—Por favor —y Louisa le indicó un sofá que había visto mejores días. Era el viejo mueble donde habían jugado, dormido y crecido, una especie de refugio de los sueños infantiles. Aquella otra mujercita que los visitaba no imaginaba que en ese baqueteado sillón ella y sus hermanas habían dejado transcurrir sus vidas. Un almohadón alargado ocupaba parte del asiento y Louisa se apuró a colocarlo de perfil.

—Ahora puede sentarse sin temor —aclaró—, pues con este almohadón hago valer mi carácter. Cuando lo dejo atravesado, es porque no deseo que me hablen.

—¿Qué suerte disponer de algo así!

—Cualquier cosa sirve para darnos a conocer. Reconozco que es poco amable, pero si por mí fuera reservaría sólo tres sillas.

—¿Tres sillas?

—Es lo que Henry decía: una silla para la soledad, dos para la amistad, y tres para la sociedad.

Analisa guardó silencio. Era una posición atrevida, en un ambiente donde las reglas sociales imperaban con rigor. Circulaba en Concord un manual de “buenas maneras” para saber cómo comportarse. Había personas que las ignoraban, entonces, personas valientes.

—Henry Thoreau era así. Me enseñó muchas cosas. Jamás salió de Concord, y desde aquí vio el mundo entero.

—Me gustaría conocerlo —aventuró Analisa.

—Ya es polvo, pero nos dejó su esencia en palabras y pensamientos. Yo creo que las almas afines vuelven a encontrarse, señorita Clemens. ¿Usted no? En eso reside la inmortalidad, en el pasaje de un alma a través de muchas vidas. Y si en el presente amo de verdad a una persona, nos volveremos a ver en algún lugar, no importa cuándo ni cómo, puesto que el amor genuino es inmortal.

De golpe, aquella idea extraordinaria le devolvió el recuerdo de Patrick. Louisa debió de advertir que su rostro se conmovía, pues dijo con suavidad inesperada:

—Así nos daríamos cuenta de cuáles son los espíritus que debemos frecuentar. Hay mucha confusión en la sociedad, es bueno estar solo a veces para aclarar las ideas.

Tal vez no fuese Patrick el que la aguardara en otro momento. Recordó a la familia Belmont y un escalofrío le recorrió la espalda. Ellos no la habían querido entonces, y no iban a quererla

nunca. El mismo Patrick, con sus ideas radicales, le resultaba un poco ajeno desde que ella volvió de Europa con su tía. Pensó en Justin y su carga de penas a causa de sus parientes. ¿Qué hubiese dicho Patrick de un joven que vivía en las colinas de forma modesta, sin ambiciones ni temor por el futuro? Analisa se dio cuenta de que ella pensaba distinto a Patrick, a pesar de lo que había creído. Se parecía más a su padre de lo que ella misma imaginaba. Tocó el escapulario a través del vestido y levantó los ojos hacia Louisa.

—Quiero contarle una historia —repuso de repente, sin analizar bien lo que diría.

La autora favorita de todos se arrellanó a su lado en el sofá y cruzó las manos sobre el regazo, dispuesta a escuchar a esa joven que tanto le recordaba a su Jo March, es decir, a quien había sido ella en otro tiempo. Percibió el esfuerzo que hacía Analisa por encadenar su temperamento, el que pedía libertad para expresarse, pues las convenciones la ataban a pesar de ella, y sintió una natural simpatía y deseos de ayudarla. Louisa podía no ser adecuada para la sociedad, pero al cabo de los años estaba conforme con haber tomado sus propias decisiones. Y pese a ello, era famosa y querida.

Las horas transcurrieron en una dimensión distinta, como si al hablar con Louisa May Alcott Analisa hubiese traspasado un límite de la realidad. Ese día y en ese lugar, era la protagonista de una novela, la de su vida, y desgranó en un torrente todo lo que guardaba su corazón: el amor por Patrick, su sensación de haber sido poco querida por la familia de él, la actitud de su padre, luego la presencia de Justin, que tanto le recordaba al Laurie de *Mujercitas* y que sin embargo por momentos la enfurecía... Hizo especial hincapié en las palabras de su tía, que causaron la reacción de salir de Charleston, pero sin que ella supiese bien para qué. Lo que Louisa le dijo la marcó para siempre.

—Creo que el reino más feliz de una mujer es su hogar, pero si se logra la amistad con el esposo. De lo contrario, es preferible estar sola. Mi madre nos enseñó que una mujer no debe convertirse en un florero para ser una buena esposa. El cariño inicial pasa pronto, y debe una preocuparse por conservar el vínculo sobre otras bases. Una puede hacerse mayor con alegría si tiene dentro de sí algo a lo que recurrir.

—Es lo que intentó decirme mi tía cuando nos visitó en Charleston hace un año.

—Su tía es sabia. Cuidado con burlarse de las solteras, querida niña, pues esos corazones que latén silenciosos debajo de los vestidos sobrios suelen esconder historias de amor trágicas.

Analisa se quedó mirando a Louisa con gran admiración.

—Jamás lo hubiese pensado de mi tía Marga.

Louisa se dijo que quizá tampoco lo pensara de ella misma, que había enterrado su corazón bajo gruesas capas de deberes y lealtad a los suyos.

—Pues recuérdelo cuando la vea distante o ensimismada. Pregúntele si tiene algún consejo para darle en estos asuntos. Por lo que me cuenta, su tía es una mujer sensata y valerosa.

—Lo es.

Analisa quedó callada, mirándose las manos, indecisa. Algo debía querer decirle, advirtió Louisa, algo que barruntaba sin atreverse. Dejó que el tintineo de las tazas de té llenara ese silencio incómodo, y por fin la joven se animó:

—¿Por qué no casó a Laurie con Jo, si eran almas gemelas?

“Ya está, lo solté, espero no haberla ofendido”, se dijo Analisa con el corazón en un puño.

Louisa bebió de su té con parsimonia. O estaba pensando la respuesta, o intentaba aplacar su carácter al ver cuestionada su novela. Analisa decidió que era más probable esto último.

—Por eso mismo —respondió al fin, franca y directa—. Jo y Laurie son espíritus gemelos, de los que no pueden pasar del plano de ser amigos. Demasiado parecidos, ambos aprecian la libertad, son temperamentales y tercos. Su unión estaba destinada al fracaso. Además, lo confieso, yo no quería casar a Jo con nadie.

—¿En serio? ¿Ni siquiera con el profesor Bhaer?

—A él lo traje por necesidad. Parece que si las mujeres no nos casamos no servimos de protagonistas de novela. Me di el gusto, sin embargo, de decepcionar a las pequeñas chismosas que abogaban por la unión de Laurie y Jo. Como usted —agregó, divertida.

—Me rompió el corazón el capítulo donde ambos sufren por eso.

Louisa la miró con interés.

—Me gusta que haya sabido ver que el sufrimiento era mutuo. Jo es una mujer valiente que se atreve a pensar la vida sin pareja. Y no quiere que “su muchacho”, su gran amigo, padezca por esa manera tan suya de ser.

Analisa volvió al silencio, meditativa.

—Cada vez entiendo mejor a los personajes, señorita Alcott. Esta segunda parte de la novela me ha abierto muchas puertas. Creo que lo que les sucede a las hermanas March nos puede pasar a todos.

—Escribir sobre lo que nos pasa, ésa es la clave.

La hora de partir había llegado, y aunque Analisa sentía que aquel tiempo transcurría fuera del tiempo real, era cierto que en Nueva Inglaterra los días se acortaban, y el sol ya se filtraba entre los árboles dibujando formas caprichosas sobre el cerco del jardín.

Louisa la acompañó hasta la portezuela.

—Una pregunta antes de despedirnos, señorita Clemens. ¿Está decepcionada?

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué habría de estarlo?

Louisa sonrió con picardía teñida de cinismo.

—Las veces que me tocó ver de cerca a los autores que admiraba me sentí francamente infeliz de haberlos conocido. Recuerdo que con mi hermana Anna nos escondimos a llorar en un armario luego de ver a Fredrika Bremer, la escritora sueca, en casa de Emerson. ¡No era en absoluto como la imaginamos! Y más tarde tuve la oportunidad de frecuentar los círculos literarios de Boston. Ninguna de esas personas llegaba a los talones de mis amigos y vecinos de aquí, muy superiores

en su carácter y en sus virtudes.

Louisa recordaba en especial la impresión que le produjo un escritor al que había visto devorar su copiosa cena con gula y beber sin mesura, un espectáculo que repugnó a su acostumbrada austeridad.

—¡Hasta con Dickens sufrí una desilusión! —confesó—. Cargado de anillos, la cabeza repleta de rizos... Detesto a los petimetres. Creo que no me repondré de eso —concluyó con gesto dramático que la hizo muy semejante a su personaje de Jo March.

—¿Conoció a Charles Dickens en persona? —se maravilló Analisa. Estaba en un mundo que oscilaba entre la ficción y la realidad, y le resultaba fascinante comprobar que los autores eran de carne y hueso y podían escucharse sus voces, las que ella devoraba por escrito.

—Fue siempre nuestro admirado. Con mis hermanas formamos el Club Pickwick por él. Y en muchas de nuestras obras lo representamos. En fin, no tengo derecho a exigir que sea como mi mente lo imaginó. Ni a ninguno de los otros. Espero que tampoco me juzguen.

—Usted les ha dado encarnadura a las mujercitas de la historia, señorita Alcott. Es el mayor regalo que pude haber recibido. Ahora sé que todo eso es cierto, y aunque aparezca disfrazado, reposa sobre sus propias vivencias. Jamás me sentiría decepcionada.

—Así es —reconoció Louisa con un dejo de tristeza—. Al final, es todo lo que hemos vivido.

Y a continuación, cuando el sol las recibió de lleno en el porche delantero, agregó:

—Me gustaría enseñarle los lugares de mi inspiración, si tiene tiempo para otra visita.

—¡Me encantaría! ¿Debo traer sombrero?

La pregunta arrancó una carcajada a Louisa, de las que solía soltar cuando jugaba como un muchacho entre los árboles. Se sintió plena reviviendo aquel espíritu alegre que le infundía esperanza de novedades y aventuras. Sin duda, Analisa Clemens era una versión renovada de ella misma. Y le agradaba adoptar con ella un aire confidente.

—Si no tiene uno adecuado, aquí hay un viejo Livorno que podemos prestarle.

—Mi tía los colecciona, algo encontraré entre sus cosas.

—La espero en dos días, entonces. Temprano, como hoy. Debo trabajar, y cuando lo hago nada puede interrumpirme, caigo en una especie de remolino de inspiración que me quita el sueño y el apetito.

La admiración de Analisa no tenía límite. ¡Estaba conociendo de primera mano las costumbres y los pensamientos de la autora de su novela! Louisa May Alcott era una mujer sencilla, se movía por Concord como una vecina más, horneaba el pan que ofrecería a viejas amistades, y sin embargo rezumaba la majestad del pensamiento, una riqueza que nadie podría nunca comprar.

Al salir de Orchard House, las sombras se alargaban hasta el manzano, rebosante de frutos rojos. Analisa contempló un instante las cestas que aguardaban la cosecha, al pie de los árboles, y aspiró el aire tonificante del atardecer. La vieja huerta, revestida de oro, columpiaba las florecillas silvestres y albergaba el canto de los grillos. Ella se sentía como si hubiesen dado alas

a sus pies. Casi corrió por el camino donde el viento silbaba melodías ente los alisos, mirando a su alrededor, buscando a quien contar tamaña novedad, pero nadie atravesaba los bosques, y la monotonía otoñal desentonaba con el torbellino de emociones que se había desatado en su pecho, donde el corazón brincaba descontrolado. Tuvo que pestañear varias veces para convencerse de que no soñaba y mirar hacia atrás, por si Orchard House hubiese desaparecido como una niebla fantástica para dejar en su sitio la tosca realidad. Una sola persona sería capaz de entenderla en ese momento, alguien que podía reírse de ella y a la vez congeniar con su humor. Con paso decidido echó a andar hacia el puente del Norte donde esperaba encontrar a Justin Hill de nuevo. “Amistad”, había dicho Louisa, era la base del amor. Y Analisa estaba segura de poder llamar amigo a ese muchacho rudimentario.



10. CONFESIONES

“Los tristes hechos de la vida no me dejan corazón para la ficción alegre.”

*J*ustin no se hallaba en el puente, y por mucho que lo esperó, avistando en la lejanía las colinas verdosas, su figura atlética no apareció. La carcomía la duda. ¿Se habría roto el precario vínculo que habían formado en sus pocos encuentros? Estaba decidida a darle una nueva oportunidad y, de paso, darse ella misma la ocasión de saber qué sentía por su Laurie particular. Justin le infundía una seguridad que Analisa había creído encontrar en Patrick, pero de un modo distinto. Patrick Belmont representaba el respaldo de las tierras y un apellido resonante, la aceptación de una sociedad que consentía a los suyos. En Justin no había nada de eso, ni siquiera podía decirse que tuviera una familia consolidada, y su fortaleza se derivaba del carácter, de su capacidad de sobrevivir y una inteligencia natural que se adivinaba en su mirada y sus modales confiados. Esas virtudes eran novedosas para Analisa. Y lo más importante, algo que cuadraba con lo que Louisa le había dicho, a su lado ella no era una chiquilla a la que debían consentir, sino una mujer. Recién comprendía el sentido de las palabras de su tía Marga, en coincidencia con las de la autora de Orchard House. Analisa Clemens iba en busca de su destino.

Que, al parecer, se hallaba siempre en sitios inaccesibles. Las casas de la colina no revelaron el paradero de Justin. Tendría que acudir a la del porche lateral, con su sillón de mimbre. Y abordar al anciano de ojos ciegos.

—Buenas tardes.

Analisa jadeó al descubrir, una vez más, que aquel hombre presentía su llegada.

—Buenas tardes. He vuelto para saber de Justin Hill, señor. ¿Será posible verlo hoy?

El retintín de ironía sonó claro en los oídos de Randall, que prosiguió mascando tabaco como si el asunto careciera de importancia.

—No ha vuelto.

—¿Es ésta su casa? Es un largo camino el que debo hacer para visitarlo, señor, y me gustaría que no fuese en vano.

De dónde había sacado ella el valor para quejarse por algo que no le incumbía, era un misterio. El anciano se lo tomó bien, a pesar del descaró, y encontró interés en el tema.

—Si es usted amiga de mi nieto, sin duda sabrá que él va y viene a su antojo, señorita. Para un viejo ciego como yo es imposible seguirlo, de manera que me contento con oírlo regresar cuando lo hace.

¡Su nieto! Ningún anciano caballero de porte distinguido ni modales cortesanos. El abuelo de Justin, el que recordaba sin ver, era aquel pobre esclavo liberado que pasaba sus horas columpiándose y ensimismado en sus pensamientos. Analisa digirió esa sorpresa con dificultad. Porque si éste era el abuelo de Justin, entonces su nuevo amigo llevaba la sangre que en su patria del sur consideraban poco menos que infesta. El silencio que siguió hizo que el columpio cesara en su vaivén.

—¿Para qué lo busca, señorita, si puede saberse?

—Él... bueno, nos hemos hecho amigos y el otro día se comportó brusco conmigo sin razón. Quisiera pedirle explicaciones. Para entenderlo —agregó, asegurándose de no sonar impertinente ni autoritaria. Después de todo, ese hombre ya habría descubierto que provenía del maldito sur.

Randall demoró en balancearse de nuevo, y cuando lo hizo adoptó una actitud señorial, propia de un hombre que no debe nada a nadie.

—El otro día usted llegó en un momento inoportuno, señorita, y mi nieto es todavía joven y atolondrado, no supo cómo distraerla con galantería. Él se toma muy en serio sus compromisos, y en ése se jugaba la libertad de un hombre. ¿Puede entender eso?

Ahora él se mostraba irónico, le pagaba con su moneda.

—Perfectamente.

—Entonces, comprenderá la razón de su trato brusco. En el tiempo que vivimos los minutos cuentan, y la gente de por aquí es solidaria con los que padecen injusticias. En Concord tenemos pensadores ilustres...

—Los trascendentalistas, lo sé. Su nieto me habló de ellos. Nunca supe de su existencia hasta ahora, pero si esos hombres abogan por los derechos de los que sufren me pondré de su lado.

El columpio se detuvo.

—Me gusta oír eso. ¡Vaya si me gusta! —y Randall se palmeó la rodilla con ímpetu.

Ese gesto alentó a Analisa a continuar.

—Quizá Justin le contó que provengo de Charleston, donde esas ideas no proliferan, pero mi padre es un hombre justo, señor, y aunque él tampoco las conoce, sé que las aprobaría. Como bien dijo, el tiempo que vivimos exige cambios. Estoy dispuesta a esforzarme por comprenderlos. Ya no soy la misma que era en mi casa paterna. Hace rato que vivo con mi tía.

—Marga Clemens.

—Usted dijo antes que la conocía.

—Ella y su hermano han sido buenos amigos de mi familia en otros años.

—Ese hermano que menciona es mi padre.

—Entonces, señorita, proviene usted de buena cepa. Mis felicitaciones. Su tía le habrá contado

que fue parte del Ferrocarril Subterráneo, del que todavía quedan en marcha algunos vagones, y los maquinistas se renuevan.

Analisa recordó las palabras de Hugo en la librería, pero se le escapaba el sentido oculto en las de Randall.

—Ese tren que usted menciona...

—Es una parábola, señorita. El tren está hecho de personas de carne y hueso, las estaciones son viejas granjas olvidadas, y las vías son caminos y atajos ocultos en bosques y pantanos. Cada maquinista es un hombre, o una mujer, que dirigen la locomotora hacia su destino, en el norte del país. Este tren funciona mejor de noche, aunque hubo formaciones que eligieron la luz del sol para su recorrido. El asunto es, señorita, que al ser clandestino las autoridades podían detenerlo en cualquier momento, y el castigo resultar fatal.

—Justin es uno de esos maquinistas, entonces.

—Ya no corre el tren con la misma frecuencia, pero cada tanto se pone en marcha. El otro día surgió esa necesidad y echamos carbón en la caldera de nuevo. Mi nieto es el carbonero.

El habla cadenciosa del anciano le recordaba la de su propia tierra, y Analisa entendió por qué Justin escuchaba a su abuelo con tanta atención. Ella también lo hacía en ese momento, anhelando que la historia continuase para saber el final. Que no se hizo rogar.

—Mi hija Zena, la madre de Justin, es fruto de la vida en las barracas de Virginia, señorita. Prometí a su madre que la cuidaría, y no pude sostener esa promesa cuando su esposo, Charles Hill, fue enjuiciado aquí, en el tribunal de Massachusetts.

—Él era...

—Era tan blanco como usted, señorita Clemens, y su alma tan clara como los lirios del valle. Un hombre cabal, un hijo para mí.

La voz de Randall tembló un poco al nombrar al padre de Justin. Analisa encontró propicio el momento para preguntar.

—¿Ellos vivieron en Hillside?

El viejo demoró en responder, quizá sorprendido de que ella tuviese esa información.

—Oh, no, pero sí pasaron allí unas cuantas noches, cuando Zena y Charles ayudaban a escapar a esclavos del sur. La familia que los albergaba era buena gente, hospitalaria y con ideas que apoyaban la revolución antiesclavista. Los Alcott participaban del Ferrocarril, señorita.

¡Los Alcott! Analisa ahogó una exclamación. ¡Entonces la familia de Louisa era parte de esa trama! Tantas novedades le producían mareos. El viejo pareció darse cuenta.

—¿Los conoció?

—Fui a Orchard House hoy mismo, acabo de dejarlos sin saber que ellos también...

—Son gente modesta que no alardea de las buenas obras. El padre, Bronson, estuvo aquí el día que usted llegó de improviso. Es un hombre de Dios, todos lo respetan aunque no entiendan demasiado sus ideas. A mi juicio, ese hombre vino a la tierra a cambiarla, aunque no sé si podrá

con semejante tarea. Él y su gran amigo Emerson son lo mejor de por aquí, señorita. Justin podrá decírselo. Y la señora Abigail, su esposa, es una santa. No existe causa noble que ella deje sin apoyar, aun careciendo de todo. Es hermana de un ministro religioso, pero ella entiende la sagrada misión de predicar con las obras y no en el púlpito.

Todo cuanto Randall decía caía en la mente de Analisa como piedras que dejaban marca. El padre y la madre de Louisa, la generosidad con los pobres, el refugio de los fugitivos... El diario de L resonaba en su recuerdo con insistencia. ¿Acaso...?

—Lléveles mis respetos si los vuelve a ver, señorita. Vivo en estas colinas como un mapache en su madriguera, porque la vista y la salud no me acompañan, pero tengo la sesera clara y recuerdo más de lo que quisiera. Los Clemens, los Alcott, los Emerson, el buen Thoreau y el señor Parker, todos han sido ángeles de mi familia.

—Lo haré, señor, y también le contaré a Justin sobre mi padre y mi tía, así él verá que no soy insensible como cree.

El viejo soltó una risa ronca.

—Pobre muchacho, sea paciente con su torpeza, señorita Clemens. Mi nieto es un animalito salvaje a veces, pero hereda la inteligencia de su madre y el corazón de su padre. Sin estudios, podría dar clase a muchos. Ese hombre que le mencioné, Bronson Alcott, ha fundado escuelas donde, en lugar de libros, usaba la mente de los alumnos. Él dice que los niños son libros abiertos, y el maestro es quien debe saber leerlos. Así educó a sus hijas, y ya ve, si las conoce habrá notado que son personas capaces y bondadosas.

—Sólo conocí a Louisa, y a... May —recordó el nombre y se sobresaltó. ¡El diario de L!

—La hermana mayor está casada, según creo, y la otra, la más dulce de todas, ha muerto.

—¿Cuál era su nombre? —atinó a balbucear Analisa, temblando.

—Elizabeth. Elizabeth Sewall Alcott, aunque todos la llamaban Lizzie.

¡Lizzie! La inicial de los diarios. La tremenda coincidencia no podía ser sino una verdad rotunda. Los papeles que ella leía en secreto pertenecían a la hermana muerta de Louisa May Alcott, que además, según su cerebro acelerado iba calculando, se correspondía con el personaje de Beth en la trama de la novela, que para su dolor de lectora había muerto también. Analisa sintió una náusea, producto de tanta información crucial, y se sostuvo de la baranda del porche para evitar caer redonda.

—¿Se siente usted bien?

El viejo debía de ver algo tras esa pátina azulada de su ceguera, pues era imposible que supiera que ella había palidecido y que los ojos le giraban en sus órbitas.

—Me ha ayudado mucho, señor, y le agradezco su confianza. Ahora sólo debo encontrar a Justin para demostrarle la mía.

—Él se refugia en el Walden a veces —dijo Randall mientras se echaba atrás en su columpio, dispuesto a retomar el movimiento, como si nada.

—¿El lago? ¿Y está lejos?

—No tanto que unos pies ansiosos no puedan llegar.

Randall volvió a mascar tabaco y a perderse en su ensoñación cuando Analisa se repuso, dispuesta a recorrer el camino que fuese necesario para encontrar a Justin. El anciano parecía seguro de ella y de sus capacidades para lograrlo. Y no lo iba a defraudar. Si otros pudieron desplegar sus fuerzas y arriesgar sus cabezas en un ferrocarril fantasma, ella demostraría que era digna de llamarse Clemens.

La caída del sol sumió al pantano en tinieblas. La vegetación alta y el declive del terreno favorecían la oscuridad, aun en horas tempranas. Justin escuchó un chapoteo misterioso y el rascar de una rata almizclera. Era el mundo de las sombras, donde su alma moraba en esos momentos. Amortiguado por el follaje, escuchó el revoloteo de los pinzones y, más lejos, el arrullo del viento de otoño que rizaba las aguas del lago. Hacía frío. Muy cerca de su rostro una telaraña temblaba, cubierta de rocío. Esperaba que la fuga hubiese resultado bien. Él había hecho su parte, pero el resto quedaba en manos de Dios. Ignoraba si Harriet volvería a Concord después del plan, y desde luego él no iba a remover el avispero preguntando. Ya lo sabría de un modo u otro. Iría a casa cuando la luna asomase, quizá para entonces su abuelo ya estuviese dormido. El viejo era astuto, y Justin no tenía deseos de liberar sus sentimientos. Aún no. Para que dos almas se encontrasen era necesario que compartiesen algo más que la mera atracción física. Quizá hubiese podido robar un beso a Analisa, pero eso no la convertía en su dama. Hacía falta que vibrasen con la misma cuerda, y Justin no estaba seguro de tener esa sintonía con la sureña. Sus padres sí la habían tenido, y por eso no importó nada más, ni la sangre ni la escuela. Claro que era una rareza, como alcanzar a ver una estrella fugaz en noche nublada.

—¿Qué fue eso? —pronunció en voz alta al escuchar un bramido lejano.

Era probable que tronase, a veces ocurría sin que el cielo soltara aguas. Justin se incorporó y echó a andar hacia el límite del pantano con paso firme. Podía recorrer ese sitio estando tan ciego como su abuelo. Lo recibió el viento arremolinado y el rugido de las hojas. Walden estaba encrespado, mostrando su lado siniestro. En la orilla opuesta se advertía el flogonazo de algún relámpago. Tormenta de otoño. Justin contempló la furia de la naturaleza con la sensación de ser comprendido en su propia tormenta interior. Henry tenía razón, había una inteligencia por encima del lenguaje humano en todo eso, un idioma pleno de significados. Decidió quedarse un rato más, gozando de la sensación de fundirse con el bosque cuando más salvaje se sentía.

—¡Dios mío!

Analisa acababa de perder el sombrero en una ráfaga. En mala hora había desatendido las señales que enviaba el cielo cuando dejó la casa de la ladera. Ahora no podía volver atrás, porque ni siquiera sabía cómo retomar el camino de vuelta. El bosque se había enmarañado y

confundía los senderos, como la otra vez. Otro bosque con las mismas mañas. Y no había un adalid que la rescatase. Metió los pies en cuanto hoyo hubo, y desgarró la falda en cada matorral. Aquella tierra, encantadora bajo el rayo del sol, se había convertido en una pesadilla. Ya no pretendía encontrar a Justin, sólo guarecerse en algún agujero donde las inclemencias no pudiesen dañarla. A su mente acudió el recuerdo de la tía Marga junto a la chimenea, en compañía de su gato gordo, y una irremisible nostalgia de bienestar se apoderó de ella. Como siempre, la impaciencia la perdía. Hubiera esperado al día siguiente para revelar a Justin sus descubrimientos y no se encontraría en medio del vendaval como lo estaba.

—Soy una idiota —se dijo enfurecida.

El terreno ascendía en una pendiente suave cubierta de baza, una perfumada alfombra bajo los pinos, y al elevar la vista Analisa se encontró de cara a una cabaña pequeña, casi una leñera, que se alzaba solitaria en un claro del bosque. Sin luz ni signos de moradores, la creyó abandonada. Aun así, tuvo el tino de llamar a la puerta, que se abrió ante los primeros golpes, revelando un interior oscuro y húmedo, con el hueco de la chimenea cubierto de nidos revueltos. Por lo menos, tenía un techo. Analisa recorrió el único cuarto con la esperanza de encontrar algo más que ratones. Una tarima rústica, una mesa con su silla y un yesquero. Intentó encender fuego con él, pero la humedad obraba en su contra. Como afuera tronaba, la mejor decisión era quedarse ahí hasta que la tormenta amainase. Poco a poco, el cansancio y el agotamiento emocional del día hicieron mella en su ánimo y el sueño la venció, más bien un sopor que le permitía escuchar los bandazos que daba el viento en la puerta, haciéndola temblaquear. Escuchaba voces, llamados que mencionaban su nombre, sin ser capaz de responder ni acertar sobre su identidad. Analisa se dejaba caer en un pozo profundo de inconsciencia y, en un atisbo de cordura, se preguntaba si tendría fondo.

—¡Analisa!

Justin ya desesperaba de lograr algo sacudiéndola, y buscó algún elemento para calentar el ambiente helado. Cómo había llegado aquella muchacha a la cabaña olvidada donde Henry Thoreau había pasado dos años aislado y sobreviviendo en la naturaleza, era un misterio. Encontró el yesquero y luego de varios intentos acertó a encender un fuego, alimentado por los nidos secos y unos trozos de manta que quedaban sobre la tarima. Salió a la intemperie en busca de ramas y troncos para mantenerlo y luego acomodó los dos únicos muebles para formar un cerco de protección del viento que se colaba por las rendijas. En su momento, aquella cabaña debió de ser más confortable, aunque suponía que Henry habría vivido fríos y lluvias, pero Analisa carecía de nociones básicas de supervivencia. Ojalá él hubiese llevado su abrigo, para poder prestárselo en esa circunstancia. Decidió brindarle el calor humano, el más efectivo de todos, y se tendió a lo largo del cuerpo de la joven, abrazándola con fuerza. Su tibieza y el fuego provocaron un efecto indeseado en su hombría, y tuvo que darse vuelta para aplacarlo. ¡La sureña era inoportuna hasta cuando yacía desmayada! Se levantó para atizar el fuego y volvió a su lado, dispuesto a pensar en

otra cosa para distraerse. ¿Por dónde se habría metido aquella muchacha para estar tan desastrada? Por un momento, temió que sus pasos la hubiesen llevado hacia el lago con siniestras intenciones, pero luego recordó el brillo de sus ojos color miel, la sonrisa pícaro y la fortaleza con que emprendía las excursiones para descubrir secretos en Concord, y se tranquilizó. Analisa Clemens no era de las melancólicas que desean la muerte. Ella había perdido a un prometido y sobrevivido a la tristeza. Era una joven de espíritu. Como él, que pudo criarse casi sin familia y con la carga de los recuerdos del abuelo. Ahí tenían un punto en común.

—¿Justin?

La voz ronca lo sobresaltó.

—¡Está despierta, por fin! Nunca vi a nadie dormir tan profundo.

Analisa se incorporó, con la cabeza pesada y un resabio de nerviosismo.

—¿Qué hacemos aquí?

—Yo vine en busca de refugio y me encontré con una intrusa —bromeó él, para quitarle hierro al asunto—. Ésta es la cabaña de Thoreau, donde vivió para aislarse de la sociedad y buscarse a sí mismo. Al menos, eso dice mi abuelo.

—Tu abuelo me dijo que podía encontrarte en el lago, pero se desató la tormenta...

Justin calló, conmovido por el trato más íntimo al que ella había pasado sin advertirlo. Decidió corresponderla.

—¿Fuiste a verlo, entonces?

Analisa lo miró con tal ternura y compasión que Justin supo que Randall había soltado la lengua. Le dio rabia estar en desventaja, pero al final de cuentas, si ella ya lo sabía, le ahorra las explicaciones engorrosas.

—Aquellos dos de Hillside eran mis padres —largó de un tirón, mirando el fuego para evitarla.

—Lo sé. Y fueron víctimas de la injusticia.

Las llamas crepitaban con fuerza, dotando al recinto de un resplandor mágico mientras las voces de los jóvenes resonaban con suavidad, temerosos de romper el hechizo que los unía.

—A mi padre lo reclamó un hacendado de Virginia, por haberle robado su propiedad. Que eran sus esclavos, claro —comentó él con acidez—. Charles Hill se volvió un ladrón de propiedades. Y como la Ley Federal de Fugitivos estaba en vigencia, el juez tuvo de donde sostener su fallo. Injusto, por cierto, porque la ley puede ser injusta. ¿Lo pensaste alguna vez?

Analisa pensaba muchas cosas desde que pisó Concord. Era un lugar pequeño, rebosante de espíritu. Le admiraba que fuera posible encontrar tantas novedades en un pueblo blanco.

—Henry, el dueño de esta cabaña, decidió un día dejar de pagar el impuesto que consideraba injusto y habló de desobediencia civil, pero no como un mal, sino como un derecho. Mi abuelo me explicó su doctrina y me pareció razonable.

Mientras Justin hablaba, Analisa registraba el tono de su voz, bien modulada, y en especial el sentido de sus palabras, medidas y acertadas en su elección. Justin Hill le había parecido un

vagabundo de las colinas en la primera impresión, y a medida que lo conocía mejor descubría un hombre lleno de pensamientos y con una voluntad que lo enaltecía. La había encontrado y había procurado que no pasara frío en esa noche destemplada. Solo, sin armas ni elementos, le dio calor encendiendo el fuego que ella no pudo obtener, y con su cuerpo... El recuerdo del flanco de Justin presionando sobre el suyo la hizo ruborizar. Estaban cerca, muy cerca, y las llamas danzaban sobre el rostro moreno de él. Ahora entendía por qué le había parecido que tenía una personalidad dividida al verlo bajo la farola de su calle. Justin Hill era mitad negro, mitad blanco, y esas dos partes batallaban en su interior.

—Pero tu madre no fue juzgada.

—Ella se fugó con mi padre, la reclamaban también, y a raíz de ese maldito juicio la iban a devolver a las barracas, pero los amigos del abolicionismo los ayudaron a huir, a ambos.

—Los maquinistas del Ferrocarril Subterráneo.

Justin la miró con sorpresa y agrado.

—Sí, ellos. No siempre salen bien las cosas, sin embargo. Estaban recorriendo el puente en la noche cuando una partida de vigilantes los descubrió.

—¿Qué pasó?

La boca de Justin se curvó en una expresión amarga.

—No sabemos bien. Pudo haber sido un desliz, o un forcejeo. O tal vez decidieron irse juntos para siempre. Cayeron los dos al río en una noche oscura. Los encontraron al otro día enganchados en la hierba del fondo. Ese río Musketaquid tiene una alfombra densa en su lecho, muy traicionera.

Sólo el fuego y el vendaval que sacudía la puerta se escucharon en el tiempo que siguió a la confesión de Justin. Analisa tragó saliva para disolver el nudo que se le había formado en la garganta. La desdicha de esa familia era muy superior a la suya, puesto que los Belmont lloraban a su hijo muerto en guerra como un héroe, mientras que los Hill sólo podían rememorar la muerte ignominiosa de los fugitivos de la ley. ¡Qué triste podía ser la vida de las personas con sólo rascar la superficie de su historia! Se preguntaba si Louisa May Alcott guardaría recuerdos amargos también. Por supuesto, la muerte de la hermana, Lizzie Alcott. ¡Al fin tenía el nombre del autor desconocido! Antes de relatar sus descubrimientos, Analisa puso su mano sobre la morena del joven, oprimiéndola con afecto.

—Lo siento tanto... —murmuró.

Él la contempló con un dejo de desconfianza. ¿Estaba ella sintiendo algo? ¿Se condolía de sus penas, o además latía su corazón como lo hacía el de él, alocado? Para ponerla a prueba, Justin volvió la palma hacia arriba y apresó la mano suave de Analisa, hasta que ambas se fundieron en un abrazo más íntimo que el que habían vivido momentos antes, en la inconsciencia de la joven. Fue un paso más allá y tiró de ella para acercarla. Estaba deliciosa en su desaliño, con el cabello color cobre desmelenado en torno a su rostro, los ojos reflejando el oro de las llamas y su boca

anhelando ser besada. O eso le pareció.

—¿Quieres? —susurró, con mucho tiento.

Analisa asintió, sin saber bien qué estaba aceptando, y cuando los labios de Justin se apoyaron con firmeza sobre los suyos bebió con fruición la fortaleza de ese hombre tan diferente a los que ella había conocido hasta entonces. El beso duró lo necesario para que las ansias de ambos se contentasen, yendo y viniendo en caricias osadas y tiernas a la vez. Por fin, de mala gana, Justin despegó su boca y, sin apartarse del todo, dijo con voz ronca:

—Perdón.

Analisa sonrió, trémula. ¡Ninguno de los besos de Patrick había tenido la emoción del que acababan de compartir!

—Te perdono —respondió con picardía.

Y ambos se echaron a reír, relajados en esa nueva intimidad. Fue entonces que Analisa le contó sobre su visita a Orchard House y el descubrimiento del vínculo con el manuscrito y las confidencias del abuelo de Justin.

—Si Randall lo dijo, es cierto —afirmó con orgullo él.

—Tu abuelo es un hombre extraordinario, no ve pero sabe quién llega a su puerta.

—Randall es todo lo que tengo. Mi abuela murió después de que los cuerpos de Zena y Charles fueron rescatados del río, y desde entonces mi abuelo se volvió ciego. No ha querido que lo visite ningún médico. Los buenos vecinos de Concord quisieron acompañarlo a Boston y pagarle la consulta, pero mi abuelo se niega a ver. Creo que el mundo ya no es un lugar amable para él y prefiere mirar hacia adentro, hacia sus recuerdos, al menos lo mejor de ellos.

—Le hablé de ti a Louisa —confesó Analisa, ruborizándose de nuevo.

—¿En verdad lo hiciste? Seguro para contar lo estúpido que fui aquella mañana.

—En parte sí, conté lo mal que me sentí al verme rechazada, pero creo que Louisa entiende el trasfondo de los sucesos, y me dijo cosas que atesoro como verdades. Ya no soy la misma que era en Charleston, Justin. Soy otra mujer.

Esa revelación causó un anhelo incontenible en el joven, que intuyó un atisbo de esperanza.

—¿Y qué siente la nueva señorita Clemens? —arriesgó.

—Siento que encontré un amigo.

—Entiendo —dijo Justin, decepcionado.

La joven vio su rostro ensombrecido y le echó los brazos al cuello.

—¡Un alma gemela, tonto!

Los labios se unieron una vez más, confesando mejor que con palabras el sentimiento que los embargaba. Bajo aquel techo rústico, con el látigo del viento y los truenos bramando afuera, dos jóvenes almas se fundían en un abrazo que desconocía las diferencias y las distancias, con la promesa de un mundo más justo y más bello, como el que soñaban los trascendentalistas.



11. EL MANUSCRITO REVELADOR

“No quiero vivir si no puedo ser de utilidad.”

*E*l golpeteo del viento sobre los cristales crispaba los nervios de la tía Marga. Su sobrina debería de haber vuelto hacía horas. ¡No era adecuado corretear por el pueblo durante la noche y bajo una tormenta! La buena mujer engulló la mitad de una caja de bombones mientras sufría de ansiedad por el paradero de Analisa. ¿Qué diría a sus padres si algo le pasaba? En Concord jamás sucedían grandes cosas, salvo algún que otro entierro de gente principal, pero siempre cabía la posibilidad de que una jovencita audaz se pusiese en peligro. Razón tenía para sus dudas, que el dependiente de la librería no contribuyó a disipar. Analisa era una muchacha dulce y considerada, pero su desafortunado amor por las aventuras librescas la hacía vivir con un pie en la fantasía y el otro sólo de puntillas en la vida real.

—Atrévete a tocar uno solo de estos, y te echaré fuera con tus retazos —le dijo enojada a Cupido, que miraba los bombones con extraño resplandor en sus ojos rasgados.

Acto seguido, se levantó de su sillón y atisbó la calle, donde las hojas se pegoteaban, formando mantos húmedos de color rojo oscuro.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó por quinta vez, con aire desolado.

Salir a buscarla era un disparate, pues no tenía idea de sus andanzas. Quizá en su cuarto encontrase algún indicio. Subió la escalera con gran bamboleo de las caderas y abrió la puerta como una exhalación. Vio que Analisa había salido sin poner orden en sus cosas, una costumbre deplorable. Por los rincones se veían chales y sombreros, como si hubiese estado probándose ropa adecuada antes.

—Todo se le habrá descompuesto, al fin y al cabo. ¡Con este clima!

La lluvia amenazaba, aunque hasta el momento la tormenta era sólo un remolino eléctrico que sacudía Concord. Marga notó que sobre la alfombra había papeles, y supuso que Analisa habría escrito cartas a su familia. Por lo general, ambas compartían esos envíos, así ahorran un despacho postal y las noticias en Summer House abarcaban más novedades. Quizá ésta fuese la carta que debía despacharse. Recogió las hojas, para notar de inmediato que la letra no era la de su sobrina, y captó algunas frases inquietantes.

No me gusta guardar secretos. Padre nos enseñó que no debe de haber rincones en nuestra mente a los que un padre o un maestro no puedan llegar. Sin embargo, éste que se anuda en mi pecho es difícil de revelar. La hora se aproxima, lo siento en mis huesos, y quiero que todos sepan que lo sé, para que no se afanen en disimular ante mí.

Me han preparado una habitación especial abajo, para que esté cómoda. Y Padre ha vuelto a casa. Todos quieren consentirme, que mis horas transcurran plácidas. Lamento no poder satisfacer su deseo de ponerme buena. Madre y Lu se dedican a mí y sé que Lu duerme en este cuarto velando mi sueño, que es poco e inquieto.

La tristeza que despedían los renglones acongojó a Marga. ¿Eran acaso cartas de alguna nueva amiga que le contaba sus cuitas?

—¡Pero tan desesperanzadas! —exclamó mientras revolvía en busca de más.

Vio el libro que le había regalado y no tardó en abrirlo donde figuraba la marca, y otro manojito de hojas saltó ante su vista. Presa de curiosidad y temor, leyó apresurada.

Lu me dio alcanfor de su botiquín. Ella se culpa porque no estaba aquí cuando enfermé. Tampoco Anna. ¡Qué podían haber hecho! Ellas dos salen a trabajar siempre que hay necesidad, y a nosotras, las menores, nos toca quedarnos en casa. Leí la pena en los ojos del querido Emerson, al verme presa de la fiebre. Sé que el pequeño Waldo murió del mismo mal. Hubiese querido consolarlo, decirle que no se preocupara, que no siento tanto apego por este mundo. Quizá no estuviera previsto que yo tuviese una vida larga. Mis alas no tienen la fuerza de las de Lu, apenas puedo aletear cerca de la costa. Yo nunca atravesaré el océano.

Reclamo el éter que ya no calma mis dolores. Veo el rostro envejecido de Madre y en los ojos de Lu el deseo feroz de verme repuesta, pero nada puedo hacer, y quiero que todos estén a mi lado ahora, para que la transición sea tranquila, como el mar al dejar la orilla. Ya no resisto escribir, mi lápiz quedará en reposo. También la aguja, que me pesa como si fuera una azada. Sólo quiero gozar de la lumbre, y de la presencia callada de Lu, que camina en puntas de pie para evitar despertarme. La pobre no sabe que padezco insomnio. Ya no duermo, vivo en un letargo. Mis queridos, seré como aquel fantasma que nos intrigaba en Hillside, el del hombre que se creía inmortal. Qué fatiga vivir para siempre... Yo seré un fantasma bueno, velaré por mi familia. Al fin, ése era mi único anhelo, estar entre los míos.

Un mal presagio invadió el pecho de Marga al terminar de leer. Por más que rebuscó, no halló más escritos, que ahora tenían visos de realidad, pues mencionaban a personas conocidas en Concord: Emerson y su hijo Waldo. Todos sabían que había muerto de fiebres. ¿Quién escribiría

esas reflexiones teñidas de pena infinita? Sería muy triste que alguien joven viviera en tal estado de desesperanza. De pronto, la asaltó una idea. Revisó el libro de cabo a rabo, a conciencia, y no halló que faltase ninguna página. ¡Con razón Hugo se había sobresaltado! El libro no tenía defectos y, por ende, el propósito de Analisa de reclamar en la librería tenía que ver con otro asunto. Por algo no lo había hecho hasta ahora. Miró las hojas amontonadas sobre el sofá. ¡Era eso! Analisa quería interrogar al dependiente de Parsons por ese manuscrito. Ahora entendía su repentino interés por la historia de Concord y sus habitantes. Y ella, como una tonta, había hecho averiguaciones en pos de ese falso afán. Su sobrina estaba en posesión de una correspondencia ajena, y ella no pararía hasta averiguar por qué. ¡Y qué pensaba hacer con ella! Recogió las hojas sueltas y las colocó adentro del libro, como supuso que habrían estado desde el principio. Así pertrechada, bajó a la sala a esperar a Analisa. ¡Buen responso le daría por esa tardanza que le agriaba la sangre en las venas! Y por ocultarle cosas, además. Lo tenía merecido por enredarse con la juventud, que cada día estaba más descaminada.

La llegada de su sobrina la pilló desprevenida. Estaba dando cabezadas en el sillón cuando escuchó la puerta que se cerraba con sigilo. Ante ella, una Analisa desconocida la miraba con una extraña expresión de felicidad, incongruente con su aspecto desastroso. El cabello sin sombrero le caía, enredado, sobre los hombros cubiertos con un chal que parecía un manto de hojas; llevaba los botines en la mano y las medias con agujeros; la falda chingaba de un lado y la pechera del vestido se había desprendido, dándole el aspecto de novicia de convento. Ni hablar de la falta de guantes. Marga se enderezó con dificultad, buscando las palabras para reprenderla, cuando en el fondo temía por su salud. Fue Analisa la que abrió el fuego.

—Perdón, tía, siento haberla preocupado. La tormenta me sorprendió a medio camino.

—¿A medio camino de dónde? ¿Y para qué? —exigió Marga, dispuesta a llegar al fondo.

La joven echó una mirada de soslayo a la ventana, para asegurarse de que Justin ya hubiese partido.

—Después de mi visita a Orchard House quise recorrer los alrededores y me perdí cuando empezó a soplar el viento.

El péndulo del reloj llenaba el silencio cargado de emociones diversas. La tía Marga, consciente de que no se hallaba en condición de hablar sin traicionar su enojo, mostró a su sobrina el libro que había encontrado en su cuarto, del que sobresalían las hojas del manuscrito. Sin decir nada más, esperando que bastara para obtener de ella una confesión. Analisa lo contempló horrorizada.

—¡Tía! ¿Ha leído correspondencia ajena?

—Lo mismo que tú, sobrina. ¿De quién es esto y cómo llegó a tus manos? ¿Acaso en la tienda de Hugo venden papeles privados? ¿O es que los encontraste por casualidad? Pertenece a un vecino de Concord, por lo que pude entender. Y deduzco que es lo que querías mostrar al encargado de la librería, porque el libro está intacto.

El rubor tiñó las mejillas de Analisa, dando la mejor respuesta.

—¿Y de dónde vienes, si puede saberse? —prosiguió Marga, implacable—. A estas horas y bajo la lluvia, es inconcebible que hayas dado un paseo, por muy perdida que estuvieras. Alguien podría haberte guiado, la gente de por aquí es muy cordial, no iban a desamparar a una jovencita extraviada. No mientas, sobrina, no hagas que me arrepienta de haberte traído conmigo para sacarte de la prejuiciosa sociedad de Charleston y los rumores malsanos sobre Patrick y tú.

—¡Tía!

—¿Crees que no sé lo que se decía acerca de vuestro compromiso? Conozco bien a esa gente, y sé que tu padre nunca fue santo de la devoción sudista. Quizá el amor que los dos sintieron fue real y sincero, pero te aseguro, sobrina, que jamás hubieses sido feliz con ese joven.

—Lo sé —admitió con repentina humildad Analisa, para asombro de la tía—. Ahora entiendo lo que debí sentir.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—Creo que me he enamorado, tía.

Marga se desplomó sobre el sillón al escucharla. ¡Así que a eso se debían las salidas de aquella muchacha! Eran citas furtivas, y ella, en su estúpida complacencia, las había atribuido al afán de nuevas lecturas. Creyó, en su ingenuidad, que Analisa encontraría amistades en Concord y tal vez algún festejante, pero si así era, ¿qué necesidad tendría de ocultárselo? Sin duda se trataría de alguien inconveniente.

—¿Quién es el hombre, Analisa? Dímelo todo. Y qué tiene que ver él con este manuscrito anónimo.

La joven suspiró, resignada. Sabía que debería enfrentar a su tía tarde o temprano, sólo que había supuesto que no sería esa misma noche.

—Sentémonos, tía. Prepararé un té —ofreció, a modo de tregua entre ambas.

Enfurrugada e intrigada por partes iguales, Marga siguió a su sobrina hasta la cocina, donde apenas pudo aguardar a que el agua alcanzase su punto para escuchar la temible verdad. Cupido se arrellanó sobre el tapete, ronroneando satisfecho.

Louisa permaneció largo rato contemplando los efluvios finales de la tormenta otoñal. Ella había crecido moldeada al aire libre, era su mejor escuela. Desde aquella mañana de su infancia en el bosque, cuando había sentido la revelación divina más palpable que en los sermones de Theodore Parker o las estrofas de *El progreso del peregrino*, Louisa supo que su salvajismo no era algo malo, como pretendían su padre y algún maestro al intentar corregirla, sino que se trataba de lo que Henry le había dicho, significaba deseos de libertad. Ese sino fue la marca de su vida desde entonces. Intuía que Analisa Clemens llevaba la misma semilla en su interior, y sólo lamentaba no quedarse el tiempo suficiente para compartir con ella lo que había aprendido. Era generosa,

siempre estaba dispuesta a ofrecer su ayuda, le gustaba sentirse útil en muchos aspectos, quizá fuese la herencia de su madre, que tenía un alma misionera. Abba era la única persona que había visto en esa hija impulsiva un espíritu incapaz de encerrarse en el amodorrado pueblo de Concord, y Louisa se lo agradecía más de lo que podía expresar, porque la vida había sido difícil para ella, se sentía más vieja de lo que era.

—Éste será mi último viaje, no volveré a despegarme de mi madre —pensó en voz alta.

Louisa entendía la vida como servicio al prójimo, y sobre todo a su familia.

May irrumpió en la habitación con el ímpetu acostumbrado, feliz de la perspectiva del viaje que les aguardaba y llena de entusiasmo juvenil. Era, de todas ellas, la que con más liviandad cargaba el peso de la “familia patética”, como los llamaba Louisa.

Abby May había nacido para ser mimada y alegrar los días de sus padres con su encanto, que tan bien sabía utilizar en beneficio de sus caprichos. Louisa le había tenido poca paciencia a veces, pero amaba a esa hermanita talentosa y alegre, incapaz de malos pensamientos. Sabía que May la admiraba, a pesar de que los temperamentos de ambas producían chispas. Como ella misma lo había relatado en *Mujercitas*, Anna y May se entendían del modo en que Louisa y Beth lo hacían, y sin embargo, de las cuatro, Louisa y May eran afines por su carácter impetuoso. Por eso Louisa extrañaba tanto a Lizzie, que era su conciencia tranquila, el remanso para su corazón alocado. Y esa hermana yacía ahora bajo los pinos, aguardando el momento en que sus espíritus se encontrasen.

—Bethy querida, espérame, que pronto volveré.

—¡Está todo listo, hermana! —exclamó May mientras echaba una ojeada a los preparativos de Louisa, que estaban a medio camino—. Te ayudaré a empacar.

Louisa la dejó hacer, ensimismada en recuerdos y proyectos. Su mente jamás descansaba, aunque su cuerpo lo hiciese. La pierna le dolía como nunca, tenía averiado el pulgar de la mano derecha por culpa de la presión constante de la pluma de acero sobre el papel, y de nuevo la cabeza se tornaba un peso de plomo que le costaba soportar. Desde lo de Georgetown, nunca más se sintió saludable. Esperaba que el viaje a Europa y la buena compañía la distrajesen lo suficiente como para reducir el impacto de sus dolencias. En un rincón secreto de su corazón, esperaba también saber de Laddie, su “niño polaco”, que tanta diversión le había proporcionado en su primera visita al viejo mundo. Como solía hacer ella con los vínculos, lo había mantenido a través de la correspondencia, de modo que él sabía de este viaje.

—Ya dejó de tronar —comentó May, mirando también por la ventana hacia Lexington Road.

—Las hadas del bosque vencieron a los ogros —respondió Louisa, enigmática.

—¡Otra vez con tus fantasías, hermana! Me gusta cómo ves el mundo, aunque no sé si es práctico ese modo de interpretarlo.

—Somos Alcott, querida May, nunca hemos de ser prácticas. Aunque yo lo intento cada día.

Se alejó de la ventana y tomó su costurero. Las labores de aguja le brindaban descanso y podía

inventar historias futuras mientras cosía. El día que ya no escribiese, si es que eso podía ser posible, sobreviviría con la costura.



12. ESPÍRITUS AMIGOS

“A partir de ahora, a través del río, veré para siempre un espíritu doméstico muy querido esperándome en la otra orilla.”

Louisa la aguardaba en la cerca de Orchard House como la otra vez, junto a un coche de caballos que las llevaría hasta Walden Pond. La idea era recorrer los alrededores y conocer los sitios más significativos de Concord, lugares donde espíritus esenciales habían vivido. Analisa se presentó con el sombrero adecuado y cargando una alforja en la que llevaba, además de unas rosquillas que su tía la obligó a aceptar, el manuscrito de Lizzie. Sentía resquemor por haber mantenido oculto aquel tesoro, y a la vez miedo por la repercusión que ello pudiera tener en el afecto incipiente de Louisa, ya que sin duda se trataba de la escritura de su hermana muerta. Marga había sacado las mismas conclusiones al conocer la historia que contó el abuelo de Justin. Y se había reservado su opinión sobre Justin, lo que pesaba en el corazón de Analisa como una piedra en el lago.

Un anciano alto, de buen porte, la saludó con la mano al verla llegar. Vestía ropas de fajina y enarbolaba una pequeña pala para cavar la tierra. A pesar del sombrero de paja y la vestimenta informal, Analisa reconoció en él al caballero que debatía en las sombras de la casa amarilla el asunto de la fuga del prisionero. Era Bronson Alcott, el padre de Louisa. Le pareció bonachón en su papel de jardinero, y más cuando, al acercarse, percibió la claridad diáfana de sus ojos azules bajo el rayo de sol.

—¡Bienvenida, señorita! El día está espléndido para un paseo. ¿Sabía que las plantas poseen un carácter también, como todo lo demás? Estoy aprendiendo a descifrar ese lenguaje.

—¡Qué interesante! —acordó la joven, sonriente bajo el ala de su sombrero.

—Se lleva usted a mi ayudante favorita —bromeó Bronson señalando a Louisa, que se aproximaba—. Louy siempre me secunda en mis trabajos rurales.

—Prometo hacerlo cuando regrese, padre. No se esfuerce demasiado, sabe que madre necesita ayuda en la cocina.

—Ya iré a prestarle apoyo. Vayan con Dios —respondió él, volviendo a sus canteros con una felicidad que parecía provenir de su interior.

Louisa miró a Analisa de reojo mientras ambas trepaban al pescante del coche que ella misma conduciría.

—Mi padre filosofa hasta con las plantas —dijo con humor—, y lo más curioso es que a mi editor le ha encantado y publicó su libro *Tablets*, una joyita por donde se mire. Hay en él toda una filosofía herbal.

—Parece un padre afectuoso —comentó Analisa, que aún no quería confesar dónde había visto antes al señor Alcott.

—Y muy dedicado a sus hijas, le puedo asegurar. Cuando nació mi hermana mayor, comenzó a escribir un diario para dejar constancia de su crecimiento y su evolución. Lo mismo hizo conmigo. Ni sé cuántas páginas llevó ese reporte. Claro que el dedicado a mí debe tener una larga lista de defectos, pues a veces no conformamos a los padres con nuestro proceder.

Analisa pensó en su familia y en la tía Marga, que calló al saber de Justin, sin poder ocultar su disgusto.

—Nunca entenderé del todo la capacidad contemplativa de mi padre —siguió diciendo Louisa, como si en esa reflexión intentase alcanzar ese conocimiento—, y me temo que él jamás aceptará mi lucha con las emociones. Somos polos opuestos, pese a haber nacido el mismo día.

—¡El mismo día!

—Sí, en el mes de noviembre, un horrible mes. Compartir la fecha no nos hizo más próximos, aunque reconozco que luego de mi enfermedad él y yo nos hemos acercado bastante. Es un padre amoroso y nos dio libertad para expresarnos, incluso nos alentó a hacerlo, sólo que mis expresiones no eran de su agrado.

El coche traqueteaba por un camino ancho, bordeado de cipreses, que conducía al cementerio de Concord.

—Quiero empezar el recorrido por aquí —dijo Louisa, al atravesar el pórtico de hierro, abierto de par en par. Las lápidas relucían al sol con su blancura, algunas rodeadas de un cerco bajo y otras desperdigadas entre las hierbas que crecían con profusión bajo los árboles. Sleepy Hollow resultaba laberíntico, como si la búsqueda de las tumbas deseadas fuese una excusa para serenar la mente y apaciguar el alma. Ascendieron a pie y con lentitud la colina, aspirando la brisa perfumada y escuchando trinar a los pájaros azules que resaltaban en el verdor amarillento del otoño.

—Aquí yace mi hermana —dijo con simpleza Louisa, mientras se inclinaba para arrancar malas hierbas alrededor de la pequeña lápida con iniciales.

Analisa estrujó el bolso al ver el sitio donde dormía su sueño eterno la autora del manuscrito. El secreto la carcomía y el temor la silenciaba. Vio cómo Louisa dejaba al pie de la piedra una sencilla flor silvestre.

—Una vez fabriqué para ella en junio, en su cumpleaños, una guirnalda de hojas del bosque. Eran tiempos felices y nos parecía que jamás podía faltar una de nosotras. ¿Tiene hermanos, señorita Clemens? Yo no podría existir sin mis hermanas.

—Soy única hija, y eso me pesa demasiado.

—Entiendo —respondió Louisa, meditando el asunto—. Los hermanos son bisagras que nos mantienen unidos y, a la vez, sostienen la estructura familiar. Una falla, y todo se viene abajo. Así ocurrió con mi madre al morir Lizzie, y luego me pasó lo mismo cuando se comprometió Anna. Sentí que las perdía a ambas.

—¿Ella es...? —y Analisa miró la lápida, dejando inconclusa la pregunta, que la otra mujer respondió sin dudar.

—Es Beth, sí. Cada gesto, cada palabra, están reflejados en mi personaje de *Mujercitas*. Incluso su muerte, a raíz de fiebres que contrajo cuidando a una familia pobre. Sucedió algo curioso en el momento de su muerte, se lo puedo contar porque el médico que la atendía estuvo de acuerdo en que, en efecto, había ocurrido y era algo natural.

Analisa escuchaba con el corazón latiendo, furioso, en su garganta.

—La querida murió de madrugada, luego de dormirse profundamente como hacía rato no lograba. Los últimos dos días fueron terribles para ella y para nosotros, porque reclamaba el alivio del éter, que ya no la calmaba. Nos reunió a todos alrededor de su cama y nos besó las manos, despidiéndose. Esa noche abrió los ojos una sola vez, y me miró con tal serenidad que supe al instante que estaba a punto de partir. Entonces sucedió algo extraordinario. Después de exhalar el último aliento, una neblina se desprendió de su cuerpo, flotó un instante y desapareció en el aire. Miré a mi madre, que velaba junto a su cama como yo y tenía los ojos fijos en ese punto, y le pregunté si lo había visto. Ella me respondió que sí, y el doctor nos confirmó que era la vida que se alejaba del cuerpo mortal. Ahora sé que la muerte significó para ella una liberación, y para nosotros, una enseñanza. Es extraño, pero la siento más cerca aún que antes, me consuela saber que estará allí, aguardándome cuando sea mi hora, para ayudarme a cruzar el río.

Analisa comenzó a llorar de modo incontenible. El relato de Louisa la traspasaba como un puñal porque en cada palabra encontraba el eco del manuscrito, y hubiese querido hacerle saber que su amada hermana había narrado momentos preciosos de la vida cotidiana, escenas que trasuntaban tanto amor como era posible. Louisa atribuyó las lágrimas a la juventud y el temperamento impulsivo de esa muchacha semejante a ella, antes que a la sensibilidad femenina con la que le costaba lidiar, ya que siempre había debido mostrar fortaleza.

—La muerte no es terrible, señorita Clemens. Aquí cerca está la tumba de Henry, que sostenía esto mismo que le digo.

La joven avanzó a los tropezones detrás de Louisa, y vio, nublada por las lágrimas, la diminuta piedra irregular que sólo decía “Henry”, sin otra referencia. También allí la dama depositó una flor y una piña de pino.

—Venga, daremos un gran rodeo para visitar el lugar donde en verdad mora Henry Thoreau. Allí su espíritu se solaza, de día y de noche.

Sin necesidad de preguntar, Analisa supo que se dirigirían a Walden Pond, donde ella y Justin habían sellado su amor. Nuevas emociones se agolparon en su pecho al vislumbrar el lago, tan

diferente al que la tormenta había azotado la otra noche. Este Walden espejado reflejaba la quietud de un cielo sin nubes y se rizaba apenas con la brisa fresca. Inocente paisaje, muy alejado de las turbulencias que ella había vivido y de las que conservaba marcas. Caminaron entre arduas escurridizas y murmullos de hojarasca, viendo sobre sus cabezas el dosel de enredaderas trezadas entre los árboles. Al doblar la consabida curva de la playa, Analisa no resistió y le contó a Louisa que aquel joven del que le había hablado era el hijo de una pareja que sus padres habían albergado en Hillside. La mujer no reveló sorpresa, al contrario, le pareció natural y lógico que los descendientes viviesen en la región, aunque lamentó que aquellos dos hubieran tenido un final trágico.

—Mi padre nunca perdió las esperanzas de lograr algo con esas acciones —dijo.

—Justin guarda esos recuerdos como tesoros, para saber quién es y de dónde viene. Y yo, que provengo del sur esclavista, me siento culpable de su desgracia.

—Eso no debe ser así —declaró Louisa con firmeza—, puesto que usted no hizo las leyes ni tampoco las ejecutó. Nació en el seno de una sociedad, como yo en la mía, y es comprensible que no juzgue a sus padres ni a sus amigos por pertenecer a ella. Una vez que se nos presenta la verdad, sin embargo, ya no podemos volver atrás. No tema confiar a ese hombre sus prejuicios, él la comprenderá más que nadie, y si no lo hace, es hora de que usted lo sepa, cuanto antes mejor. Nada sé de cortejos, le aclaro, ni de matrimonios, pero me costaría mucho ceder mi libertad de pensamiento en aras de una supuesta felicidad hogareña.

—Ese hombre... lleva sangre de esclavos.

Louisa demoró unos segundos en responder, quizá recordando situaciones del pasado.

—Hasta a mi padre le costaba digerir eso —reconoció—, pese a su lucha abolicionista. Él dice siempre que la sangre es un destino. Fíjese qué ironía, a pesar de esa opinión aceptó en su escuela a una niña negra y eso le costó el puesto y la reputación. Y no se retractó nunca. Créame, señorita Clemens, de contradicciones está hecho el mundo.

Continuaron caminando hasta el coche, y al subir Louisa anunció en el tono triunfante de quien reserva lo mejor para el final:

—Visitaremos el estudio de Emerson.

Durante el recorrido circular que las devolvería a las cercanías de Lexington Road, Louisa le fue contando acerca de ese hombre al que idolatraba desde su infancia.

—Es el mejor amigo que mi familia tuvo jamás. Le contaré un episodio íntimo que refleja su espíritu bueno y grandioso más que ninguna otra cosa que él haya podido decir. Mi padre es un hombre al que le resulta difícil ganar dinero, en parte por su apego a principios que no siempre son bienvenidos en la sociedad, pero también debido a su idealismo extremo. Es más inclinado a trabajar gratis que a cobrar por su trabajo. Por supuesto, sus amigos lo saben y nos han ayudado a sobrevivir más veces de las que puedo recordar. Emerson no sólo nos resolvió muchos problemas y ofreció su hospitalidad, sino que suele dejar dinero escondido en diversos rincones de la casa

para que mi padre o mi madre lo encuentren.

—Es un santo varón... —dijo asombrada Analisa.

Louisa se echó a reír.

—Pero en la tierra, que es el mejor lugar para las buenas obras. A decir verdad, si las bendiciones enriquecieran, mis padres serían millonarios. ¡Aquí estamos!

El coche se detuvo en la curva de una calle donde se alzaba una casa cuadrada y blanca, tras una verja prolija que encerraba un regio jardín. Analisa notó la diferencia entre esa casa y Orchard House, que lucía más vieja, modesta, y sin embargo más atractiva. La de Emerson reflejaba el pensamiento racional de un hombre disciplinado. Les abrió la puerta una joven amable que les dijo que su padre se hallaba fuera, en Boston, dictando unas conferencias.

—Pasaremos al estudio, Ellen, quiero que la señorita Clemens conozca la biblioteca que fue para mí el jardín de las delicias.

Al llegar a la habitación donde el escritor pasaba largos ratos de sus días, Analisa percibió la serenidad de un ambiente propicio para la reflexión. Abigarrada, de colores profundos, la alfombra sostenía un mobiliario sencillo de corte puritano, frente a la chimenea negra. La mentada biblioteca tapizaba la pared entera y los volúmenes estaban ordenados con prolijidad, siguiendo la línea de todo en aquella casa. Analisa tuvo la sensación de que ese cuarto obraba como refugio para la necesaria soledad de aquel hombre al que Louisa consideraba maestro y amigo.

—Emerson me recomendó leer a Goethe —estaba diciendo, mientras con su mano acariciaba los lomos de los libros conocidos—. Recuerdo el impacto que me produjo y me dura hasta hoy. En su tiempo, me sentí como Bettina von Arnim, la joven interlocutora del escritor, con quien sostuvo una correspondencia íntima. Yo era joven también y me creí la Bettina de Emerson. En las noches me trepaba al árbol del porche para leer a la luz de la luna, y llegué a entonar un himno alemán bajo su ventana. Fue una especie de cortejo inocente y alocado, típico de mi carácter impulsivo. Cuando se es joven, se suele buscar la sabiduría de un hombre mayor, si él es capaz y generoso.

Analisa la contemplaba con simpatía, maravillada de conocer tales secretos de la autora que tanto admiraba y que se dirigía a ella como una antigua amiga.

—¿Él lo supo?

—Oh, supongo que si lo advirtió simuló ignorarlo, pues es demasiado cortés para abochornar a una niña tonta. Tiempo después le confesé mi amor platónico y le divirtió mucho, quiso a toda costa que le mostrase aquellas cartas juveniles que jamás le envié, pero ya eran cenizas. No conviene dejar huellas para los ojos curiosos. No puedo decir lo que este hombre significa para mí. Ha sido mi maestro y mi mentor; me indicó, sin saberlo quizá, el camino correcto para la escritura de cosas serias. Suele situarse aquí, frente a la ventana —contó Louisa, remedando la postura del escritor—, con su largo abrigo y su mirada distante. Así es él, una presencia callada pero rotunda, con sólo verlo una se siente a gusto en el mundo.

Analisa también se sentía a gusto en aquel estudio de luz tenue, donde los objetos y los cuadros,

colocados con acierto, creaban una atmósfera cálida y acogedora.

—Salgamos —dijo Louisa de repente, como si recordara que tenía algo pendiente—. Le diré a Ellen que no prepare té, no hay tiempo para eso.

Luego, cuando volvieron a trepar al coche, Louisa le comentó con aire confidente.

—Ellen escuchaba mis historias de hadas y elfos cuando pequeña, por eso le dediqué mi primer libro, *Flower Fables*. ¿Le sorprende?

—No sabía que había escrito otro tipo de relatos.

—Hay cosas que nadie sabe, como mi anhelo de publicar libros para adultos, donde las emociones que torturan el alma sean protagonistas, en lugar de la papilla moral para jóvenes. No le diré el título, pero tengo en el tintero una novela así.

—Será tan famosa como *Mujercitas* —aventuró Analisa.

Louisa se permitió dudarle.

—Creo que los editores se aferran a un libro exitoso y quieren reproducirlo hasta el infinito. No me importa, si con eso logro mantener a mi familia.

Orchard House estaba muy cerca de la casa de Emerson, de modo que enseguida avistaron el porche y a Bronson sentado en la escalinata, inspirado por el viento que se colaba entre los olmos. A su lado reposaba una cesta con manzanas que contrastaba con la apostura clásica del anciano. Louisa se detuvo a contemplar la imagen y, antes de descender del coche alquilado, se volvió hacia Analisa.

—Mi padre posee una sensibilidad de otro mundo, combinada con una voluntad que lo redime de cualquier fracaso. Cuando yo era una niña, compartimos en familia un experimento filosófico que fue un desastre. Mi padre y su socio inglés lo llamaron Fruitlands, y a los ojos de todo Concord era un disparate. Por supuesto, estuvimos a punto de perecer de hambre y de frío, ya que debíamos alimentarnos con avena y manzanas, vestirnos con túnicas de lino crudo y rechazar cualquier elemento que hubiese causado daño a un ser vivo. La leche se consideraba robada a las vacas, lo mismo que los huevos, y el algodón era fruto del trabajo esclavo. Imagínesse un invierno así. Creo que sobrevivimos gracias a nuestra fortaleza natural y a mi madre, que manejaba las riendas del hogar con sutileza. Para mí, vivir al aire libre fue como estar en el Edén, pero recuerdo haber llorado mucho por el temor de perder la armonía de la familia. A este bendito hombre le costó reponerse del fracaso, pero me animo a decir que sus ideas han aparecido antes de lo debido en esta sociedad. Quién sabe, tal vez en un tiempo futuro no causen tanto espaviento.

Como si supiese que hablaban de él, Bronson se incorporó y las saludó desde lejos.

—Mi Platón americano —dijo entonces Louisa, con una mirada tan amorosa que Analisa se sintió un poco huérfana por no gozar en su familia de la unión que los Alcott habían forjado entre ellos. Pensó en Justin, que sentía algo similar hacia su abuelo, y se prometió ser más magnánima, prestar atención a los que la rodeaban con la misma solicitud que veía en Louisa May Alcott. Tal vez había vivido demasiado concentrada en sus problemas personales, y el secreto de la felicidad

residiese en saberse parte del entorno maravilloso que a menudo se ignoraba por distracción. Como el tal Henry, capaz de permanecer horas mirando el vuelo de las mariposas y sacar de eso bellas conclusiones. Analisa se sentía renovada por dentro después de aquel breve paseo que, unido a las vivencias de los días anteriores y la convulsión de verse atraída por un hombre inesperado, había sacudido los cimientos de su ser como ninguna lectura ni lección podría haberlo hecho.

Una vez más, pestañeó para asegurarse de que lo que vivía no era un ensueño.

—Me despido, señorita Clemens. Debo terminar algunos trabajos pendientes. Quisiera decirle algo antes, por si no volvemos a vernos.

Analisa sintió el corazón desbordante de ansiedad. Ella también debía decirle algo a esa dama que con nobleza confiaba en ella, pero no sabía si se atrevería a confesarle que poseía el diario de Elizabeth Alcott.

—Me permito aconsejarle, porque es muy joven y crecer es doloroso, que siga usted los dictados de su corazón. En todo lo que haga, no sólo en cuestiones románticas. A menudo he sentido que no puedo hacer lo que realmente quiero, y en esos momentos cuestiono mi existencia, pero hay algo que me endereza de nuevo, y es la conciencia de hacer lo correcto por las personas que amo. Tuve pensamientos nefastos alguna vez —y desvió la mirada de sus ojos profundos, que se turbaron al recordarlo—, sin embargo la convicción de que hubiese sido cobarde renunciar a la vida y a mi familia, que dependía de mí, me salvó. Siempre hay un eje en nuestro interior, señorita Clemens, descúbralo y aférrase a él. Será su balsa. Voy a regalarle una perla de sabiduría de mi madre, la mejor mujer de este mundo. Ella me dejó escrito en una nota, una vez: “Ten esperanza, y mantente ocupada”. Esperar es difícil, sobre todo cuando se es joven e impetuoso, sin embargo, aplicar ese consejo me ha servido de mucho. Usted se preguntará por qué le digo estas cosas si acabamos de conocernos. Pues bien, le confieso que desde que la vi en Parsons Books intuí que usted poseía el espíritu de mi Jo March, y fue extraordinario para mí verla reflejada en carne y hueso. Caprichos de escritora, ya ve. Espero no haberle dado lata con tantos cuentos. Mi mente no cesa de pensar historias ni de imaginar formas de relatarlas, es una especie de condena, pero a la vez no podría dejar de someterme a ella.

Los ojos de Analisa desbordaban de lágrimas que rodaban por sus mejillas. Trató de enjugarlas pero el manantial que las provocaba era incesante. Entonces supo lo que debía hacer. Sacó de su alforja el manuscrito atado con una cinta y se lo entregó a Louisa con un torpe gesto apresurado.

—Léalo y perdóneme, por favor. Intentaré ser buena a partir de hoy.

Y se arrojó fuera del coche, sin dar tiempo a Louisa de replicar ni entender su actitud.

Corrió hacia la curva de Lexington y siguió corriendo hasta que las piernas se le aflojaron y debió detenerse, doblada en dos, para recuperar la respiración. Desde donde estaba, ya no distinguía Orchard House, ni siquiera el humo gris de su chimenea entre los olmos. La casa había desaparecido, como un sueño fantástico al llegar el día. No había soñado, sin embargo; en su

interior resonaba todo lo vivido con tal fuerza que la sofocaba. Ese eje interno del que Louisa hablaba... ¡Debía encontrarlo pronto, o se volvería loca!

Justin la aguardaba sobre el puente. Su figura robusta le inspiró tal sensación de seguridad que respiró aliviada. Le diría lo que acababa de hacer, y él sabría darle a su gesto el sentido adecuado.

—Viniste —le dijo, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

Él la contempló embelesado. Cada día se tornaba más bella ante sus ojos, pero la duda de siempre lo acechaba. ¿Estaría dispuesta a seguir con esa promesa que en un momento de debilidad había formulado? Analisa Clemens seguía siendo una sureña de familia principal, y él, nada más que un nieto de esclavos.

—Quería saber cómo habías estado —repuso, algo cortado.

Recién entonces Analisa reparó en que él había pensado en ella, en sus sentimientos luego del tiempo compartido en la cabaña. Se acercó más, hasta rozarlo con su falda. Luego miró hacia las colinas, de donde sin duda habría venido anhelando verla. Era bueno saber que alguien la esperaba en alguna parte.

—Estoy bien. Acabo de pasar la mañana con Louisa May Alcott.

—La autora de tu libro.

—Sí, y parte de la familia que albergó a tus padres en Hillside.

—Lo sé. Es buena gente.

—Me lo dijo tu abuelo.

—¿Qué más te dijo él?

—Nada. ¿Por qué?

—El viejo conoce mis sentimientos —repuso Justin con voz ronca y mirándola con insistencia.

Analisa le dirigió su propia mirada luminosa, despojada de cualquier fingimiento.

—Habrá adivinado entonces los míos —respondió con una media sonrisa.

—Que son... ¿cuáles?

En un ademán ya conocido, ella rodeó con sus brazos el cuello de su enamorado y, pegando los labios a los suyos, murmuró:

—Idénticos a los de ayer.

Se besaron, fundiendo su pasión a la luz del día, sin importar que hubiese testigos, aunque de momento los únicos que podían juzgarlos eran los cuervos que graznaban en los árboles cercanos y los patos que nadaban bajo el puente.

—¡Mira! —exclamó Analisa, señalando el paso de la pareja de patos silvestres que habían visto la primera vez, cuando se conocieron, en ese mismo sitio. El agua formaba un suave surco detrás de las colas tornasoladas, y el aire se llenó de sus gritos estridentes.

En un raptó de sinceridad, Analisa arrancó de la pechera de su vestido el escapulario con el cabello de Patrick y lo arrojó al río. Justin la contempló con sus ojos café rebosantes de amor. Adivinó que se trataba de una prenda de su prometido. Hurgó en su bolsillo y extrajo un pañuelo viejo y arrugado, con manchas oscuras que lo afeaban.

—Era de mi padre —dijo en tono reverente—, mi abuelo lo guardó porque lleva la sangre que le produjeron las heridas en prisión. Él me lo regaló un día, para que no olvidase la injusticia cometida. Se supone que debo dárselo a mi hijo, para conservar viva la memoria.

Analisa aguardaba, expectante. Ignoraba qué pretendía Justin con eso, hasta que el movimiento de su brazo musculoso la alertó.

—¡No! —gritó, al ver flotar el pañuelo en el aire azul, para luego descender como una mariposa sobre las aguas que la pareja de patos acababa de surcar.

—Ya está —dijo triunfal Justin, volviéndose hacia ella con una sonrisa franca y el hoyuelo de la barbilla más marcado que nunca—. No quedan resabios que nos separen, ya podemos ser libres.

—Pero... era lo único que tenías.

—Así debe ser. El de mi madre, con sus iniciales, lo perdí hace algún tiempo, señal del tiempo nuevo que se avecina.

Se abrazaron con fervor apasionado, latiendo al unísono, y con la sensación de que ellos solos podrían abrir un camino nuevo en el tiempo que los aguardaba. Allí, en Concord, donde un puñado de personas había creado un pensamiento que revolucionaba las ideas vigentes y despejaba el futuro.

Cerca de donde Justin y Analisa se prometían amor incondicional, una mujer derramaba lágrimas en el cuarto que daba a Lexington Road. Acodada en el escritorio que su padre había fabricado para ella, Louisa leía y releía el diario que su adorada Lizzie jamás mostró a nadie. ¿Cómo era posible que esa muchacha lo tuviese en sus manos? ¿Y por qué no se lo había dicho hasta ese momento? Después de un primer arrebato de furia al ver la intimidad de su hermana profanada por otras manos, recapacitó en que Analisa Clemens no podía saber que la inicial L se correspondía con el sobrenombre de Elizabeth, ni tampoco deducir que aquellas líneas reflejaban la vida feliz que habían llevado en Hillside. ¡La joven acababa de conocer parte de sus secretos familiares ese mismo día! Si bien no se le escapaba que la intención de darle el diario era resultado de un conflicto moral que la muchacha había mantenido hasta ese momento, Louisa comprendía mejor que nadie lo que esas luchas internas significaban y, después de haberle ofrecido consejo, no iba a juzgarla por tomar la decisión correcta, aunque fuese tarde. De seguro habría leído todo, y luego de atar cabos y descubrir la identidad del autor, no se atrevió a decírselo, de ahí su precipitada huida. Si había alguien capaz de entender las desviaciones y los contrastes que presentaba el

simple hecho de vivir, era ella. Rozó con su pulgar paralizado el párrafo que acababa de leer.

Creo que Lu inventa héroes para poder guardarlos en el horno holandés cuando se cansa de ellos. Por eso no se enamora de alguien de carne y hueso. ¡Ellos no cabrían en el horno!

—¡Cuánta razón tuviste, Beth querida!



13. EL ADIÓS

“La libertad es el mejor esposo.”

—Querida, el señor Hugo te estaba esperando.

Analisa demostró sorpresa al encontrar en la casa al dependiente de Parsons, con su habitual expresión indiferente, aunque los ojillos la taladraban con interés. Marga lo secundaba con una actitud parecida, como si ambos se hubiesen puesto de acuerdo minutos antes de su entrada. ¡Hasta Cupido parecía aguardarla con malicia en sus ojos verdes!

—Señorita Clemens, disculpe si el otro día no fui preciso al preguntar sobre el motivo de su reclamo en la tienda. Aquí su tía me ha contado que el caso es más serio de lo que parecía, ya que en el ejemplar que usted compró había unos documentos privados. Imagino que aún no los habrá hallado, a menos que ya haya completado la lectura del libro.

La sonrisa insulsa que le dedicó hablaba a las claras de todo lo contrario, él sabía que los había leído y retenido, pero le daba la oportunidad de salir bien librada de aquella situación. Analisa se sentía demasiado agotada para disimular, y a sabiendas de que aún debía sostener una conversación seria con su tía acerca de asuntos personales, prefirió aceptar su culpa y acabar con ese enojoso asunto de una buena vez.

—Se equivoca, señor, los he leído, y gracias a ello supe a quién pertenecían. Mi tía me lo confirmó, al contarme algunas historias de los vecinos de Concord. Hice mis propias averiguaciones y todo coincide: se trata de un diario personal de Elizabeth, la hija de los Alcott, que murió hace algunos años. Sé que debí devolverlos apenas los encontré, pero reconozco que mi curiosidad me llevó a leer los primeros párrafos, y en eso creí ver una historia paralela a la novela que usted me vendió.

—Ella es fantasiosa, Hugo —aclaró Marga, asombrando a Analisa con la intimidad del trato hacia aquel hombre.

—Entiendo —contestó él—. Aun así, me veo obligado a pedir que me los devuelva, señorita Clemens, ya que debo entregarlos a los verdaderos dueños. Hace unos meses, compré parte de la biblioteca de los Hawthorne, cuando la viuda del escritor...

—Es Sophia Peabody, querida, la dama de la que te hablé, la que piensa vivir en Inglaterra con sus hijos. Dice Hugo que el esposo era escritor y publicó algunas novelas también. ¡De las que

tanto te gustan!

—Nathaniel Hawthorne —intervino Hugo, impaciente—, es autor de *La letra escarlata*, que yo sepa. Lectura profana que no pienso leer, pero sí vender y con mucho gusto. Si la desea, la tengo disponible en mi tienda. Le decía a su tía que la viuda de Hawthorne se deshizo de parte de los libros que guardaban en Wayside.

—Hillside —corrigió Analisa, que seguía el hilo del cuento como si fuese una nueva historia de ficción.

—En efecto, antes se llamaba así porque el señor Alcott la bautizó con ese nombre, pero los Hawthorne le dieron el de Wayside, debido a que la casa queda al borde del camino. Dudo que vuelva a cambiar ahora.

—La señora Hawthorne necesitaba aligerar el equipaje para viajar a Europa, como te decía, y con mucha pena debió deshacerse de algunas cosas —agregó su tía, intentando suavizar la acción.

—Sí, eh... chucherías, como estantes, libros, cajas y baúles de objetos sin valor. Imagino que ese diario habrá ido a parar allí, mezclado con otros papeles. Luego, por descuido, quedó prisionero del libro que reservé para usted, señorita Clemens.

—Es una curiosa coincidencia, señor —comentó Analisa.

—No tanto, si toma en cuenta que el suyo fue el último libro que quedaba de la segunda parte de *Mujercitas*. Debí de haberlo guardado entre aquellas cosas y por una travesura del destino las hojas del diario se filtraron entre las páginas.

En su fuero interno, Hugo rabiaba al recordar que aquella vez había debido arrancar el libro de las manos a su propia hija para poder venderlo a su cliente. La muy curiosa sin duda habría estado revisando aquellos artículos comprados a la viuda Hawthorne, y guardado las páginas en el último ejemplar. ¡Ya le exigiría explicaciones al volver a casa!

—De todos modos, señor Hugo —dijo Analisa—, puede estar tranquilo, que yo misma entregué el manuscrito a su legítimo dueño.

—¿Cómo es eso? —dijeron al unísono Marga y Hugo.

Analisa tuvo la satisfacción de ver al dependiente perdiendo la compostura y a su tía desencantada por no poder darle el gusto de ser protagonista de una acción honorable.

—Acabo de dejárselo a la señorita Louisa May Alcott. Estuvimos paseando por Walden Pond y sus alrededores, y al llegar a Orchard House le ofrecí el diario de Elizabeth. Ahora mismo debe de estar leyéndolo. Si me disculpa, tía... Hugo... estoy muy cansada, ha sido una jornada agotadora. Voy a recostarme un rato antes de comer algo.

Subió las escaleras, divertida ante el asombro que sin duda dejaba tras ella, y con cierta pena por no poder seguir leyendo el diario de Lizzie. Estaba satisfecha de saber que Louisa lo atesoraría, sin embargo. En su corazón, rogaba que no la juzgara con dureza por habérselo ocultado antes.

Avanzaba el mediodía cuando Analisa y Justin se encontraron en el cruce de Lexington Road, según habían quedado. Se tomaron de las manos y se besaron en los labios con suavidad, reservando el anhelo para más tarde, cuando pudiesen compartir a solas sus sentimientos. En ese momento, debían visitar a Louisa y contarle de sus planes, así como explicarle las razones de Analisa para mantener en secreto el diario de Lizzie todo ese tiempo. Justin le había dicho que era lo correcto y que si aquella señora la apreciaba de verdad no le guardaría rencor por ese episodio. Después de todo, de no haber sido por ella aquel documento se habría perdido. La culpa corroía el ánimo de la joven, pero si en ella moraba una nueva Analisa Clemens, si se había propuesto ser mejor, debía actuar conforme a ese propósito y atreverse a dar la cara.

—Así me gusta —dijo Justin, al advertir que la joven tomaba fuerzas de su interior para cumplir la misión.

Analisa estaba más linda que nunca, con sus rizos castaños enmarcando el rostro embellecido por un aura de madurez. Justin descubrió que bajo la piel delicada algunas pecas sobresalían, haciendo juego con el tono ámbar de sus ojos. La sureña era hermosa, pero de un modo cálido que invitaba a entrar a su corazón.

El huerto de Orchard House lucía solitario. Nadie cavaba sementeras ni había retales de telas ondeando en la cerca, aunque la chimenea despedía una espiral de humo que aseguraba la presencia de sus moradores. Analisa traspuso la portezuela confiada en que, como la otra vez, la propia Louisa la divisase desde su cuarto del frente, pero nadie apareció. Los postigos de la habitación de May estaban cerrados, y alguien había recogido los elementos de horticultura. Al cabo de unos momentos, Justin sugirió dar la vuelta por el jardín trasero, donde Analisa había visto los toneles para sidra aquel primer día. El mismo silencio apacible que en el porche delantero. Ni siquiera una luz brotaba del interior de la casa, que parecía dormida en esa mañana tardía de otoño.

—¿Habrán subido la colina? —se preguntó Analisa.

—Si es así, podemos ir tras ellos; o bien esperar aquí, bajo los olmos. Es un hermoso lugar.

Ella lo miró traviesa. Cualquier lugar le resultaba bello en su compañía, pero era cierto que Orchard House poseía un encanto que emanaba de su propia sencillez antigua, ahora añadido al conocimiento de sus dueños, de su hospitalidad y su forma digna y austera de vivir.

—Sentémonos en el porche del costado, para que no nos vean desde el camino —sugirió él, al ver que Analisa dudaba.

Dieron la vuelta alrededor de la casa y al acercarse al pequeño umbral Analisa advirtió que en el peldaño había un paquete con un sello. Con precaución, y procurando no resultar indiscreta ante los ojos que pudieran verla, leyó el nombre que cubría la parte superior del envío.

—¡Justin, va dirigido a mí! —exclamó, ya sin cuidarse de nada ni de nadie.

El sello era de Boston, y el remitente una dirección desconocida para ellos.

—Ábrelo —la instó él, intranquilo y deseoso de saber, al igual que ella.

Se sentaron en el umbral y, con el paquete en el regazo, Analisa rompió el papel hasta descubrir una caja en cuya tapa había un dibujo en tinta que representaba a tres mujeres a bordo de un barco y saludando por la borda. Adentro, varios objetos, cada uno envuelto y con su nombre, para que no quedasen dudas de que todo le pertenecía y tenía derecho a abrirlo.

—¡Un ejemplar de *Mujercitas* dedicado a mí! —gritó eufórica Analisa mientras hojeaba el volumen de la primera parte, el que tanto había disfrutado y gracias al cual había emprendido aquella aventura.

—¿Qué más? —la apuró Justin.

—Hay otro libro... No, espera, es un manuscrito que dice... *Detrás de la máscara*.

—¿Es de ella también?

—Debe serlo, aunque no conozco este relato. A ver... —y Analisa desenvolvió el último paquete. ¡Es el anticipo de una nueva novela! —gritó, incapaz de contener su entusiasmo.

—¿Y te lo da así como así? ¿No piensa que podrías revelar el secreto?

—Jamás haría eso —contestó con firmeza Analisa, mientras hojeaba el nuevo manuscrito que contenía un tesoro inapreciable para ella—. Lo llamaré *Una niña anticuada*.

—¿Se tratará de ti?

—¡Tonto! —exclamó ella, y le propinó un coscorrón.

Ambos rieron, hasta que Analisa encontró en el fondo de la caja el mayor de los tesoros.

—¿Qué es eso?

—Una carta —murmuró con reverencia la joven—, de puño y letra, sólo para mí. ¡Louisa May Alcott me escribe una carta, Justin! ¿Es cierto esto, o estoy soñando?

El joven rodeó los hombros de Analisa con ternura y rozó su mejilla con un beso.

—Ya te desperté, bella durmiente. Ahora lee.

—Incapaz de guardarle un secreto, la muchacha comenzó a leer en voz alta el mensaje de Louisa, sin detenerse a pensar en el motivo de aquella extraordinaria correspondencia.

Querida señorita Clemens,

Hace algún tiempo, cuando creímos que los tiempos felices serían eternos, mi madre nos animó a instalar una oficina postal en el jardín. Allí podríamos dejar nuestros mensajes como verdaderos carteros, cada uno recibía lo que el otro quería decirle, y era una fiesta descubrir no sólo cartas, sino regalos que iban destinados al miembro de la familia que los necesitase o anhelase tenerlos. Es en recuerdo de aquel juego inocente que me permito enviarle ésta, para ejercer una vez más de cartero y para despedirme. Como quizá advirtió al encontrar el paquete, hay un dibujo de mi hermana Abby May, hecho en rápidos trazos de viajera apurada por partir. Se trata de un buque que nos llevará a ella, a su amiga Alice y a mí, a la vieja Europa. Lamento no haber tenido ocasión de decírselo, pero

nuestra despedida fue algo precipitada la última vez. Confío en que si usted se instala en Concord, o tal vez en Boston, lo que le recomiendo para que vea algo más que colinas y árboles, volveremos a encontrarnos. Y si eso no ocurre, nos quedará la oficina postal.

Usted me ha hecho un regalo inesperado, Analisa. Cuando ya creía que no recibiría más mensajes de mi adorada Bethy, ese diario suyo fue como el aleteo de un ángel, el que ella era para todos nosotros. Antes de que muriese y sabiendo que el desenlace vendría, le rogué en silencio que nunca me dejase de amparar, pues con su dulzura inefable ella lograba apaciguar mis furias; le pedí que su espíritu me asistiese con el ejemplo de lo que yo debería ser, y veo que mi Lizzie no lo ha olvidado. Se valió de alguien que me recordaba nuestro tiempo de niñas para entregarme su aliento. Jamás dejaré de agradecerle que haya sido su mensajero.

Me pidieron que escribiese un artículo para jovencitas, ya que al parecer me he convertido en una consejera sin quererlo, y quiero contarle algunos de esos consejos, por si no ha leído “Mujeres felices”, que así se llamó esa nota. Sin pretender ser la dueña del destino de nadie, ya que no lo soy tampoco del mío, me atrevo a recomendarle que siga el rumbo de su talento, señorita Clemens, sea cual sea. La felicidad que podemos tener en este mundo reside en ejercer nuestros talentos incluso fuera del hogar, sin temor de caer en la soledad o en el ridículo, que siempre están al acecho cuando una mujer quiere ser alguien. Si su talento es hornear bizcochos, hágalo, ningún oficio es menor cuando es auténtico. El mejor esposo que se puede tener es la libertad. Y si además existe un hombre capaz de entenderlo, entonces la dicha será completa. Por eso, si usted elige a su Justin a sabiendas de su valor, habrá hecho bien; pero si decide evitarlo y permanece soltera, habrá obrado bien de todos modos, ya que será su decisión y la responsable de ella. Cásese o no, señorita Clemens, pero decídalo usted, con el corazón en la mano. Y no escuche las voces de la sociedad, hable con su propio interior, recuerde a Henry.

Además del ejemplar de Mujercitas, le envió un relato que me permitió ser yo misma cuando todavía no había publicado el libro que tanto le gusta. Se trata de una historia de sangre y truenos de las que le hablé. Algún día publicaré una obra que me consagre como escritora seria. Soy constante con mis propósitos, mis padres me enseñaron a no rendirme. El otro manuscrito es de una novela que publicaré por entregas desde Europa, y confío en que será de su agrado. Es la historia de una muchacha como usted, fresca en su belleza natural, que se ve enfrentada a los vicios y las mentiras de la sociedad, pero se mantiene fiel a sus principios y creencias, y ejerce influencia sobre los que la rodean, en lugar de ocurrir al revés. Léalo y dígame si se siente identificada. Espero que sí. No tome a mal lo de “anticuada”, es para remarcar que mi heroína vive de acuerdo a normas que han caído en desuso en la sociedad actual.

Confío en que este viaje sea largo, para reponerme de las dolencias que me aquejan y a

veces perturban mis ratos de escritura. A mi regreso, sé que hallaré a mis padres más viejos, y también que velaré por ellos hasta que me muera. Cada uno sabe cuál es su misión en la vida, algunos se dan cuenta pronto, y otros no. Yo hace rato que sé que permaneceré soltera y dedicada al sostén de mi familia. Mi padre nos educó conforme los dictados de un libro que dirigió su vida y su moral: El progreso del peregrino. Es el librito que en Mujercitas recibe cada una de las hermanas March, pero en esa alegoría el autor, Bunyam, elige el camino de la salvación para su héroe fuera del hogar; yo elegí conducir a mis heroínas a otra Ciudad Celestial, la que se sitúa en el seno de la familia. Por eso siempre se vuelve, señorita Clemens. Hágalo usted también. Su alma lo necesita.

Adentro del volumen de Mujercitas hallará los diarios de Lizzie. Ella está demasiado presente en mí para que haga de esos recuerdos una nueva historia. Usted, en cambio, quizá pueda darle forma a nuestro encuentro de manera apropiada. No tema, tiene mi permiso. He vuelto a la juventud de antaño en su compañía, y ese regalo es lo máspreciado. Me alegrará leer un libro donde se cuente el extraordinario modo que tuvo el destino de reunirnos. Un día, esa historia saldrá a la luz.

Le deseo una vida plena y venturosa, Analisa, una vida que sea suya y de nadie más.

Con afecto,

Louy

Analisa permaneció unos momentos con la misiva en la mano, temblorosa, y alzó los ojos brillantes hacia Justin, cuajados de lágrimas. Él, a su vez, tragó saliva para soltar el nudo que se le había formado en la garganta. Aunque no había tenido la oportunidad de tratar a Louisa como lo había hecho ella, saber que la autora era parte de una familia entrelazada con el destino de la suya bastaba para emocionarlo. En aquella carta se traslucía una personalidad generosa, un alma noble y muy humana, que no dudaba en reconocer sus defectos ni temía arremeter contra los obstáculos que se interpusiesen en su camino. Louisa May era digna hija de Bronson Alcott, y quizá llegara más alto aún.

—Amor mío —musitó, dándole por primera vez ese título—. Vamos, que ésta es una despedida. Nadie nos abrirá la puerta ahora.

Emprendieron el regreso por la carretera de Lexington con una extraña sensación de inevitable adiós. A pesar de que ninguno pronunció las palabras, ambos pensaron que era probable que jamás volviesen a pisar el porche de Orchard House, como en ese momento. Quizá el destino les reservase otro lugar donde ejercer sus talentos, construir un hogar o vencer obstáculos, como hacía Louisa cada día de su vida.

Los acompañó el trino de un petirrojo hasta que se perdieron en la curva del camino.



14. EL LEGADO

Veintiocho años después, en el 399 de Lexington Road

“May me dio su pequeña Lulu, y en la primavera espero
obtener su dulce legado.
El mar cruel nos divide y debemos esperar.”

Una joven mujer de exótica belleza contemplaba la casa, que había conocido mejores épocas, con gran interés. En su cabello espeso y sus ojos vivaces de oscuras profundidades se advertía la sangre africana, combinada con curiosas pecas salpicadas sobre su nariz pequeña. Llevaba una falda por sobre los tobillos y una chaqueta corta que revelaba su pertenencia al mundo de las mujeres que desempeñaban oficio o profesión. Todo en ella proclamaba aires de independencia e inconformismo, aunque su expresión era dulce al contemplar la calle en la que los vecinos le habían indicado que se hallaba lo que buscaba.

—¡Orchard House, sí, la casa de las mujercitas! —le habían dicho apenas requirió las señas.

Zena Hill recorrió las calles de Concord con una mirada de tácito reconocimiento por lo que había sabido desde su niñez, de labios de su madre. Analisa Hill Clemens, dedicada a la enseñanza de los niños negros en el sur olvidado, había recreado sus noches de insomnio con la historia de su encuentro casual con la autora de la novela estadounidense más leída de todos los tiempos. Zena la había leído también, pero su carácter revoltoso la llevó a cuestionar el destino de las mujercitas en el libro. ¿Por qué se habían casado, al fin y al cabo, si Louisa May Alcott proclamaba la libertad de las mujeres fuera del matrimonio? ¿Y cómo era posible que ninguna hubiese cumplido el sueño que declararon en el capítulo trece? Era inverosímil que pudieran ser tan felices si sus deseos se habían visto frustrados durante tanto tiempo. A esos arranques de rebeldía, su madre había respondido con absoluta tranquilidad:

—Espera y mantente ocupada.

Zena no podía esperar a ver el mundo y condenarlo, todo a un tiempo, por eso abrazó la profesión de periodista, escribiendo artículos en un periódico de vanguardia de escasa tirada pero gran repercusión entre los más humildes.

Con el correr de los años, la semilla de curiosidad que había plantado su madre la llevó a

investigar más sobre la autora de *Mujercitas* y todas las novelas juveniles que las muchachas leían contra viento y marea. Zena era implacable en sus juicios, y solía tildarlas de convencionales, románticas y remilgadas. Hasta que su padre, al que ella respetaba por su pasado esclavista, le había dicho un día:

—No has leído bien la novela que tanto criticas, al menos no como lo hizo tu madre.

Ese comentario de Justin la persiguió durante meses, haciendo brotar en ella el impulso de averiguar sobre Louisa May Alcott y la vida que llevó, entre Boston y Concord. Al descubrir la pobreza en que la autora había crecido, sus deseos de triunfar para salvar a su familia y la manera en que “vistió” pantalones para ocupar el lugar que su padre filósofo a menudo dejaba vacante, Zena se encontró admirando a esa mujer de otro tiempo que fue capaz de sacrificar su vida personal por amor a los suyos. Entendió, con esa sagacidad tan propia que le valía el respeto de sus colegas varones, que la autora de Concord había ejercido un feminismo peculiar, hecho de obras antes que de retórica, y que en su ideal se filtraba el altruismo, algo que en esas épocas se estaba olvidando demasiado pronto. Pasó de ser la crítica mordaz de *Mujercitas* a una defensora del libro y sus secuelas. Y de ahí a interesarse por relatar la historia del encuentro de su madre con Louisa hubo un corto trecho.

Por eso se hallaba en Concord, en el 399 de Lexington Road, frente a la vieja casa que todos llamaban Orchard House. La vivienda estaba deslucida, gastadas sus tejas castañas por las lluvias, la nieve y los soles. El jardín crecido se fundía con el bosque, y ninguna luz brotaba del interior. Tampoco se veía humo entre las copas de los olmos, como le contaba su madre. A decir verdad, le costaba imaginar el hogar encantador que Analisa le refería en aquellas historias de la infancia. Quizá su madre hubiese embellecido los recuerdos.

De acuerdo a sus averiguaciones, ya ningún Alcott poblaba la casa donde habían vivido por más de veinte años. La última en partir había sido Anna, la mayor de las mujercitas, y ya sólo quedaban los descendientes, con quienes era difícil establecer contacto, pues algunos vivían en Europa. Por fortuna para ella, su colega Thierry, que le seguía los pasos como un galgo enamorado, le había conseguido una referencia valiosa: la sobrina dilecta de Louisa, la que llevaba su nombre y todos apodaban Lulu, se hallaba de visita en Concord por breve tiempo, para ver por última vez la casa donde su adorada tía escribió su novela más emblemática y cuidó de la familia con celo de lobo. Debía de ser tan joven como ella, pensaba Zena, o quizá más. Una muchacha educada en Francia y en Alemania, quién sabía si comprendería el esfuerzo que ella había hecho para encontrarla y ofrecerle su regalo.

Consultó el pequeño reloj que llevaba prendido en la solapa, y miró hacia la curva del camino. Por allí habrían venido sus padres en aquel tiempo, tomados de la mano y soñando con un futuro juntos. Justin y Analisa habían sido valientes, reflexionó Zena, al desafiar las convenciones de un mundo que ni siquiera en el presente estaba dispuesto a tolerar las diferencias. Ella debía sentirse orgullosa de la cepa que le había dado la luz.

—¿Es usted la señorita Hill?

Se volvió, sobresaltada al escuchar la voz de ligero acento. Ante ella, una joven alta, con un perfil de carácter y mirada sagaz. Con rapidez, Zena halló los rasgos de May Alcott en el cabello rubio y la tez clara, pero era evidente que heredaba de su padre suizo la corpulencia y cierta fortaleza de espíritu que se traslucía en la severidad de su sonrisa afable.

—Sí, y es usted Louisa May Nieriker —contestó, extendiendo la mano.

—Así es, soy Lulu.

La respuesta fue cordial y Zena se sintió aliviada. Había temido encontrarse con una muchacha altiva, pero claro, tratándose de una Alcott estaba garantizada la sencillez.

—Me alegra que me haya enviado la nota —siguió diciendo Lulu mientras caminaba hacia el huerto desprolijo de la vivienda—, porque no sé si volveré a pisar Concord en mucho tiempo. Mi padre vive en Alemania, y hacia allá me dirijo. ¿Ha visitado Sleepy Hollow? De ahí vengo ahora mismo. Quise dejar mi ofrenda en las tumbas de la familia y en las de sus amigos tan queridos. La de mi madre es sólo una piedra, nada hay debajo porque mi padre resolvió enterrarla en Francia. No es lo que la tía Weedy quería —se apresuró a añadir, por si Zena ya conociese la historia—, y por eso hizo construir la lápida, pues tenía la idea de traer el cuerpo de su hermana para que estuviesen todos juntos. En la muerte como en la vida.

Zena, que aún no conocía el cementerio trascendentalista de Concord pero sabía de primera mano dónde se hallaban esas tumbas, respondió con sinceridad:

—Apenas hayamos concluido nuestra entrevista iré a visitarlo.

La joven sonrió, comprensiva.

—No olvido que es usted periodista.

Zena se avergonzó y el rubor latió bajo sus pómulos oliváceos.

—Disculpe, es la costumbre de hablar así, a las apuradas. Debo recordar la hospitalidad concordiana de la que tanto me habló mi madre.

—Los tiempos cambian de prisa, y a menudo parece que resultásemos anticuados. Recuerde...

—*Una niña anticuada*, lo sé.

Lulu se echó a reír.

—Veo que está muy al tanto. Voy a serle franca, no recuerdo tanto como quisiera del tiempo que compartí con los Alcott en este sitio. Era yo muy pequeña, y mi sensación más fuerte es la de pérdida de mi tía y de mi abuelo, casi el mismo día, unida a la firme decisión de mi tía Anna y de sus hijos Fred y John, mis primos, de conservar la tradición de la familia. Los lazos de los Alcott son fuertes, señorita Hill.

—Por favor, llámeme Zena, si tengo la confianza de decirle Lulu.

—Zena, bonito nombre.

—Es africano —dijo enseguida la joven, un poco a la defensiva, pero encontró en la expresión de Lulu Nieriker una afabilidad que la dejaba al margen de cualquier prejuicio. Así habría sido

Abigail May, una joven encantadora que buscaba armonía y no guardaba rencores. Era lo que supo por las referencias de su madre y al estudiar los vínculos entre los Alcott.

—Quisiera ofrecerle la hospitalidad de un té, pero me temo que no di con la persona que conserva la llave de la casa —se disculpó Lulu, afligida—. Me alojo en el hotel de la plaza, con gusto la recibiré allá, si puede tomarse el tiempo.

—Preferiría conversar en este mismo sitio, porque tampoco sé si volveré alguna vez. Mis padres viven en Carolina del Sur y yo trabajo en Nueva York. Concord ha quedado en nuestras mentes como un paraíso literario, más bien.

Lulu volvió a sonreír.

—Es cierto, creo que así quedará por siempre. El pueblo jamás olvidará a sus hijos ilustres. A la historia de las luchas por la independencia, Concord sumó la de sus vecinos. Me hubiese gustado...

—¿Sí?

—No sé, escribir algo sobre mi corta vida entre los Alcott. Es evidente que no heredé ese don de la tía Weedy, me inclino más por la música, que es la cualidad sobresaliente en mi padre. Ernest toca el violín, y sé que cuando mi madre pintaba él la acompañaba con dulces melodías.

—Sus padres han debido de amarse mucho —comentó soñadora Zena, para su propia sorpresa. ¡Jamás pensó dejar salir semejante anhelo de su boca!

—Mi tía Anna me contó que mi madre escribió a Louisa, antes de que yo naciera, pidiéndole que no se lamentase si algo le sucedía durante el parto, ya que esos años de amor con mi padre la habían hecho la mujer más feliz del mundo. ¡Ojalá algún día pueda yo sentir lo mismo!

Ambas eran jóvenes, pero de muy diferente temperamento y condición. Zena entendía que Lulu había sido educada con primor y que en Europa la aguardarían cortejantes. Alguno de ellos le daría una vida cómoda, si no suntuosa. Ella, en cambio, era hija de padres luchadores que labraban su subsistencia a costa de grandes esfuerzos y dedicación a las buenas causas. Jamás hubiese cambiado de lugar con Lulu Nieriker, pero intentaba imaginar cómo se sentiría esperando a un príncipe que la rescatase de la pobreza. Al fin, tampoco Louisa lo había hecho, ella solita lo consiguió.

—Es curioso lo que ocurre entre las personas que se aman, Zena —prosiguió diciendo Lulu casi como en un soliloquio—, hay entre ellas una comunicación subyacente, invisible. ¿No lo cree así?

—Jamás lo pensé, y no sé si entiendo bien a qué se refiere.

—Fíjese en Louisa y su padre, Bronson. Su relación fue tormentosa, según supe después, porque mi tía no encajaba en el ideal de mi abuelo, ella no era un modelo al que pudiese mostrar como resultado de sus afanes educativos. Sin embargo, no sólo habían nacido el mismo día, sino que al morir mi abuelo le pidió a esa hija rebelde que lo acompañara. Y ella lo hizo, dos días después. Siempre me pregunté la razón de esa comunión entre dos personas que parecían

irreconciliables.

—Tal vez eran parecidos, en el fondo.

—Oh, no, en absoluto. Mi abuelo Bronson era una especie de ángel caído del cielo. Yo recuerdo su gesto de bondad, la manera en que me llevaba de la mano por este huerto, mostrándome con paciencia cada brote, contándome sobre la vida de las plantas y cómo sanaban el corazón de las personas. Además, él fue el último representante del círculo de intelectuales de Concord, los sobrevivió a todos, y eso le dio un carisma único entre los jóvenes. ¿A quién más podían preguntar sobre el pasado? Lamento que ninguno de ellos esté ahora para responder a mis propias preguntas.

Zena se quedó mirándola, embelesada con la manera amable y sentida que esa joven tenía de referirse a su familia ancestral. Había vivido entre ellos poco tiempo, y sin embargo ese lapso le resultó lo bastante significativo como para dejar su huella. Pensó en sus propios lazos familiares, Summer House y sus abuelos de Charleston, a los que había visto mientras crecía pero jamás les dio oportunidad de contar sus historias, y luego pensó en el viejo Randall, que había muerto sin que ella pudiera conocerlo a fondo. Le habría gustado conversar con Randall en el columpio de la casa amarilla, la que visitó siendo muy pequeña, fascinada con las colinas y su gente. Zena había crecido con ansias de beber mundo, y ese anhelo la había alejado de las raíces. Se daba cuenta, al hablar con Lulu, de que aquella joven era muy consciente de la familia de la que provenía, a pesar de no haber podido disfrutar siquiera de su madre.

—Agradezco a mi tía Anna que me haya contado cómo era todo esto antes de que yo naciera —decía Lulu, como si respondiese a los pensamientos de Zena—. Y ahora quiero llevármelo en la mente y el corazón, para jamás olvidar.

Lágrimas de sincera emoción brotaron de los hermosos ojos de Zena, incontenible llanto por la certeza de que lo que iba a hacer sellaría el vínculo con esa muchacha de sangre suiza y americana, y también por la necesidad de recuperar su propia historia familiar.

—¡Señorita Hill! ¡Zena! ¿Sucede algo? ¿He sido inoportuna con mi comentario?

La joven periodista sacudió la cabeza y se enjugó las lágrimas con ímpetu.

—Nada de eso. Me ha obsequiado algo valioso con sus palabras, y por eso quiero darle algo mío, para que se lo lleve también, junto con sus recuerdos. Quizá ayude a reconstruirlos.

Zena le entregó un libro de tapas duras en el que se veía una imagen de Orchard House pintada a la ligera, en tinta negra sobre fondo verde musgo.

Lulu lo tomó con reverencia. Supuso que sería una colección fotográfica, estaba acostumbrada a ver postales en las tiendas con imágenes de la casa de las mujercitas.

—Lo escribí yo —dijo Zena, sorprendiéndola—. Es un relato sobre el encuentro entre mi madre y Louisa May Alcott hace más de veinte años, en este mismo sitio. Forjaron una amistad repentina que duró poco, pero marcó la vida de mi madre. Y la mía, puesto que me encuentro aquí para cerrar el círculo y dárselo en nombre de ellas y para que quede constancia. Son viñetas, nada

más, pero auténticas. Espero que le guste y no la ofenda mi atrevimiento. La misma Louisa dio permiso a mi madre para que contase este episodio.

Lulu hojeaba el libro con suavidad, leyendo al pasar las páginas frases sueltas, imaginando cómo habría sido aquel encuentro en el tiempo anterior a su nacimiento.

—Aquí figura mi madre —susurró emocionada al leer un párrafo al azar.

—Sí, se conocieron en Orchard House. Poco después, las hermanas Alcott partieron hacia Europa. Y mi madre horrorizó a su propia tía al decirle que se casaría con un descendiente de esclavos. Ése es mi padre.

Lulu sonrió de oreja a oreja al escuchar eso.

—Creo que es usted la verdadera protagonista de un episodio alcottiano, señorita Hill.

Ambas rieron, aflojando la tensión de las emociones, contentas de poder encontrar comprensión la una en la otra.

—Ha sido un gusto enorme conocerla, Zena. A partir de ahora, su nombre y el de su madre serán parte de mis recuerdos queridos de Orchard House.

—Lo mismo digo, Lulu. Y, si me lo permite, puedo informar en mi redacción sobre esta visita y mi propio encuentro con la sobrina de Louisa May Alcott. En el diario aman las noticias sociales que dan colorido.

Nuevas risas y un apretón de manos sellaron la incipiente amistad entre la rubia Lulu y la morena Zena. Ninguna sabía si volverían a verse, pero estaban seguras de formar parte de una trama celestial que se había tejido en Concord, donde una vez hubo un pensamiento que hizo mejores a muchas personas. Esa trama era tan grande y compleja que no les alcanzaría la vida para desentrañarla. Las dos mujeres se despidieron con la sensación de haber dejado tras ellas una siembra que daría frutos sin fin.

Como los manzanos de Orchard House.

Antes de abandonar Lexington Road, Zena contempló la imagen gótica de la capilla de la ladera donde, según le contaron los vecinos, Bronson Alcott había fundado una escuela de filosofía para adultos que hizo furor en su época. El follaje y las enredaderas habían abrazado las escalinatas de la entrada, pero la capilla parecía aguardar algo, esperar a que otras almas acudiesen a llenar su espacio interior, donde la luz filtrada dibujaba las sombras de una familia que había sabido vivir con digna sencillez sus vidas importantes.

Y mientras sus pasos la llevaban hacia Sleepy Hollow para despedirse de Concord, Zena Hill pensó que también ella podía sentirse como una de aquellas mujercitas.

FIN

ORCHARD HOUSE Y SUS HISTORIAS DE VIDA

Retazos de un viaje inolvidable

La casa de las mujercitas se levanta en medio de doce acres de bosque que Amos Bronson Alcott compró en el año 1857, en la histórica Lexington Road de Concord, Massachusetts, un sitio emblemático de Nueva Inglaterra. Es un edificio marrón, como los troncos de los árboles que lo rodean, compuesto por una vivienda señorial que data de 1690 y una casa para inquilinos de 1720. Se encuentra apartada de la carretera principal, al final de un camino que se abre paso entre olmos centenarios y rodeada de un huerto de manzanos que ofrecía a sus habitantes “la fruta más noble”, según el parecer del señor Alcott.

La familia no pudo ocuparla de inmediato, pues la casa se hallaba muy deteriorada debido a su antigüedad y a la falta de cuidados. Hubo que realizar refacciones estructurales para poder habitarla, y el padre de las mujercitas fue protagonista de ellas, dirigiendo las obras con genio arquitectónico. Cuando los Alcott se mudaron allí, la joven Elizabeth Sewall Alcott (Beth March en la ficción) ya había muerto a causa de las secuelas de una escarlatina contraída varios meses antes. La tercera hermana nunca conoció la casa donde su familia vivió por más de veinte años, pero su espíritu mora en ella gracias a la pluma de Louisa y a la magia de los recuerdos. Quién sabe, tal vez haya sido su aura angelical la que inspiró a nuestra autora la idea de relatar en forma de episodios el tierno lazo que la unía a sus hermanas y el amor por la familia, reflejando de manera real y auténtica la época que les tocó vivir.

Fue la Providencia la que me llevó un fin de semana de otoño a Orchard House, mientras me encontraba dictando cursos semestrales en Framingham State University, en el año 2014. Recuerdo el impacto que me produjo saber que *existía* la casa de *Mujercitas*. ¡Y que podía visitarla! Recorrí los 104 kilómetros (65 millas) que me separaban de Concord por una carretera bordeada de árboles morados y amarillos, salpicada de nieve temprana, con temor de que la ilusión se quebrase al llegar y que la casa no fuera tal, o que justo ese día estuviese cerrada al público. Por eso, al ver su fachada de color castaño con su pequeño porche, sus ventanas iluminadas y el humo de la chimenea danzando en el aire frío sentí que había traspuesto el umbral de la realidad y que a partir de ese instante entraba de lleno en la novela que marcó mi infancia y que atesoré, relejendo una y otra vez.

Orchard House fue la casa donde Louisa May Alcott escribió *Mujercitas* (*Little Women*), la novela que la hizo famosa de la noche a la mañana, y también fue el segundo hogar de sus amigos

Emerson, Thoreau y Hawthorne. Es importante, además, porque por primera vez los Alcott tenían un techo propio bajo el que vivirían largos años. Habían seguido hasta entonces una existencia nómada, sobrellevando la pobreza y alternando viviendas entre Boston, Filadelfia, Pensilvania, Harvard y Concord.

Antes de ocupar esta mítica vivienda, la familia vivió, entre 1845 y 1848, del otro lado de Lexington Road, en una bella casa a la que Bronson Alcott llamó “Hillside” por la cercanía de una colina. La mayoría de los sucesos relatados en *Mujercitas* ocurrieron en Hillside y no en Orchard House. Ésa fue, para Louisa, una época feliz en la que dio rienda suelta a su fantasía representando obras teatrales con sus hermanas, corrió aventuras al aire libre con los niños del vecindario, descubrió la naturaleza de la mano de Henry David Thoreau y fue parte del llamado Ferrocarril Subterráneo, pues sus padres albergaron a dos esclavos fugitivos mientras habitaron aquella casa. Los Alcott debieron volver a Boston en busca de trabajo y Hillside fue ocupada, con el correr del tiempo, por otro vecino ilustre de Concord: Nathaniel Hawthorne, el autor de *La letra escarlata*, que se instaló en ella con su familia y la bautizó “Wayside” por encontrarse la casa al borde del camino. Hoy, Wayside forma parte de otro circuito histórico: la ruta de Minute Man, un recorrido que une Concord y Lexington, siguiendo los pasos de los colonos en sus primeros enfrentamientos con los ingleses, antesala de las luchas por la independencia.

Entremos ahora a Orchard House, donde podemos imaginar cada escena de *Mujercitas*. La casa que en las ediciones ilustradas nos atrevimos a colorear con lápices. Y aquella en la que soñamos vivir en algún momento de la lectura, con esa inocencia que nos lleva a embellecerlo todo con el ánimo juguetón de la infancia. Acompañenme en mi diario de viaje, queridos lectores. ¡Adelante! ¡Bienvenidos!

LA COCINA, REINO DE MARMEE

Fue para Louisa el corazón del hogar y el reino de su madre, que era una mujer digna de una novela. Abigail May conoció a Amos Bronson Alcott en su casa de Connecticut, cuando su hermano, reverendo de la iglesia Unitaria, lo invitó para hablar de la educación común en las escuelas (el mismo tema que llevó a Domingo Faustino Sarmiento a ese país y lo conectó con el educador Horace Mann y su esposa Mary, mentora de Sarmiento en la elección de maestras normales). Abba devoraba los libros de su hermano, tenía ideas propias y una especial disposición a la caridad y el servicio. Fue siempre una mujer devota de su esposo y atenta a sus hijas. Si hubo un sitio del hogar donde Abba reinó con sus ideas y su voluntad, ése fue la cocina, una especie de centro de experimentación en el que la novela nos dice que contaba con la ayuda de Hannah, la doncella, aunque la realidad fue más dura.

La filosofía de nuestra casa no se encuentra en el estudio de mi padre sino en la cocina,

donde una buena mujer mayor piensa en voz alta y hace buenas obras mientras friega.

Abba consideraba que la alimentación era también cosa del espíritu, y era vegetariana. Una vez decidió que bien podían subsistir sólo con manzanas, y preparó con ellas toda clase de comidas: pasteles, tartas, budines, purés... Así, no necesitarían matar a ningún ser para alimentarse. El crudo invierno demostró que el organismo humano necesita algo más que manzanas, pues pronto todos enfermaron y hubo que llamar al doctor y revisar la dieta.

Cuando la señora Alcott murió, en 1877, Louisa escribió:

Era tan leal, tierna y verdadera... La vida fue difícil para ella, y nadie entendió nunca todo lo que tuvo que soportar. Una gran calidez parece haberse ido de la casa.

No volvieron a ocupar Orchard House luego de la muerte de Abba.

En esa cocina donde Marmee practicaba sus experimentos culinarios puede verse, además del fregadero de piedra, su mortero, el cuenco para batir el azúcar, y dos inventos ingeniosos de Bronson: el hervidor de agua sobre la estufa y un estante para secado de la ropa pegado a la pared del horno. Un detalle curioso es una tabla de madera para el pan con un grabado que representa fuego ardiendo, obra de la más pequeña de los Alcott: May. En la novela, Louisa menciona estos experimentos de Amy con el pirograbado, que hacían temer un incendio en la casa.

EL COMEDOR DE LOS MARCH

Muebles sencillos, fabricados en el país, reflejan la modesta vida de los Alcott. Un cristalero contiene la vajilla de porcelana con monograma, herencia de Abba Alcott que descendía, por el lado materno, de los Quincy y los Sewall de Nueva Inglaterra, una prosapia distinguida que se remonta a los firmantes de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos. Louisa y sus hermanas solían escuchar encantadas los relatos del “viejo Boston” de labios de su madre, y esas memorias debieron de haber influido en la fantasía de las niñas y la escritura de Louisa.

El señor Alcott inculcó a sus hijas valores como la confianza en ellas mismas, el sentido del deber, el sacrificio y la libertad de expresión, que en la familia tomó la forma de diarios personales que todos compartían, para debatir sobre las reflexiones de cada uno y someterse a las críticas constructivas. Bronson Alcott influyó mucho en la educación de sus hijas, incluso registraba sus avances a modo de experimento científico, pues estaba imbuido de una pedagogía vanguardista que le atrajo tanto admiración y prestigio como problemas y persecuciones en la sociedad de su tiempo. Louisa recuerda en su diario que su padre les enseñaba de manera sabia, formando las letras del alfabeto con la posición de sus piernas, o conversando hasta que descubriesen que sabían las respuestas sin advertirlo, pues el conocimiento estaba adentro de

ellas. Las horas de las comidas eran el escenario de estos debates, ya que para su padre la reforma social debía empezar en el hogar.

Como era un hombre que vivía en el mundo de las ideas y actuaba conforme a ellas, Bronson las llevó a la práctica en una utópica experiencia: fundó, junto a un colega inglés reformista como él, una comunidad que llamó Fruitlands, en un terreno cercano a Harvard, en el que las familias compartían una alimentación vegetariana y silvestre que las acercase a la espiritualidad: avena, trigo, verduras y frutas, en especial manzanas; vestían ropas de lino crudo y cultivaban la tierra. Louisa tenía entre diez y once años en aquel momento, y logró reflejar más tarde el aspecto tragicómico de esa utopía en una pequeña obra satírica: *Transcendental Wild Oats* (“Avena salvaje trascendental”, aludiendo al ideario de la élite intelectual de Concord). Aquella experiencia desafortunada afectó las vidas de todos, pero Louisa resguardó en su libro el idealismo de su padre. Para Bronson Alcott, Fruitlands fue un intento de construir una sociedad mejor, quizá algo prematuro para la conciencia de aquel entonces.

EL SALÓN (*THE PARLOR*)

Es el escenario de la proverbial hospitalidad de los Alcott. Hay un gran sofá en el que reposaba un almohadón cilíndrico que indicaba el estado de ánimo de Louisa, según cómo estuviese ubicado; si lucía atravesado, significaba “aléjate”.

También una mesita y un sillón bajo la ventana, y un piano pequeño, una especie de armonio, en el que May, la menor, ejecutaba piezas musicales durante las tertulias. En la novela *Mujercitas* es “el piano de Beth”, por eso en la pared donde se apoya hay un retrato ovalado de Elizabeth Sewall Alcott, la dulce Beth que Louisa inmortalizó, diez años después de su muerte, con su timidez, su amor por la música y su bondad angelical. La llamaba “pequeño grillo del hogar”, en recuerdo del cuento de Navidad de Charles Dickens, el autor al que las cuatro hermanas reverenciaban.

En esa sala se casó Anna Alcott (Meg), la mayor, tanto en la novela como en la vida real. Louisa escribió sobre ese momento en su diario:

Hermoso día. La casa resplandece de sol, flores, amigos y alegría. Anna, vestida de seda gris plata, con lirios del valle en el pecho y en el pelo. Nosotras de gris también, rosas y cenizas para recordar la pérdida de mi Nan.

El señor Emerson besó a la novia, y yo pensé que ese honor haría que el matrimonio fuese perdurable.

En *Mujercitas* transcurren allí las representaciones teatrales de las hermanas March, y por eso

se expone un arcón del que sobresalen los disfraces, aunque sabemos que el sitio real de esas obras en las que las niñas demostraban su talento y liberaban su fantasía fue la otra casa, Hillside, donde Louisa pasó los tiempos más felices que recuerda. Anna y Louisa disfrutaban mucho de esas obras de teatro de aficionados. Anna era muy buena actriz, y arrancaba lágrimas a los espectadores, mientras que Louisa destacaba por hacerlos reír. *Anna quiere ser actriz y yo también, me gustan las obras trágicas*, escribió Louisa en su diario de adolescencia. Algunos guiones, escritos en su mayoría por ella, aún se conservan.

EL DORMITORIO DE AMY

Yo tenía un sentimiento ambiguo hacia el personaje de Amy March. No sé si les habrá pasado lo mismo. Me gustaba saberla hermosa y con inclinaciones artísticas, pero también la veía caprichosa, y no le perdonaba que hubiera conquistado a Laurie durante su viaje a Europa. Una lectura más adulta de *Mujercitas* y las biografías que leí sobre Louisa May Alcott me revelaron facetas de su personalidad que desconocía y modificaron aquel recuerdo.

La hermana pequeña, May (la verdadera Amy), tenía una habitación en el piso alto a la que el padre hizo construir un techo abovedado, porque era una joven alta para la época y porque le gustaba mucho decorar las paredes y los postigos con dibujos en tinta: madonas, querubines, ángeles, retratos y lechuzas que copiaba de libros de diseños. Su amor por las cosas bellas y elegantes la inclinó al arte desde pequeña.

Al entrar, nos recibe la cama de May con uno de sus vestidos desplegado sobre la colcha, numerosos cuadros sobre los muebles, un búho pintado sobre el marco de la chimenea, así como un baúl repleto de títeres y muñecos hechos por ella. Con el tiempo, Bronson Alcott agregó un estudio de arte a la casa, que May usaba como taller y aula de clases, con una claraboya para ampliar la luz, que luego se quitó al construir encima la habitación de los niños.

Louisa estaba orgullosa del talento de su hermana. Un día dijo a Anna:

Es tan graciosa y linda, y ama tanto la belleza, debe de ser muy duro para ella ser pobre. Espero ver el día en que esté rodeada de sedas, cuadros y botes de crema, en Europa.

Ese deseo de Louisa se cumpliría, pues May pudo completar sus estudios de arte en Europa gracias al éxito literario de *Little Women*. Adquirió renombre como la copista principal del artista inglés Joseph Turner y llegó a exponer en el Salón de París, todo un honor. ¡Ya eran dos las Alcott famosas!

May se enamoró en Europa de un violinista y hombre de negocios suizo, Ernest Nieriker, quince años menor que ella. Se casaron y vivieron en Meudon, en los suburbios de París, una vida ideal,

según ella contaba: “*painting, music, love...*”

Tuvo una hija, Louisa May, de sobrenombre “Lulu”, pero a las pocas semanas May falleció a raíz de complicaciones posteriores al parto. Con un sentido premonitorio, había dispuesto que si ella moría Lulu fuese a Orchard House a vivir con Louisa, pues consideraba que su esposo era demasiado joven para criarla. Para Louisa fue un milagro de la vida recibir a su sobrina. *Un legado precioso*, que la consolaba en algo de la pérdida de esa hermana justo cuando estaba cumpliendo su sueño en la plenitud de sus días. Si hubiese vivido más, es probable que May Alcott Nieriker se forjase un sitio destacado en el arte. Louisa siempre confió en su talento y la llamaba “nuestro pequeño Raphael”. May tuvo la libertad de expresarlo de mil maneras en su casa, puesto que sus padres le permitían pintar sobre todo cuanto quisiera.

Hay una anécdota que expuso ese modo poco convencional de alentar a la hija artista.

El personal de la casa museo Orchard House encontró un periódico de la época en el que un visitante mencionaba que May había impuesto una especie de “prenda” a todos los que interrumpieran su trabajo en el estudio: debían posar para que ella les hiciera un boceto rápido en las paredes. Esta revelación los alertó sobre lo que podía haber bajo el empapelado, y consultaron a expertos de la Universidad de Harvard, que acudieron a analizar el yeso, el papel y la pintura. Muchos de los bocetos se habían perdido por el uso de tinta vegetal, pero otros fueron recuperados, fotografiados y replicados bajo la cubierta de un plástico protector, a fin de que los turistas pudieran disfrutarlos.

Louisa y May eran las hermanas de más carácter en el cuarteto de las Alcott, y creo que eso se evidencia en la poca paciencia que Jo le tenía a Amy en la novela, así como en las “maldades” de ésta hacia su hermana mayor. La relación que tuvieron en la vida real se trasladó a la ficción, ya que Anna había tomado a la pequeña May bajo su cobijo, al igual que Meg a Amy, y sin embargo, como ocurre con los buenos hermanos, prevaleció el amor, y Louisa May Alcott amó y favoreció a May todo lo que pudo, lamentando sólo no haber hecho más por ella. A su vez, Abigail May Alcott adoraba y admiraba a esa hermana brillante que poco a poco se iba constituyendo en el eje de la familia. El nombre elegido para su hijita lo demuestra.

EL DORMITORIO DE JO

Por fin tengo la pequeña habitación que había deseado y estoy muy feliz por eso.

Me hace bien estar sola, escribía en su diario.

Louisa siempre deseó un cuarto propio. Ese anhelo se comprende al conocer sus turbulencias interiores, sus estados de ánimo variables y su malhumor frente a las cosas o personas que no le gustaban. Ella necesitaba un lugar solitario donde liberar su imaginación, encontrar serenidad y corregir su carácter, que fue un problema desde el principio, en especial para su padre. De niña

lloraba a veces por las noches, cuando su temperamento le jugaba una mala pasada, y entonces prometía ser buena en adelante.

Cada día libraba una batalla agotadora:

Estoy tan enojada que desearía nunca haber nacido.

Su madre era su refugio, pues también Abba había tenido un carácter irascible y una lengua rápida que la metía en problemas.

Nadie será tan bueno conmigo como mi madre, ha escrito Louisa.

Y Abba solía dejarle notas en su diario, para guiarla en ese esfuerzo que ella tan bien comprendía.

Una fotografía de Louisa May Alcott, fechada en 1870, revela que en Orchard House se ha mantenido la decoración de aquel entonces: el armario biblioteca, un pequeño saliente que fabricó su padre para ella entre dos ventanas y que oficiaba de escritorio, el tintero, el retrato de Bronson Alcott sobre la pared y una pintura de May hecha sobre un azulejo que representa a Ariadna. Si bien éste no fue el primer cuarto propio que tuvo Louisa (el que ella refiere en su diario es en Hillside), se advierte en Orchard House la fuerte personalidad de la autora. Su costurero está expuesto, a veces sobre la cama y otras en una mesa redonda, puesto que Louisa sabía coser muy bien y esa habilidad le permitió trabajar y costear los gastos de la familia muchas veces.

El encanto de esta habitación es que fue allí donde Louisa escribió *Mujercitas*. Podemos imaginarla inclinada sobre las hojas que ella apilaba para obtener copias, presionando con el bolígrafo de acero hasta dañarse los dedos (sufrió la parálisis del pulgar por esto).

Louisa pasaba muchas horas escribiendo en su habitación. Antes de *Mujercitas*, compuso poemas y cuentos apasionados que publicaba con un nombre ficticio en revistas de la época, así como fábulas para niños y su primera novela, *La herencia*, que fue descubierta recién en 1990. Pero conoció la fama por primera vez al publicar *Hospital Sketches*, episodios basados en las cartas que ella enviaba a su casa mientras servía como enfermera durante la Guerra de Secesión.

¿Alcanzan a ver su miniescritorio junto a las ventanas?

Sobre ese pequeño antepecho de madera reposan el tintero con su pluma y unas cartillas con su letra. Me intrigó que se inclinaran hacia la izquierda, y la guía nos explicó que Louisa era ambidiestra, podía escribir tanto con la derecha como con la izquierda, y que hacía el cambio de mano para poder seguir sin agotarse, puesto que era capaz de hacerlo durante varias horas seguidas. Sospecho que perfeccionó esa habilidad luego de estropearse el dedo pulgar, ya que en una entrada de su diario, en edad madura, dice que a raíz de eso tuvo que escribir con la mano izquierda, la pierna en alto y la cabeza martilleándole de dolor. Louisa escribió hasta el final, y cuando su malograda salud no le permitía tanto esfuerzo, lo hacía de a ratos durante la jornada.

Al subir al piso alto de Orchard House, la guía nos muestra una habitación rectangular al final de un pasillo, que parece injertada en el conjunto. En efecto, lo está.

Amos Bronson Alcott hizo construir ese añadido en 1871, después de que Anna quedó viuda repentinamente y con dos niños. La muerte de John Pratt a la edad de cuarenta años fue un duro golpe para toda la familia. ¡Pensar que Louisa creía que el beso de Ralph Waldo Emerson les auguraría larga vida juntos! Ella resentía al principio el compromiso de Anna, pues hacía poco que habían perdido a Elizabeth. *Otra hermana que se va*, dijo, pero acabó por considerar a Pratt el mejor hermano que podía tener.

En esa habitación jugaban los pequeños Frederick y John. Todos los juguetes que se ven (payasos, muñecos, pelotas, caballitos de madera, sillitas, cubos y esferas) les pertenecían, y fueron donados tiempo después por sus descendientes, cuando Orchard House devino sitio histórico.

Asimismo ocurrió con las pertenencias de Lulu, la hija de May que, como sabemos, había ido a vivir con su tía Louisa al morir su madre. Ese cuarto se llamaba *The nursery*, por estar dedicado a los niños. Si bien Lulu no vivió de manera permanente en la casa, la llevaban para que viese los cuadros y dibujos con que su madre había adornado las paredes. Lulu no recordaba a May. Louisa relata una escena conmovedora en una carta: cuando la pequeña vio el retrato de su madre en la casa, balbuceó: *Marmar*, que era el nombre que dio a su tía al verla por primera vez en el puerto de Boston.

Louisa escribió entonces:

La tía está más cerca que la madre del pobre bebé.

El pequeño John se convirtió en el heredero de Louisa, que lo adoptó legalmente, y Frederick fue padre de cinco niños cuyos descendientes aún viven en Nueva Inglaterra.

Lulu Nieriker volvió a Europa después de la muerte de su tía Louisa, a vivir con su padre. Tenía entonces nueve años. A los veintitrés se casó con Emil Rasim y tuvieron una hija, Ernestine May. Vivió en Alemania hasta los noventa y cinco años. A lo largo de su vida atesoró los recuerdos de los Alcott y de su tía “Weedy”, como llamaba a Louisa. Ernestine tuvo cinco hijos que residen en Europa y mantienen contacto con Orchard House.

La familia Alcott era muy unida, y las penurias que vivieron juntos no hicieron sino acercarlos más y que cuidaran unos de otros. El padre, con gran esfuerzo porque nunca sobraba dinero, se las ingeniaba para hacer con sus propias manos lo que necesitaran. En eso también era un hombre de avanzado pensamiento, pues los intereses de las hijas contaban mucho para él, en una sociedad de moral victoriana donde los deseos femeninos no eran tenidos en cuenta.

Acá vemos una fotografía del estado actual del despacho del padre de Louisa, que se ha conservado idéntico. El busto clásico que lo representa en el nicho de la pared fue esculpido por un alumno de May, luego escultor de la estatua de Lincoln en Washington. Las niñas jugaban allí, apilando libros para formar construcciones, y se sentaban junto al fuego crepitante para escuchar las enseñanzas de Bronson, un hombre con más espíritu que capacidad práctica. Fueron muchas las veces en que sus vecinos y amigos (tanto los notables Emerson, Thoreau y Hawthorne como su cuñado Samuel May) debieron ayudarle a subsistir. La admiración y el amor de Louisa por su padre se palpan en la novela, aunque también es notable en ella la ausencia del señor March, incluso cuando vuelve de la guerra y se refugia en su estudio. De algún modo, era la realidad que vivían las mujeres Alcott, pues Bronson acostumbraba a salir en giras conversacionales, tanto en el este como en el oeste de los Estados Unidos, y faltaba muchos días de la casa.

Hay una anécdota enternecedora: el padre regresa con los bolsillos vacíos de una de esas giras de la que se espera que traiga algo de ganancia y la esposa, luego de saber que no le han pagado como prometían, lo besa y lo anima a sentarse junto al fuego, jurándole que nunca más le preguntará por el dinero. Louisa cuenta que las lágrimas inundaron sus ojos al percibir ese gesto como una señal del amor más grande que podía existir.

Papá sucio y cansado, Mamá con gorro de dormir. Con una expresión radiante lo besó, diciendo: "A eso lo llamo muy bien. Ya que estás a salvo en casa, querido, no pedimos nada más". Anna y yo ahogamos nuestras lágrimas y recibimos una pequeña lección de amor verdadero que nunca olvidamos.

Bronson era bondadoso e indulgente con sus hijas. En su propia infancia estuvo ávido de saber, pero se crió en una granja sin libros. Al descubrir *El progreso del peregrino* descubrió también una guía para su conducta que luego transmitió a sus hijas. Se mantuvo siempre fiel a los principios de la obra de Bunyan: ascetismo, abnegación, desprecio de lo material. El movimiento trascendental tuvo en él a un baluarte sólido, pues, al igual que Thoreau, entre su pensamiento y la acción no había fisuras. El abolicionismo, el sufragio femenino, la educación basada en la observación y el juego, Bronson sostenía todas esas ideas, nacidas en el seno del círculo intelectual de Nueva Inglaterra. Como profesor de escuela ponía en práctica esa filosofía, resistida y criticada por la sociedad conservadora. Fue un duro golpe el cierre de su proyecto más querido, la Temple School de Boston, que al principio le ganó prestigio y fama, pero a medida que sus métodos escandalizaban a los padres que enviaban a sus hijos fue perdiendo popularidad y hubo que cerrarla cuando Bronson admitió a una niña afroamericana en las clases. Se mantuvo firme ante las amenazas y los padres sacaron a los hijos de la escuela. Ése fue el fin del proyecto, que contaba con el apoyo de las vanguardistas Margaret Fuller y Elizabeth Peabody, ambas

reconocidas por sus méritos intelectuales. Elizabeth era hermana de Mary Mann, la amiga de nuestro Domingo Faustino Sarmiento, y pieza clave en su plan de educar a los maestros.

En este despacho, que tanto su esposa como sus hijas podían usar con libertad, se dictó la primera clase de la escuela de filosofía para adultos que fundó Bronson en Concord y fue única en su tipo. Atrajo a personalidades y estudiosos de todo el país, ante el estupor de los ciudadanos del pueblo, que estaban acostumbrados a las rarezas del señor Alcott pero no confiaban en sus métodos. Más adelante, Bronson construyó en el terreno de Orchard House una capilla a la que bautizó Hillside y la convirtió en sede de las clases, que se dictaban todos los veranos. Louisa lo ayudaba recibiendo a los visitantes y adornando la capilla con flores, ocupándose de hacer acogedor el sitio y que su padre llevase adelante su sueño, aunque ella no era tan partidaria de la filosofía especulativa.

¡Y solía escapar antes de que llegasen los reporteros!

La oratoria era el punto fuerte de Bronson Alcott, y por eso sus libros publicados no reflejan el verdadero imán que provocaban sus palabras diáfanas y su mirada clara. Su pensamiento progresista, la eterna búsqueda de la verdad y su conducta honesta quedaron documentados en su diario personal, que abarca más de sesenta volúmenes. Quizá la prueba de su valía sea que su mejor amigo fue el pensador más respetado del trascendentalismo: Ralph Waldo Emerson. Y cuando Bronson se convirtió en un venerable anciano de cabeza blanca y el único sobreviviente de los intelectuales de Concord, la gente siguió recibéndolo con afecto e interés por saber cómo había sido aquel tiempo de ideales y luchas heroicas de pensamiento, aunque ahora el señor Alcott era, más que nada, “el padre de las mujercitas”.

TUMBAS GLORIOSAS

Es imposible visitar Concord y partir sin recorrer el mítico cementerio donde reposan todos ellos, entre hileras de pinos y doradas colinas: Sleepy Hollow. Hay un camino ascendente, con un monolito de piedra que lleva grabadas las palabras *Author's Ridge* y señala el lugar de estas tumbas ilustres. Caminar entre los árboles buscándolas, una por una, deteniéndose con reverencia y respirando la brisa que lleva y trae aromas del bosque, es un encuentro con uno mismo, como deseaba Henry. Es decir, Thoreau. ¡Es que su lápida sólo dice “Henry”! Como si bastase, como si todo el mundo supiese...

O mejor aún, como si la muerte no exigiese apellidos. Al fin y al cabo, él se retiró al bosque a enfrentar lo esencial de la vida, para que la muerte no lo pillase sin haber vivido. Ese retiro le valió la escritura de dos obras esenciales: *Walden. La vida en los bosques* y *Desobediencia civil*, tan vigentes entonces como ahora.

Sleepy Hollow nació del pensamiento trascendental. Fue una creación de estos hombres y

mujeres que entendieron la espiritualidad imbuida de naturaleza. Ellos preferían el rumor del lago antes que las sombrías tumbas, el canto de las aves en lugar de los sermones del ministro, y un cielo por techo, en vez de las bóvedas frías y solitarias. En este cementerio luminoso, la luz proviene de la convicción de que la muerte no es el fin, y que las almas ascienden cuando se ha vivido conforme los dictados del corazón.

Sleepy Hollow fue a la vez encuentro y despedida en cada uno de mis viajes a Concord.

Las tumbas de los Alcott se hallan alineadas muy juntas bajo la sombra de los pinos, como debe ser, habiendo vivido siempre muy cerca uno del otro. Son muy simples y están identificadas sólo con iniciales, siguiendo el orden en que dejaron este mundo:

A.B.A, el padre; A.M.A, la madre; E.S.A, Elizabeth; M.A.N, May; L.M.A, Louisa.

La de Anna se encuentra al otro lado del camino, junto a la de su esposo Pratt.

Duele saber que bajo la tumba de May no hay nada. Louisa deseaba traer el polvo de su hermana menor, pero la muerte la encontró antes de que pudiera hacerlo, y Abigail May Nieriker yace en el cementerio de Montrouge, en Francia. La joven Amy nunca volvió a Concord.

Louisa tiene un monumento personal añadido junto a su lápida, un rectángulo de piedra con su nombre completo, lo que permite identificar mejor el sitio, en el que el gobierno federal de los Estados Unidos ha incrustado una medalla de bronce como homenaje a su servicio en el ejército durante la Guerra de Secesión. Los visitantes dejan lapiceras en lugar de flores, honrando a la escritora.

Thoreau está muy cerca, al igual que Hawthorne y Emerson, el único que goza de un monolito más imponente, aunque tosco y simple.

Un sentimiento de humildad me embarga junto a esas sencillas lápidas, que no ostentan la grandeza que acompañó a sus moradores.

Sin darme cuenta, formulo la pregunta que los curiosos que visitaban Orchard House en busca de la autora de *Mujercitas* y de su padre filósofo hacían entonces, hasta que ya no quedó quien pudiera darles una respuesta: ¿Cómo fue? ¿Cómo habrá sido aquel tiempo en que el pensamiento labraba la acción y los hombres soñaban utopías?

Comienzo a descender la colina con una nostalgia infinita. La de no haberlos conocido, ni escuchado sus voces, o asistido a sus conferencias.

Ellos se han ido, pero nos queda el legado de Concord, y el deber moral de avivar el fuego.

Nos quedan los libros.

GLORIA V. CASAÑAS

NOTA DE LA AUTORA

Los miembros de la familia Alcott llevaban un diario personal que luego debatían entre todos para conocerse mejor y reflexionar. Louisa May Alcott comenzó el suyo a la edad de siete años. Las citas en el encabezado de cada capítulo son tomadas de los diarios de Louisa y de la correspondencia que los biógrafos Madeleine B. Stern y John Matteson sacaron a la luz. El de Lizzie es imaginario, un truco para narrar intimidades que de otro modo mi protagonista jamás hubiese podido conocer. Casi todos los papeles de Abigail Alcott, la madre, fueron quemados poco después de su muerte, para evitar que cayesen bajo “ojos curiosos amantes de los chismes”, según la propia Louisa.

Todo cuanto Louisa May Alcott piensa como personaje de este libro es cierto, pues quise que su presencia en mi novela fuese auténtica, para dar a conocer las reales circunstancias de su vida.

Analisa lleva el apellido Clemens en homenaje a mi autor favorito de todos los tiempos: Mark Twain, cuyo verdadero nombre era Samuel Langford Clemens y cuya casa victoriana en Connecticut tuve la suerte de visitar, en el mismo viaje que me llevó a Orchard House, el hogar de las mujercitas.

Ya sé que no quieren saberlo, pero debo ser honesta y confesar que los protagonistas de esta historia, Justin y Analisa, nunca se encontraron con Louisa May Alcott ni visitaron Orchard House; crearlos me permitió revelar el carácter de la autora de *Mujercitas*, así como el de su original familia. La vida misma de Louisa tuvo visos novelescos. Dicho esto, olviden lo que dije y démosles encarnadura, para que vivan en nosotros por siempre.

AGRADECIMIENTOS

A mi hija, Rosalía, que fue mi asistente personal durante todo este viaje y me dio valiosas opiniones.

A mi hijo, Pablo, que colaboró con la traducción de las fuentes bibliográficas.

A Guillermo, mi esposo, que propició este regreso a Nueva Inglaterra, “por lo que pudiese haber quedado pendiente”.

Al personal de Orchard House, que me recibió con la proverbial cordialidad de los Alcott, y en especial a Jan Turnquist, directora de la casa museo, cultivadora de las letras y las artes, y entusiasta divulgadora de los secretos de la vida de Louisa May Alcott y las Mujercitas.

A los biógrafos Madeleine B. Stern y John Matteson, que me revelaron aspectos insospechados de nuestra querida autora, con rigor documental.

A Emilce Cordeiro, que me acompañó en mi primera visita a Orchard House, en 2014.

Al equipo de Penguin Random House, que con garra sustenta los proyectos, aun en tiempos difíciles.

A mi editora, Florencia Cambariere, que me sugirió convertir en novela este viaje inolvidable.

A Diane Savarese, porque en su casa de Arlington viví la experiencia de ser habitante de Nueva Inglaterra y pude así comprender mejor la idiosincrasia de su gente.



A mediados del siglo XIX en Concord, un histórico pueblo de Massachusetts, los vecinos son ilustres pensadores de la época: Emerson, Thoreau, Hawthorne, y entre ellos la familia Alcott, cuya segunda hija, Louisa May, acaba de saltar a la fama literaria con una novela juvenil.

Hasta allí llega Analisa Clemens en compañía de su tía, huyendo de la Guerra de Secesión. Lectora empedernida, Analisa busca refugio a sus pesares en los libros, y halla una extraña coincidencia entre sus sentimientos y los de las hermanas March de la famosa novela *Mujercitas*. Un manuscrito que contiene aspectos insospechados de la vida en Concord le demuestra que aquel lugar no es el apacible pueblo blanco que parece, y la intriga por saber a quiénes se refiere el anónimo autor de esas páginas la conduce a la gente de las colinas y a Justin, un joven de carácter y modales por completo opuestos a los de su antiguo prometido. Su afán de vivir aventuras la empuja hacia Orchard House, la casa de las mujercitas de la novela. En ella, Analisa encuentra no sólo la respuesta a sus incógnitas, sino una revelación que cambiará su vida para siempre.

En el huerto de las Mujercitas rinde homenaje a una escritora que evadió los esquemas de pensamiento reservados a las mujeres de entonces, se atrevió a desafiar las convenciones sin perder su amor por la familia ni el romanticismo, y dejó profunda huella en otros escritores. Es también una novela dentro de otra, a tal punto fusionadas que la realidad se torna ficción y ésta se vuelve real. Louisa May Alcott actúa en ella como un personaje más, revelándonos secretos desconocidos de la familia y de su papel en la historia de Concord, un sitio que Gloria V. Casañas conoce y ama, y del que trae para sus lectores, además de una romántica trama, un encantador diario de viaje por Orchard House y sus alrededores.



GLORIA V. CASAÑAS

Es abogada y docente. Sus estudios de antropología y su cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de Buenos Aires le permiten profundizar en temas clave de la historia argentina y americana. Sus novelas recrean las costumbres de una época y sus personajes se pasean entre la ficción y la realidad, en un delicado equilibrio que la autora logra con sutileza.

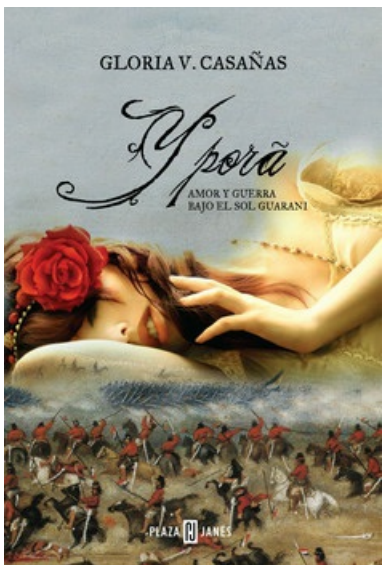
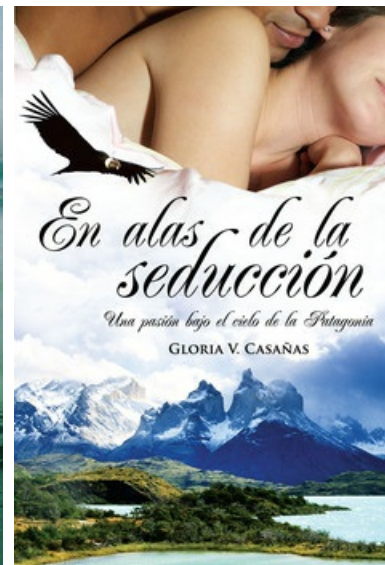
Su best seller *La maestra de la laguna* (2010) refleja la epopeya de las maestras norteamericanas que el presidente Domingo Faustino Sarmiento trajo a la Argentina y le valió la invitación de la Framingham State University (Massachusetts, EE.UU.) para dictar cursos semestrales sobre historia y literatura del Cono Sur. En 2012 fue distinguida con el Premio del Lector de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires por su novela *Yporã*, que transcurre durante la Guerra de la Triple Alianza.

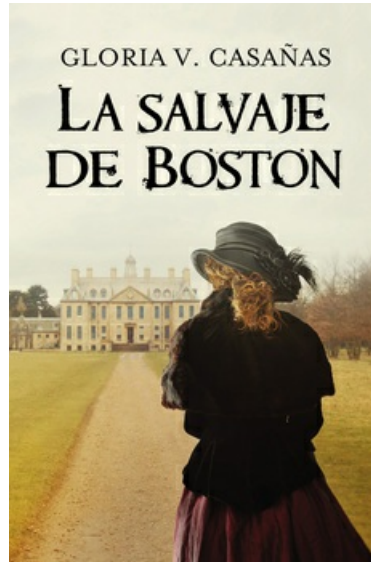
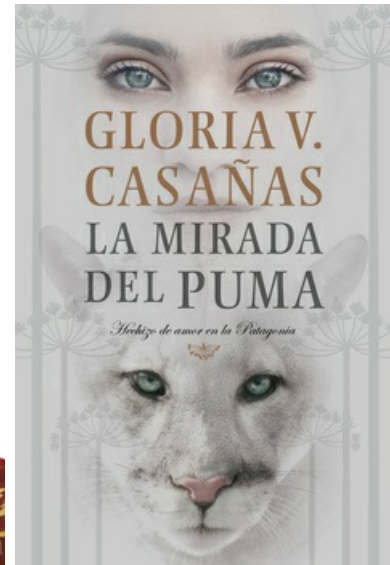
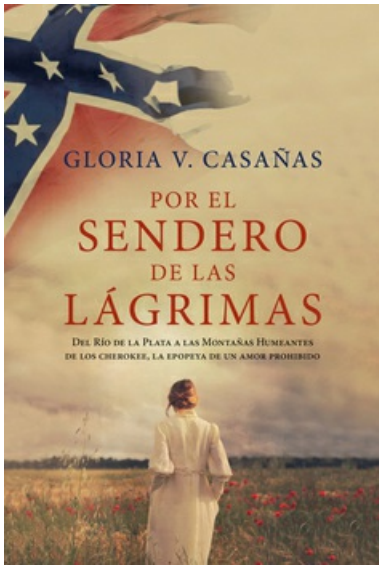
Apasionada por la investigación, la autora suele viajar a los lugares donde sitúa sus novelas para informarse y tomar contacto con la realidad local. *En el huerto de las Mujercitas* es fruto de dos viajes a Massachusetts, en un recorrido que la llevó desde Boston hasta los históricos sitios de Concord, Amherst y Lexington.

Con once novelas publicadas y más de 300.000 ejemplares vendidos, Gloria V. Casañas es hoy una referente de la novela histórica y romántica de América Latina.

www.gloriavcasanas.com

info@gloriavcasanas.com





[Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar](#)

Casañas, Gloria V.

En el huerto de las Mujercitas / Gloria V. Casañas. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2019.

(Narrativa Femenina)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-644-524-9

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Foto de cubierta: © Trevillion Images y © ACI/ Alamy

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-524-9

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

En el huerto de las Mujercitas	
La “otra” Louisa. Introducción	
1. La herencia	
2. Un atisbo del porvenir	
3. Encuentros inquietantes	
4. Un tesoro escondido	
5. Recuerdos de la oscuridad	
6. La punta de un ovillo	
7. Los enredos del ovillo	
8. Los secretos de las colinas	
9. El huerto de las mujercitas	
10. Confesiones	
11. El manuscrito revelador	
12. Espíritus amigos	
13. El adiós	
14. El legado	
Orchard house y sus historias de vida	
Nota de la autora	
Agradecimientos	
Sobre este libro	
Sobre la autora	
Otros títulos de la autora	
Créditos	